

PERÚ: TIERRA DE INCAUTOS

MARTÍN CAYCHO

**PERÚ:
TIERRA DE INCAUTOS**

“Dedicado a los peruanos que no se doblegan ni se corrompen: a los que, pese a la adversidad, trabajan con dignidad y fe, convencidos de que el Perú aún puede levantarse y recuperar su grandeza.”

Contenido

INTRODUCCIÓN	11
--------------------	----

CAPÍTULO I

Perú, el país más rico del mundo	
El país millonario y mendigo	15

- Agua: el oro transparente que dejamos escapar16
- Mar de abundancia, mesa vacía17
- Biodiversidad y geografía: el laboratorio natural18
- Minería: la maldición de la abundancia19
- Energía: el mapa del poder que no usamos21
- Cultura y legado ancestral: identidad desaprovecha23
- Juventud y capital humano: la riqueza que dejamos migrar24
- El país más rico y la decisión más pobre25

CAPÍTULO II

Los cánceres sociales del Perú	30
---	----

- Un país que se desangra por dentro32
- El sistema corrupto: manual de operaciones33
- La política en venta: partidos-franquicia y su antídoto34
- Justicia de alquiler y policía sin respaldo35
- La economía del miedo: extorsión y sicariato36
- El régimen del oro sucio: la república paralela de la minería ilegal37
- Pruebas del saqueo: escuelas rotas y salud a plazos40
- El juicio moral de una nación42

CAPÍTULO III

Las oportunidades perdidas:	
------------------------------------	--

El precio de mirar hacia otro lado.....	46
--	----

- El guano: la lotería ganada y el país perdido47
- El salitre: perdimos la tierra y Chile hizo el negocio48
- El caucho: Iquitos brilló como París... y amaneció olvidada49
- Azúcar y algodón: el dulce sabor del feudalismo moderno.....50

• Gas de Camisea: el milagro exportador que nunca llegó a la cocina	52
• Litio: a punto de perderlo... otra vez.....	53
• La historia aún puede cambiar	56

CAPÍTULO IV

Cómo se construye el futuro	60
--	----

• El mito de la riqueza natural	61
• La trampa del cortoplacismo	63
• El secreto que esconden los políticos Los siete principios universales del desarrollo moderno	65
• El Estado y el mercado: ¿quién sostiene a quién?	79
• Políticas públicas con propósito	80
• El futuro no se hereda, se construye	81

CAPÍTULO V

El rol del Estado: entre la promesa y la farsa	85
---	----

• El origen de la política: del nacimiento a la traición.....	86
• El poder en remate: partidos como franquicias del botín	88
• El populismo como anestesia	89
• El Estado cómplice y secuestrado	90
• La burocracia ineficiente: laberinto que sirve al desorden	92
• La descentralización que nunca fue	93
• Jóvenes desencantados: la factura más peligrosa	94
• El modelo económico: no es religión, es herramienta	96
• Reforma o reingeniería: ¿parche o reconstrucción?	98
• El Estado que el Perú merece	101
• El punto de quiebre	102

CAPÍTULO VI

Cómo se logra el éxito de un país
--

La fórmula invisible del desarrollo: los siete principios	107
--	-----

• Los Sectores Estratégicos que Debemos Priorizar El mapa productivo del desarrollo	110
• Sector Turismo: el país que debe creerse lo que tiene	113
• Sector Economía Azul: el mar que puede darnos soberanía	114
• Sector Agroforestal: el bosque que alimenta y descentraliza	116

• Sector Textil y manufactura: de la fibra a la marca país	118
• Sector de Suplementos y Nutrición: de la chacra al laboratorio	119
• Sector Minería y energía: de exportar piedras a fabricar futuro	121
Sectores Habilitadores	122
• Infraestructura: cuando construir es dar futuro	124
• Tecnología, innovación e inteligencia artificial: el motor olvidado.....	127
• Salud: diagnóstico al costo, dignidad sin margen	130
• Seguridad Nacional	133
Seguridad: Cuando proteger también es construir	134
Restaurar aviones en vez de comprar	136
• Industria nacional de drones	137
• Industria nacional de luminarias y cámaras de seguridad	139
Proyectos Estratégicos	
El poder de decidir nuestro propio destino	141
• Primer proyecto: Planta Nacional de Fertilizantes	144
Costo de tener una industria de fertilizantes propia	145
Fosfato, gas y la obligación de construir nuestras plantas	147
Agua, clima y tierra: el potencial dormido de la agricultura	148
Red Nacional de centros de valor agregado y maquila agroalimentario.....	150
• Sol, viento y baterías de litio: la energía barata para crecer	153
• El camino a seguir.....	154
• El inicio del cambio real	155
• El efecto multiplicador del desarrollo	156
• Proyecciones económicas y sociales del nuevo Perú productivo	158
• Los emprendedores: arquitectos de riqueza y empleo	160
• El salto que debemos dar	162
CAPÍTULO VII	
Reingeniería del Estado:	
De una nación adormecida a un Estado constructor	167

• Sin infraestructura no hay desarrollo	168
• Ministerios del pasado y del futuro	170
• Menos Ministerios, mejor funcionamiento	172
• Cómo decidir qué Ministerios fusionar, eliminar o crear	172
• La Presidencia del Consejo de Ministros: el cerebro del Estado	173
• Ministerio de Economía, Trabajo y Producción.....	174
• Ministerio de Infraestructura, Desarrollo y Ordenamiento Territorial.	175

• Ministerio Ciencia, Tecnología, Innovación e Inteligencia Artificial.....	177
• Ministerio Relaciones Ext., Comercio, Turismo y Capacitación Estratégica	178
• Ministerio del Interior y Defensa	179
• Ministerio de Salud y Medio Ambiente	181
• Ministerio de Educación y Cultura	182
• Ministerio de Justicia y de la Mujer	185
• Los nuevos motores del desarrollo	186
• Agencia Nacional de Proyectos y Expedientes Técnicos	188
• Unidad Nacional de Supervisión de Obra Pública	190
• Empresa Nacional de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura Pública.....	191
• Empresa Nacional de Fabricación de Materiales de Construcción e infraestructura.....	193
• ANDE: Agencia Nacional de Desarrollo Estratégico	194
• El BCR y los proyectos de desarrollo	196
• Procesos de Expropiación: rápidos y justos	197
• Ninguna obra pública se detiene por orden judicial	198
• Empresas estatales: herramientas estratégicas del desarrollo nacional...200	
• Caso Repsol: el regalo de nuestras empresas estratégicas	201
• Austeridad Responsable y Reglas para empresas estatales: Ni botín ni cueva de ineficiencia	202
• Personal eficiente y estrictamente necesario	205
• La prosperidad no tiene excusas	207
• El Estado que despierta	208
REFLEXIONES FINALES	
El Perú que aún podemos construir.....	212
• Demografía y capital humano: hacernos ricos antes de envejecer.....	213
• El retrato brutal del populismo peruano	214
• Cuando se reparte sin producir, la inflación hace el trabajo sucio	216
• El peligro del Comunismo en el Perú: La Corrupción como su mejor aliada	216
• Un gobierno eficiente para el futuro que no espera	219
• Reforma política y fortalecimiento democrático el cimiento que sostiene todo.....	221
• Conciencia nacional y orgullo por lo nuestro	222
• El relevo generacional: los herederos del futuro	224
• El día que el Perú despierte	225
BIBLIOGRAFÍA	228

Introducción

El Perú no es un país pobre. Es una nación herida, empobrecida por la traición, no por la naturaleza. La tierra dio todo: minerales, agua, mar, selva, cultura. Pero el poder respondió con mezquindad. Detrás de cada mina saqueada, de cada niño con hambre, de cada escuela que se cae a pedazos, hay una élite que convirtió el Estado en botín y al pueblo en espectador. Hemos sido engañados con discursos patrióticos mientras nos robaban el futuro con la pluma.

Aquí no faltan ideas, faltan decisiones. No faltan manos, falta dirección. No falta amor al país, falta liderazgo moral. El Perú se ha vuelto experto en sobrevivir, pero no en avanzar. Un país que lo tiene todo y no logra nada, porque quienes mandan han aprendido a gobernar desde la resignación.

Pero esta historia aún no está escrita del todo. Lo que viene depende de los que no se rinden, de los que trabajan sin figurar, de los que creen que la decencia sigue siendo una forma de rebeldía. Depende de los que entienden que la patria no se hereda: se construye.

Este libro nace de una indignación que ya no quiere quedarse callada. No es una queja, es un despertar. Porque ha llegado el momento de mirar al país sin excusas ni miedo. De reconocer que el verdadero enemigo no está en la pobreza, sino en la indiferencia. Que el mayor saqueo no está en los bolsillos, sino en la mente resignada que cree que “así es el Perú”.

El cambio no vendrá de palacios ni ministerios. Vendrá desde abajo, desde las manos que siembran, desde los ojos que aún sueñan, desde los corazones que no se resignan a ver morir la esperanza. Cada generación tiene su batalla. La nuestra es

reconstruir el país que otros destruyeron con elegancia y silencio.

El Perú no está perdido. Está dormido. Y todo pueblo dormido puede despertar. Este libro es una campana que llama a hacerlo. No para destruir, sino para reconstruir. No para odiar, sino para ordenar. No para soñar, sino para actuar.

Porque el futuro no se espera: se fabrica. Con inteligencia, con carácter y con amor.

Y cuando el Perú despierte de verdad, ni la corrupción, ni el miedo, ni la mediocridad podrán detenerlo jamás.

“Somos una tierra de abundancia, pero solo seremos una nación cuando esa riqueza deje de dormir bajo tierra y despierte en nuestra gente.”



PERÚ

EL PAÍS MÁS RICO DEL MUNDO

CAPÍTULO 1



CUANDO UN PAÍS QUE PUEDE ALIMENTAR AL MUNDO NO
ALIMENTA NI A SUS NIÑOS, EL PROBLEMA NO ES DE RECURSOS: ES
EL EXCESO DE CORRUPCIÓN.

CAPÍTULO I

Perú, el país más rico del mundo

El país millonario y mendigo

El Perú no es pobre. Lo han empobrecido. Nuestra historia no es de escasez, sino de abundancia mal aprovechada. Tenemos glaciares que podrían abastecer de agua a generaciones, pero hay pueblos que aún cargan baldes de agua turbia. Frente a nuestras costas está el mar más nutritivo del planeta, y sin embargo millones de niños crecen con anemia. Bajo nuestros pies hay cobre, oro y litio, pero seguimos importando celulares, baterías y hasta fertilizantes. Somos un país que regala riquezas y compra necesidades, como si no tuviéramos derecho a usarlas para nuestro propio desarrollo.

Lo que en otros lugares sería un sueño, aquí se desperdicia: 28 de los 32 climas del mundo, 84 de las 117 zonas de vida reconocidas por la ciencia, una Amazonía que da oxígeno y equilibrio al planeta, y culturas milenarias que aún asombran al

mundo entero. Y pese a todo, la paradoja es brutal: somos millonarios en recursos, pero mendigos en progreso. Exportamos minerales, fibras, pescado y hasta agua disfrazada en productos de agroexportación: producir un kilo de paltas requiere más de 1 600 litros de agua; un kilo de espárragos, alrededor de 1 000. Cada caja que enviamos al extranjero son miles de litros de nuestros valles convertidos en divisa, mientras millones de peruanos siguen sin acceso a agua potable. Tenemos riquezas inmensas, pero hospitalares vacíos; un pasado glorioso, pero escuelas que se caen a pedazos. Alimentamos al mundo, pero no a nuestros propios hijos.

Lo que nos falta no es riqueza, sino proyecto. No es talento, sino visión. No es historia, sino decisión. Otros países que hoy admiramos —Japón, Corea, Alemania— también estuvieron en ruinas, pero eligieron transformar su dolor en desarrollo. Nosotros seguimos atrapados entre la resignación y la costumbre, como si ser pobres en medio de tanta riqueza fuera nuestro destino.

Este libro no quiere inventar grandezas, sino recordar las que ya tenemos. Quiere mostrar con crudeza cómo las desperdiciamos y también con esperanza que aún podemos cambiar. Porque el Perú es, al mismo tiempo, el país más rico del mundo y el único capaz de regalar su futuro como si no valiera nada.

Agua: el oro transparente que dejamos escapar

Dicen que las guerras del futuro serán por el agua. El Perú, entonces, debería estar blindado. Somos uno de los países con mayor riqueza hídrica del planeta: concentrarnos más del 5 % del agua dulce del mundo, tenemos 231 cuencas hidrográficas y albergamos el 71 % de los glaciares tropicales de todo el planeta andino. No es exageración decir que la naturaleza nos dio una ventaja estratégica única. Sin embargo, en lugar de aprovecharla, la desperdiciamos: más del 60 % del agua que usamos se pierde antes de llegar a su destino por canales sin revestir, tuberías rotas y sistemas de riego obsoletos. Es como tener un cofre lleno de oro agujereado: la riqueza se escurre cada día sin que nadie lo repare.

En el papel, podríamos ser una potencia agrícola, energética e industrial gracias a esta abundancia. Podríamos garantizar alimento para nuestra población, exportar productos con valor

agregado y producir energía limpia a gran escala. Pero en la realidad, millones de peruanos abren el caño y no sale una sola gota. Barrios enteros sobreviven con camiones cisterna que venden agua más cara que la gasolina. En la sierra, los agricultores ven morir sus cultivos por falta de riego, mientras en la selva las lluvias se convierten en inundaciones que arrasan casas y cosechas. Y para agravar la situación, el cambio climático avanza sin tregua: en los últimos 50 años hemos perdido más del 40 % de nuestros glaciares andinos. Cada glaciar que desaparece no es solo un paisaje menos, es un manantial menos, una seguridad menos para millones de personas que dependen de esas reservas naturales.

El contraste se vuelve escandaloso cuando miramos al mundo. Israel convirtió el desierto en un vergel con sistemas de riego por goteo que aprovechan cada gota. Singapur, un país diminuto y sin ríos, recicla sus aguas residuales hasta hacerlas potables. Noruega transformó sus ríos en energía hidroeléctrica limpia y con eso financia uno de los fondos soberanos más grandes del planeta. Perú, en cambio, con más agua que todos ellos, sigue confiando en lluvias caprichosas, represas inconclusas y promesas políticas que se pierden en escritorios polvorrientos.

El agua debería ser nuestra mayor ventaja competitiva, el recurso que nos catapulte al desarrollo. En lugar de eso, se ha convertido en un recordatorio diario de nuestra precariedad. Es el oro transparente que dejamos escapar, no porque nos falte, sino porque la corrupción, la improvisación y la desidia nos lo arrebatan a la vista de todos. Y quizás sea también la metáfora más clara de nuestra tragedia nacional: tenerlo todo y no saber qué hacer con ello.

Mar de abundancia, mesa vacía

Frente a nuestros ojos late una de las mayores maravillas del planeta: el mar peruano, alimentado por la Corriente de Humboldt, el más nutritivo y productivo del mundo. Cada año, millones de toneladas de anchoveta, jurel, pota y otras especies atraviesan nuestras costas, capaces de sostener cadenas alimenticias enteras. Con ese mar, el Perú podría convertirse en potencia pesquera y acuícola, alimentar al mundo y, sobre todo, erradicar la desnutrición y la anemia infantil en casa.

La realidad, sin embargo, raya en lo absurdo. Más del 95 % de la anchoveta se convierte en harina para engordar salmones en Noruega o Chile. Es decir, transformamos la proteína más accesible y abundante del planeta en polvo para alimentar peces de lujo en otros países, mientras millones de niños peruanos crecen con anemia. El país que debería liderar la producción de proteínas para sus ciudadanos exporta nutrientes a granel y compra suplementos importados a precio de oro. Un solo plato de anchoveta podría cubrir gran parte de las necesidades de hierro de un niño, pero preferimos venderla en sacos para enriquecer a otros.

El espejo regional es aún más vergonzoso. Ecuador, con un litoral mucho menor, exporta camarón por más de 6 000 millones de dólares al año. Chile, con aguas mucho menos productivas, se ha vuelto potencia salmonera con exportaciones similares. Vietnam multiplicó sus mercados con el pangasius. Perú, con el mar más rico del planeta, apenas supera los 350 millones de dólares en acuicultura. La diferencia no está en el océano: está en la visión, o, mejor dicho, en la falta de ella.

Lo más indignante es que ni siquiera defendemos lo que tenemos. Flotas extranjeras arrasan con nuestras especies en alta mar mientras el Estado mira para otro lado, sin tecnología de vigilancia, sin logística naval suficiente y con funcionarios que, por corrupción o desidia, permiten el saqueo. Somos herederos de Grau en los discursos, pero en los hechos entregamos el mar como si no nos perteneciera.

El mar no es un paisaje para selfies ni una excusa para presumir ceviche en feriados. Es industria, empleo, ciencia, alimento y soberanía. Es una de nuestras mayores reservas de futuro. Y, sin embargo, lo hemos reducido a harina barata, como si no supiéramos que allí se esconde la posibilidad de un verdadero motor de desarrollo nacional.

Biodiversidad y geografía: el laboratorio natural

El Perú es un laboratorio natural a escala planetaria. En un solo territorio conviven 28 de los 32 climas del mundo y 84 de las 117 zonas de vida reconocidas por la ciencia. Ningún otro país puede producir, al mismo tiempo, café en la ceja de selva, papa en

los Andes, mangos en la costa norte y quinua en el altiplano. Mientras otros luchan contra sequías y desiertos, nosotros tenemos la posibilidad de cultivar los 365 días del año. Somos una despensa natural que el mundo envidia, aunque nosotros mismos parecemos ignorarlo.

Nuestra Amazonía, que cubre más del 60 % del territorio nacional, es uno de los centros de biodiversidad más importantes del planeta. Allí crecen especies que ni siquiera han sido clasificadas por la ciencia. Cada árbol, cada raíz, cada semilla podría convertirse en una medicina, un superalimento, un suplemento nutricional o un insumo industrial. Y, sin embargo, miles de esas posibilidades se pierden a diario bajo la motosierra de la tala ilegal o el simple abandono estatal.

La paradoja es grotesca. Israel convirtió el desierto en un vergel con riego por goteo; nosotros, con ríos y glaciares, desperdiciamos nuestra abundancia hídrica. El mundo compite por patentar semillas, extractos y suplementos, mientras el Perú permite que el camu-camu, la maca o la kiwicha se vendan como curiosidades exóticas en sacos sin marca. Afuera, un frasco de cápsulas de maca puede costar diez veces más que el saco de maca que exportamos en bruto. Lo que para otros es industria, para nosotros sigue siendo chacra de subsistencia.

Esto no es solo un tema económico: es estratégico. En un siglo donde la alimentación saludable y la salud preventiva se han convertido en el nuevo oro, el Perú tiene todos los recursos para ser potencia biotecnológica y nutracéutica. Pero seguimos atrapados en el patrón de siempre: exportar en bruto, importar en cápsulas y mirar cómo otros países construyen industrias con lo que aquí dejamos pudrirse.

El Perú, con su geografía y su biodiversidad, no debería ser solo un país agrícola. Debería ser un país que convierta esa riqueza en conocimiento, industria y soberanía. Somos el laboratorio natural que el mundo envidia, pero lo seguimos gestionando como chacra abandonada.

Minería: la maldición de la abundancia

Bajo nuestros pies yace uno de los cofres minerales más ricos del planeta: cobre, oro, plata, litio, hierro, uranio, zinc, fosfatos, caliza y yeso. Con esa base, el Perú podría producir desde acero y cemento hasta fertilizantes y baterías. Podríamos ser un país constructor de su propio destino: fabricar los rieles de sus trenes, el cemento de sus carreteras, las vigas de sus puentes y hasta los paneles de sus industrias. Y, sin embargo, seguimos atrapados en el mismo círculo vicioso: exportamos en bruto y compramos de vuelta lo que podríamos producir aquí.

El caso del cobre es brutal. En 2023, el Perú exportó más de 39 mil millones de dólares en minerales, pero casi todo se fue como concentrado. Afuera se convierte en cables, planchas, motores y autos eléctricos; aquí apenas lo vemos regresar multiplicado en precio. Lo mismo ocurre con el hierro de Marcona: en lugar de transformarlo en acero para fabricar estructuras, lo enviamos como mineral y luego importamos el fierro de construcción que sostiene nuestros edificios. Tenemos caliza de sobra para el cemento, fosfatos para fertilizantes y gas para energizar la industria, pero seguimos importando aquello que podríamos producir con nuestros propios recursos.

El litio de Falchani debería ser la base de una industria de baterías; el uranio, de soberanía energética; el zinc y la plata, de una metalurgia avanzada. Sin embargo, la historia amenaza con repetirse: riquezas que fueron bendición convertidas en condena, como el guano, el caucho o el salitre. Somos, desde la Colonia, la mina de otros, nunca el taller propio.

Y no se trata de incapacidad técnica. El Perú tiene ingenieros, universidades, empresas estatales con potencial como SIMA y Fuerzas Armadas con capacidad constructiva. Lo que falta no es conocimiento: es decisión política. Chile creó Codelco, Australia convirtió su minería en base tecnológica, Bolivia avanza en industrializar el litio. El Perú mide éxito en toneladas exportadas, no en industrias creadas.

Cada barco que se lleva nuestro mineral en bruto es una fábrica que no abrimos, un empleo que no generamos, una carretera que no construimos. Somos dueños del cofre, pero seguimos

entregando las llaves. Y mientras no entendamos que la minería no debe ser solo extracción, sino transformación en acero, cemento, energía y tecnología, seguiremos siendo un país rico en reservas y pobre en soberanía.

Energía y geografía: el mapa del poder que no usamos

El Perú no solo es rico bajo tierra o en sus mares: también lo es en la forma en que está plantado en el mapa del mundo. Somos la bisagra natural entre Sudamérica y Asia, con más de tres mil kilómetros de costa en el Pacífico, la autopista oceánica del siglo XXI. Desde nuestros puertos podríamos conectarnos con los mercados que concentran más del 60 % de la economía global. Y, sin embargo, seguimos administrando Callao y Paita como si fueran muelles de provincia: congestionados, mal equipados y siempre a merced de operadores privados que piensan más en sus balances que en la soberanía del país.

A esa ubicación estratégica se suma otra riqueza aún más poderosa: la energía. Mientras Europa paga fortunas por cada metro cúbico de gas natural, aquí lo exportamos barato y lo consumimos caro. Mientras países invierten miles de millones en paneles solares, en el sur peruano el sol cae a plomo más de 300 días al año sin que exista una política nacional para aprovecharlo. En los Andes, el calor de la tierra late con potencial geotérmico, pero apenas se han hecho estudios preliminares. En la costa, el viento sopla con fuerza suficiente para sostener un sistema eólico a gran escala, pero los proyectos duermen en expedientes. En la selva, ríos poderosos podrían iluminar medio continente, y aun así miles de comunidades siguen alumbrándose con velas o quemando diésel.

El Perú podría ser un hub energético continental, un exportador de energía limpia y, al mismo tiempo, autosuficiente. Pero nos falta visión. Corea del Sur, sin gas, sin sol y sin viento, se convirtió en potencia industrial. Alemania, sin petróleo, apostó por energías renovables y hoy es referencia mundial. El Perú, con todo lo necesario, sigue dependiendo de contratos mal negociados y de combustibles importados que ahogan nuestra economía.

ENERGÍA: EL MAPA DEL PODER QUE NO USAMOS



EL PERÚ POSEE UNA RIQUEZA ENERGÉTICA CAPAZ DE ILUMINAR TODO EL PACÍFICO. TENEMOS EL PODER DE SER POTENCIA EN ENERGÍAS LIMPIAS, PERO NOS FALTA LO ÚNICO QUE NO SE IMPORTA NI SE EXTRAЕ: VISIÓN NACIONAL.

Nuestra geografía es un privilegio que no hemos convertido en estrategia. Podríamos ser el nodo logístico del Pacífico Sur, el corazón energético de Sudamérica, el laboratorio de renovables en los Andes. Pero seguimos mirando el mapa como un dibujo escolar, no como un tablero de poder. El Perú no solo es rico en lo que tiene: es rico en dónde está. Y si no aprendemos a jugar con esa ventaja, el mundo seguirá avanzando mientras nosotros seguimos esperando.

Cultura y legado ancestral: identidad desaprovechada

El Perú no solo es tierra de minerales, agua y biodiversidad. Es también un país con más de 5 000 años de civilización a cuestas. Caral, la ciudad más antigua de América; Nazca, con sus geoglifos que aún desconciertan a la ciencia; Chan-Chan, la ciudad de barro más grande del mundo; Machu Picchu, maravilla universal que debería ser ejemplo de gestión impecable... y que, en la práctica, sufre de caos administrativo, sobreventa de entradas y ausencia de planificación.

Nuestro legado cultural debería ser la base de una industria global de turismo, educación e innovación. Con lo que tenemos, podríamos sostener universidades especializadas en arqueología, centros de investigación en patrimonio, industrias creativas con identidad propia. Pero lo hemos tratado como adorno, como postal de feria, como folletos mal impresos que venden grandeza en papel mientras descuidan el verdadero tesoro.

La ironía es cruel. Civilizaciones que dominaron la ingeniería hidráulica, la astronomía, la agricultura en terrazas y la organización comunitaria sobreviven hoy como ruinas mal custodiadas. El Estado invierte más en consultorías que en restaurar templos, más en campañas políticas que en proteger lo único irrepetible que tenemos.

El contraste duele más cuando miramos al mundo. Egipto convirtió sus pirámides en motor de divisas; Grecia transformó su historia en marca mundial; México revalorizó sus culturas originarias como parte de su diplomacia cultural. El Perú, en cambio, reduce su herencia milenaria a un circuito turístico desigual.

y saturado, donde Machu Picchu concentra la atención mientras la Amazonía, el norte y gran parte del sur permanecen invisibles.

Y no se trata solo de atraer visitantes. Nuestra cultura ancestral guarda claves para el presente: los andenes como respuesta práctica al cambio climático, el ayni y la minka como modelos de cooperación comunitaria, los textiles como patrimonio vivo que podría inspirar industrias modernas con identidad. Pero preferimos copiar lo extranjero antes que valorar lo que inventaron quienes nos precedieron.

El Perú tiene tanto patrimonio que no alcanzaría una vida para mostrarlo todo. Pero la pregunta es inevitable: ¿queremos ser museo de ruinas o nación viva que convierte su pasado en motor de futuro? Hoy, nuestra historia no nos sostiene: nos observa, incrédula, desde los muros que dejamos caer.

Juventud y capital humano: la riqueza que dejamos migrar

El Perú no solo está hecho de agua, montañas y minerales. Su mayor riqueza late en la piel y en la mente de su gente. Más de la mitad de la población es menor de 35 años: un bono demográfico que ocurre una sola vez en la historia de un país y que, bien aprovechado, puede ser la palanca que lo lance hacia el desarrollo. Son millones de jóvenes que deberían estar formándose, creando, produciendo y soñando con un país que los necesita. Pero la realidad es otra: estudian en sistemas educativos precarios, trabajan en la informalidad o se ven obligados a migrar para encontrar lo que aquí se les niega.

Cada joven que se va se lleva más que su talento: se lleva años de inversión familiar y estatal, se lleva la esperanza de innovación, se lleva la energía de un país que envejece sin haber madurado. Y mientras el mundo paga caro por programadores, ingenieros, técnicos de salud y diseñadores creativos, el Perú sigue desperdimando su mayor mina: su capital humano. No se trata de números: se trata de futuro.

La historia lo demuestra con claridad. Corea del Sur no tenía cobre ni litio; tuvo juventud organizada en torno a la educación y la

innovación. Finlandia no tenía gas ni biodiversidad infinita; tuvo maestros y universidades que hicieron del conocimiento su motor de desarrollo. Israel no tenía agua ni petróleo; tuvo científicos y emprendedores que transformaron el desierto en un laboratorio.

El Perú, en cambio, tiene lo que ellos nunca tuvieron: abundancia natural y una juventud vibrante. Pero carece de lo que ellos sí construyeron: un proyecto nacional que no expulse a sus jóvenes, sino que los convoque.

Esta es la contradicción más dolorosa: mientras nuestras riquezas naturales viajan en barcos al extranjero, también lo hace nuestra gente más preparada. Exportamos cobre y exportamos cerebros. Vendemos litio y regalamos talento. Nos quedamos con huecos en la tierra... y con huecos en el futuro.

Invertir en juventud no es un gasto: es la política de soberanía más importante. Un país que nutre, educa y protege a sus jóvenes garantiza su futuro tanto como si cuidara sus minas, sus bosques o sus mares. Porque de nada sirve ser un país rico en recursos si quienes deberían transformarlos en desarrollo terminan sirviendo a otros países.

El Perú no puede seguir siendo una nación que exporta lo mejor de sí misma. Su juventud es su verdadero motor. Pero mientras no lo entendamos, seguiremos siendo el país más rico del mundo... con los bolsillos y las aulas vacías.

El país más rico y la decisión más pobre

El Perú es, sin duda, uno de los países más ricos del planeta. Agua, mar, minerales, biodiversidad, culturas milenarias... pocas naciones concentran tanta abundancia en un solo territorio. Pero esa riqueza no se traduce en bienestar, porque cada recurso ha sido administrado con la misma fórmula letal: improvisación, corrupción y falta de visión. Somos ricos en diagnósticos, pobres en ejecución. Ricos en potencial, pobres en resultados.

La contradicción es insopportable. Un país con todo para ser potencia alimentaria y que, aun así, importa leche en polvo. Con gas y litio en abundancia, pero que compra fertilizantes y baterías carísimas. Con Machu Picchu como maravilla mundial, pero sin

baños dignos para los visitantes. Con millones de toneladas de minerales en las entrañas, pero sin trenes ni ferrovías que los transporten con dignidad. Esa es la tragedia del Perú: riquezas de primera, decisiones de tercera.

El mensaje es claro: el problema no es la falta de recursos, sino la falta de voluntad política y de un proyecto nacional. El país más rico del mundo ha sido gobernado como si fuera pobre. Confundimos abundancia con desarrollo y dejamos que mafias y élites sin visión conviertan el patrimonio de todos en botín de pocos.

Y, sin embargo, nada de esto es irreversible. Cada recurso que hoy se desperdicia puede convertirse en la base de un modelo de desarrollo propio. El agua puede ser soberanía alimentaria y energía limpia. El mar, nutrición y biotecnología. La biodiversidad, salud y biocomercio. La minería, industria y tecnología. La cultura, turismo sostenible e identidad global. Todo está ahí, esperando. Lo que falta no es riqueza: es decisión.

El Perú no está condenado a la frustración. Está condenado —si acaso— a la indecisión. Y esa es una condena que podemos romper. Porque la verdadera pobreza del país no está en lo que le falta, sino en lo que no se atreve a decidir.

El Perú es como un banquete servido en una mesa infinita... pero administrado por comensales que se pelean por las migajas, mientras dejan que otros se lleven los platos principales. Mientras el mundo corre hacia el futuro, nosotros seguimos discutiendo quién se queda con la entrada, sin darnos cuenta de que el festín se enfriá. Cada día que pasa sin visión, nuestra riqueza se convierte en anécdota, en cifra estadística, en recuerdo desperdiciado.

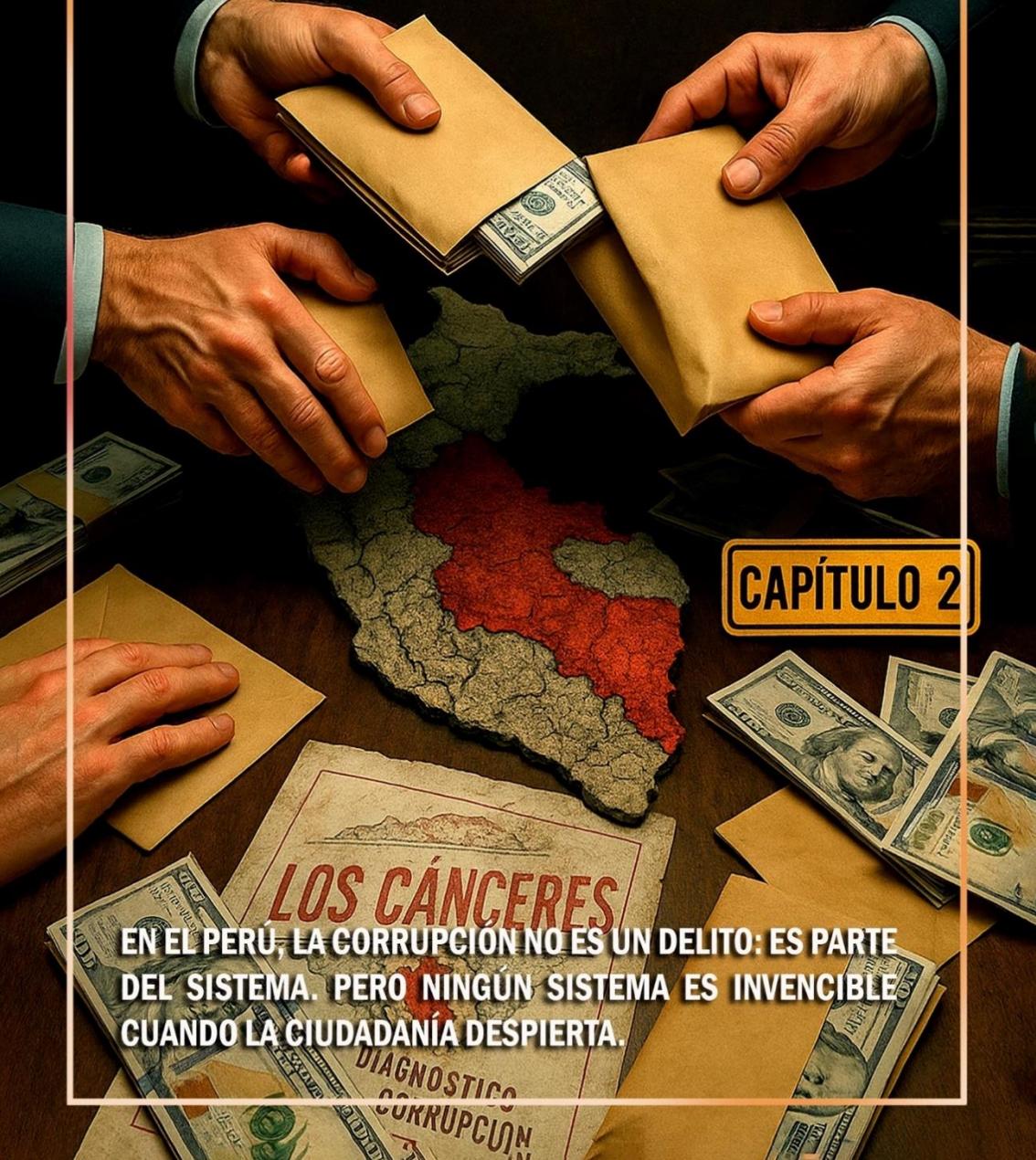
Pero toda historia de fracaso puede convertirse en punto de inflexión. El país más rico del mundo no necesita esperar un milagro: necesita despertar. Reconocer que su problema no está en la naturaleza ni en el azar, sino en la manera en que se organiza, en la forma en que decide.

Y aquí aparece la verdadera pregunta: ¿cómo se construye el futuro? No basta con señalar lo que tenemos; hace falta entender qué principios convierten recursos en bienestar, diagnósticos en planes, planes en obras y obras en vida digna. El Capítulo 2 no

hablará ya de lo que somos, sino de lo que debemos empezar a edificar: los principios universales del desarrollo que otras naciones aplicaron con éxito y que el Perú, por mezquindad o ceguera, nunca quiso adoptar.

“No hay enfermedad más letal que la indiferencia; mientras miremos al costado, el país seguirá desangrándose.”

LOS CÁNCERES SOCIALES DEL PERÚ



CAPÍTULO 2

EN EL PERÚ, LA CORRUPCIÓN NO ES UN DELITO: ES PARTE DEL SISTEMA. PERO NINGÚN SISTEMA ES INVENCIBLE CUANDO LA CIUDADANÍA DESPIERTA.

CAPÍTULO II

Los Cánceres Sociales del Perú

El verdadero drama del Perú no está en la falta de recursos, sino en la abundancia de males sociales que nos devoran por dentro. Corrupción que se volvió costumbre, justicia que nunca llega, educación que no educa, instituciones que no funcionan. Somos un país empobrecido no por carencia, sino por saqueo; no por lo que nos falta, sino por lo que toleramos.

Nuestra tragedia no es la escasez, sino la costumbre. Acumulamos más oro que vergüenza, más historia que visión y más discursos que resultados. Nos ufanamos de tener la civilización más antigua de América, pero no somos capaces de construir una carretera que dure más que una campaña electoral. Aplaudimos a Grau y a Túpac Amaru, pero votamos por ladrones con corbata y celebramos cuando salen libres “por falta de pruebas”.

El Perú real no es el que aparece en los spots turísticos ni en los discursos patrioteros. Es el que madruga en vano porque la posta médica no tiene medicinas. Es el que estudia bajo techos de calamina mientras en la capital se inauguran auditorios millonarios. Es el que trabaja la tierra con esfuerzo y termina comprando productos importados porque el Estado nunca pensó en él.

Este libro nace de la indignación, pero también de la convicción. Es un grito contra quienes han convertido al país en botín, pero también una defensa de quienes lo sostienen en silencio: maestros que enseñan sin recursos, agricultores que producen con lo mínimo, jóvenes que estudian pese a saber que quizá terminen subempleados.

El Perú no está condenado al fracaso: está secuestrado. Secuestrado por intereses mezquinos, por políticos que piensan en la próxima elección y no en la próxima generación, por empresarios que lucran del desorden y por burócratas que viven de la inercia. Pero también está lleno de peruanos que trabajan, resisten y construyen sin esperar permiso de nadie.

La verdadera esperanza no está en un caudillo ni en un eslogan vacío. Está en el ciudadano común que decide dejar de esperar y empieza a actuar. Por cada corrupto que roba, hay miles que luchan. Por cada saqueador del presente, hay constructores del futuro.

Este capítulo no es un simple inventario de desgracias, sino una radiografía incómoda pero necesaria. Porque solo cuando se nombra la enfermedad sin miedo se puede empezar la cura. Y la cura del Perú no está en negar lo que duele, sino en enfrentarlo con decisión.

El Perú no pertenece a los corruptos, aunque ellos lo administren como si fuera su botín. El Perú es nuestro. Y ha llegado el momento de reclamarlo, reconstruirlo y hacerlo grande de verdad.

Un país que se desangra por dentro

Un país no muere de golpe. Muere de infección lenta. El Perú no se derrumba por un terremoto ni por una guerra declarada: se cae a pedazos por dentro, carcomido por cánceres sociales que corroen sus cimientos. No son accidentes: son enfermedades instaladas. Corrupción política, justicia de alquiler, policías cómplices, mafias que cobran impuestos con balas, escuelas que fabrican frustrados, hospitales que reparten abandono. Ese es el parte médico de nuestra república.

Aquí el saqueo no es excepción: es estilo de vida. Nos hemos acostumbrado a reírnos de presidentes presos como si fueran personajes de comedia, a aceptar la extorsión como un costo más de hacer negocios y a convivir con la impunidad como si fuera parte del paisaje. La corrupción dejó de indignar y pasó a formar parte de la identidad cotidiana: se cuela en las conversaciones, en las excusas, en el “así es pues” que mata cualquier intento de esperanza.

Lo más grave no es solo la magnitud del problema, sino la anestesia social. El verdadero cáncer del Perú no es la corrupción en sí, sino la normalización de la corrupción. Hemos dejado de verla como delito y la tratamos como condición natural. Como quien convive con una enfermedad sin buscar cura, nos resignamos a la podredumbre.

Este capítulo no será un inventario de escándalos ni un catálogo de titulares olvidados. Será una radiografía de la enfermedad: de la política convertida en negocio, de la justicia tarifada al mejor postor, de la policía infiltrada por mafias, del crimen que gobierna territorios completos, de la educación que fabrica frustrados y de la salud que fabrica muertos. Como toda radiografía, las imágenes no son bonitas: son dolorosas, porque muestran lo que preferimos no mirar.

Pero si algo enseña la medicina es que el cáncer no siempre es terminal. Puede combatirse, si se reconoce a tiempo y se enfrenta con decisión. Y esa es la primera condición para salvar al Perú:

nombrar la enfermedad sin miedo. Porque mientras sigamos escondiéndola detrás de excusas, la metástasis seguirá avanzando.

El Sistema Corrupto: Manual de Operaciones

En el Perú, la corrupción no es anomalía: es sistema. No hablamos de manzanas podridas, sino de un bosque entero envenenado. El problema no está en rincones aislados del Estado: está en su sala de mando. Congreso, ministerios, gobiernos regionales, municipios, reguladores, empresas públicas: todos orbitan en un engranaje donde robar no es excepción, sino requisito.

La mejor radiografía está en Palacio. Desde el año 2000, ningún presidente ha salido limpio. Fujimori, sentenciado a más de 25 años. Toledo, extraditado desde EE. UU. por Odebrecht. García, que eligió la salida más trágica antes de ser detenido. Humala y Heredia, procesados. Kuczynski, en arresto domiciliario. Vizcarra, destituido e investigado por sobornos. Castillo, preso tras intentar un golpe de Estado. Boluarte, investigada por enriquecimiento ilícito y muertes en protestas. Siete presidentes, siete finales con barro. Aquí no elegimos estadistas: elegimos futuros reos.

Los datos lo confirman. En 2024, el Perú marcó 33 puntos sobre 100 en el Índice de Percepción de la Corrupción, puesto 111 de 180 países. En otras palabras: jugamos en la misma liga que Honduras, Nicaragua o Venezuela, mientras Chile y Uruguay nos doblan en integridad. Somos potencia mundial en desconfianza.

Pero la metástasis no se limita a la política: se instaló en la cultura. Aquí el corrupto no se esconde: desfila en mitines, sonríe en campaña, da entrevistas con cinismo. El honesto, en cambio, es visto como ingenuo. Aplaudimos al que se cuela, nos burlamos del que hace cola, votamos por el que reparte migajas sabiendo que luego cobrará fortunas. En el Perú, el verdadero escándalo no es que roben: es que los atrapen.

¿El resultado? Hospitales sin medicinas, colegios que se derrumban con la primera lluvia, carreteras que duran menos que un mandato y mansiones de alcaldes que resisten cualquier tormenta. La corrupción no solo roba dinero: roba fe, mérito, esfuerzo y futuro. Vacía las instituciones y vacía al ciudadano, que aprende a sobrevivir en modo cínico.

El sistema corrupto tiene manual propio: inflar obras, multiplicar adendas, vender ascensos, alquilar sentencias, secuestrar partidos, blindar cómplices. Y el Estado, en lugar de enfrentarlo, lo administra. Mientras no rompamos ese manual, todo intento de desarrollo será teatro con escenografía podrida. Y en ese teatro, los únicos que aplauden son los ladrones.

La Política en Venta: Partidos-Franquicia y su Antídoto

En el Perú, la política dejó de ser servicio y se convirtió en negocio. Los partidos ya no son escuelas de ciudadanía: son franquicias privadas con dueño registrado, logo de alquiler y militantes de ocasión. No se debaten ideas: se reparten favores. No se eligen candidatos: se designan en reuniones privadas. La paradoja es grotesca: exigimos democracia al Estado, pero toleramos partidos que funcionan como dictaduras en miniatura.

Las campañas no se financian con programas, sino con maletines. Empresarios invierten en candidatos como quien compra acciones en la bolsa: esperan contratos, leyes a medida y blindajes. El que gana no goberna: devuelve la inversión. En este mercado político, el voto ciudadano es apenas escenografía; lo demás se negocia en la trastienda.

El joven que se atreve a entrar en política con ideales descubre pronto la maquinaria real: listas cerradas, cupos vendidos, puestos entregados como concesiones. La ética es ingenuidad, la honestidad es rareza, la vocación de servicio es motivo de burla. Algunos renuncian antes de vender el alma; la mayoría se adapta. Y el que se adapta, se vende.

Mientras tanto, el ciudadano asiste a una feria de intereses disfrazada de democracia. Bancadas que se alquilan al mejor postor, ministerios subastados como puestos de mercado, leyes redactadas en restaurantes de lujo. Cambian los rostros, pero el libreto es siempre el mismo: obras infladas, consultorías fantasmales, favores a cambio de votos.

Los números lo corroboran. En 2024, el Perú ocupó el puesto 111 de 180 en el Índice de Percepción de Corrupción. En el subíndice de captura del Estado, figuramos entre las democracias más secuestradas de América Latina. Traducción: aquí la democracia existe en el papel, pero la política real se vende por contrato.

Pero no todo está perdido. Si los partidos se han convertido en feudos, la salida es romper el ciclo del caudillo y devolver el poder a la militancia. Padrone limpios y auditados, elecciones internas verificables, límites a dirigentes eternos, voto digital trazable. Que cada militante recupere su voz y cada ciudadano pueda fiscalizar. Solo así el partido dejará de ser propiedad privada y volverá a ser espacio ciudadano.

Ningún país puede tener democracia real si sus partidos siguen secuestrados. La limpieza del Estado empieza en la sala de máquinas: en los partidos. Mientras no los democratizamos, seguiremos atrapados en esta república de utilería, donde las urnas votan... pero las cúpulas deciden.

Justicia de Alquiler y Policía sin Respaldo

En el Perú, la justicia no es ciega: cobra por mirar. Jueces que alquilan la toga por horas, fiscales que tarifan expedientes como notarios de ocasión, abogados que convierten la ley en un laberinto diseñado para agotar a las víctimas. Aquí las sentencias no se dictan en nombre de la Nación, sino en nombre de la billetera.

El caso de los “Cuellos Blancos del Puerto” fue radiografía perfecta: una mafia instalada en lo más alto del sistema judicial, donde se negociaban ascensos, custodias de hijos y fallos completos

como mercadería de mercado. Y no fue excepción: cortes enteras han funcionado como negocios familiares, donde lo único que no prescribe es la impunidad.

El ciudadano lo sabe y lo sufre. Según el Latinobarómetro 2024, apenas el 12 % de los peruanos confía en el Poder Judicial. No es casualidad: en el Perú, siete de cada diez procesos penales nunca llegan a sentencia firme. El delito no se sanciona: se archiva, se diluye, se pierde en expedientes que acumulan polvo hasta que el tiempo mata la causa.

La Policía tampoco escapa de la podredumbre. El uniforme, que debería inspirar respeto, inspira sospecha. No porque falten policías valientes, sino porque el sistema traiciona a quienes cumplen su deber. El caso de alias “Cuchillo”, capturado en 2023 con pruebas sólidas, lo demostró: fue liberado por un tecnicismo absurdo —un retraso burocrático— y terminó cruzando la frontera como turista. El sicario libre; el policía que lo atrapó, olvidado.

La consecuencia es devastadora. En demasiadas regiones, la justicia es selectiva y la policía cómplice por omisión. Se asciende más por lealtad al jerarca que por mérito; se castiga al agente honesto y se premia al servil. El ciudadano, entre tanto, queda a merced de mafias locales y jueces tarifados.

La verdad es brutal: donde el juez negocia y el policía no protege, gobierna el crimen. Y cuando el crimen gobierna, el Estado no solo falla: abdica. Se convierte en socio silencioso de la impunidad y enemigo invisible de su propio pueblo.

La Economía del Miedo: Extorsión y Sicariato

En el Perú de hoy, la inseguridad ya no es un problema más: es el aire que se respira. El silencio en algunas calles sorprende más que el sonido de un disparo. El Estado perdió el control de las plazas y en su lugar se impuso un impuesto paralelo: la extorsión.

Las cifras oficiales apenas rozan la superficie. En 2024 se registraron más de 25 000 denuncias por extorsión, y solo en los tres primeros meses de 2025 ya iban 9 000 más. Pero la estadística

LA ECONOMÍA DEL MIEDO: EXTORSIÓN Y SICARIATO NO SE PUEDE TOLERAR

CAPÍTULO 2

UNA PARTE DEL PERÚ VIVE BAJO LA ECONOMÍA DEL MIEDO: LA EXTORSIÓN Y EL SICARIATO SUSTITUYERON AL ESTADO. GOBIERNAN CON VIOLENCIA Y COBRO DIARIO.

miente por omisión: la mayoría de víctimas ni siquiera denuncia. Prefieren pagar porque aquí levantar la voz puede costar más caro que la cuota mensual. En este país, callar no es cobardía: es estrategia de supervivencia.

Los transportistas lo saben mejor que nadie. Pagan por rodar, pagan por no arder, pagan por vivir un día más. No compran un seguro: compran tiempo de vida. Y cuando alguno se atreve a no pagar, la represalia es inmediata: buses incendiados, talleres destruidos, familias aterrorizadas. El Estado, mientras tanto, responde con operativos relámpago que apenas arañan la superficie.

El sicariato, que antes parecía exclusivo de mafias grandes, hoy es servicio de delivery del crimen. En 2024 hubo más de 800 asesinatos por encargo. En algunos distritos del norte, contratar a un sicario cuesta menos que una cena de lujo. Y lo peor: funcionan con más disciplina y eficiencia que cualquier ministerio. Tercerizan tareas, cumplen plazos y aseguran resultados. La muerte, aquí, se ofrece con garantía.

El crimen extranjero encontró terreno fértil. Bandas como el Tren de Aragua operan en el Perú con lógica de franquicia: narcotráfico, trata de personas, micro extorsión. En los barrios donde el Estado es apenas un recuerdo, ellos son la autoridad real. El mensaje es simple: si el Estado no gobierna, alguien más lo hará.

El impacto no se mide solo en cadáveres. Cada extorsión es un impuesto que no financia hospitales ni escuelas, sino armas y arsenales. Cada negocio que cierra es empleo que se esfuma. Cada vida apagada es la prueba de que el crimen administra mejor que el propio Estado.

Las encuestas lo reflejan: solo 14 % confía en la Policía Nacional y 12 % en el Poder Judicial (Latinobarómetro 2024). El resto se resigna a sobrevivir como puede: cambiando de número de celular, mudándose de barrio, cerrando negocios que costaron años de esfuerzo o pagando puntualmente la cuota mafiosa. En este país, sobrevivir ya se considera una forma de éxito.

Hablar de atraer inversión en estas condiciones es un chiste cruel. Nadie invierte en un país donde la seguridad se compra a la mafia y la justicia se negocia con el juez. Lo que queda es un mapa fragmentado en territorios mafiosos, donde la ley se mide en fusiles y la vida se rige por la bala.

Eso, en cualquier manual de gobernabilidad, se llama colapso institucional. En el Perú, simplemente se llama martes.

El Régimen del Oro Sucio: La República Paralela de la Minería Ilegal

La minería ilegal en el Perú ya no es un problema marginal: es un Estado paralelo. Tiene ejército privado, justicia propia, logística internacional y una economía que supera a varios ministerios juntos. No tributa, pero recauda. No legisla, pero impone. No convoca elecciones, pero dicta sentencias. En los territorios que controla, la bandera peruana es apenas un adorno descolorido.

Los números son demoledores. En 2024, el 40 % del oro exportado por el Perú fue ilegal o informal: más de 6 800 millones de dólares en un solo año. Si sumamos narcotráfico, tala ilegal y contrabando, el botín criminal supera los 12 000 millones. La minería ilegal no es “informalidad productiva”: es el holding criminal más rentable del país, con marca propia y proyección internacional.

El contraste con el Estado es humillante. Mientras un hospital tarda diez años en construirse y aun así abre sin equipos, las mafias levantan campamentos en semanas: pistas de aterrizaje, dragas modernas, anillos de seguridad armados hasta los dientes. El Estado no llega ni con una posta de salud; las mafias, en cambio, instalan ciudades criminales en plena Amazonía.

El impacto ambiental es un apocalipsis silencioso. En Madre de Dios, el satélite Copernicus ha registrado más de 100 000 hectáreas de bosque arrasadas en dos décadas. Ríos como el Malinowski superan hasta 40 veces los límites de mercurio

permitidos por la OMS. Peces, animales y comunidades enteras han sido envenenados. La selva, orgullo de biodiversidad mundial, convertida en cementerio químico.

Lo más doloroso ocurre en la cultura. Jóvenes de 16 o 17 años dejan la escuela para convertirse en operadores de dragas y fusiles. Allí aprenden que la única ley es el silencio. La juventud que debería construir futuro, sobrevive día a día en una economía de barro y mercurio.

La complicidad estatal completa el cuadro. Operativos que se filtran con días de anticipación, fiscales que almuerzan con mineros, cargamentos que cruzan fronteras más fácil que un turista europeo. La masacre de trece trabajadores en Pataz, en 2025, no fue ajuste de cuentas: fue un comunicado de las mafias recordando quién manda.

El oro, finalmente, llega impecable a los mercados internacionales. Nadie pregunta si brilla con sangre o con mercurio. El bosque queda arrasado, los ríos envenenados y las comunidades desplazadas. El país pierde soberanía mientras el crimen exporta futuro a granel.

La minería ilegal no es accidente: es régimen de facto. Exporta oro, importa armas, contrata sicarios y compra voluntades. Y mientras el Estado organiza mesas técnicas, las mafias organizan territorios. En ese silencio comprado, el Perú cede soberanía a un poder que no necesita urnas para gobernar.

Pruebas del Saqueo: Escuelas Rotas y Salud a Plazos

La corrupción en el Perú no se mide solo en millones robados, en presidentes presos o en alcaldes enriquecidos. Se mide en lo más cotidiano: en la escuela donde estudian los hijos de millones de peruanos y en el hospital donde esperan pacientes que muchas veces mueren antes de ser atendidos. Allí, en lo más básico, el saqueo es más visible y más cruel.

Educación: cartones en lugar de conocimiento

Entre 1990 y 2015 pasamos de 49 a 132 universidades. Más de 80 nacieron sin bibliotecas, sin laboratorios y sin docentes de calidad, pero con oficinas de marketing, gigantografías y promesas de “excelencia”. Lo importante no era aprender: era pagar. El resultado: jóvenes con títulos que valen menos que el papel en el que fueron impresos. Según el INEI, siete de cada diez egresados no ejercen la carrera que estudiaron.

El sistema educativo se volvió una máquina de fabricar frustrados. En colegios rurales de los Andes, los niños estudian en aulas de adobe, con frío y libros que llegan tarde o nunca. En colegios privados de élite, los alumnos aprenden con iPads y profesores certificados en el extranjero. Ambos rinden el mismo examen, como si corrieran la misma carrera. En el Perú, vencer la brecha educativa es una hazaña, no la norma.

Varias universidades privadas fueron trampolines de poder más que centros de enseñanza. El caso de la Universidad Alas Peruanas es emblemático: un imperio que funcionó como maquinaria de influencia política hasta que la SUNEDU le retiró la licencia en 2019. No cayó solo una universidad: cayó una red clientelar que usaba a estudiantes como carne electoral.

Salud: la ruleta rusa de enfermarse en el Perú

Si la educación es el futuro, la salud es la condición mínima para vivir. Pero en el Perú, enfermarse es jugar a la ruleta rusa. La pandemia lo mostró con brutalidad: hospitales colapsados, sin oxígeno ni camas UCI, mientras clínicas privadas funcionaban como boutiques de lujo cobrando más de 100 mil soles por una cama. Mientras el país contaba muertos, ellas contaban ingresos.

La corrupción se infiltra en cada pasillo. En algunos hospitales, un “aporte voluntario” abre la puerta a la cama que no existe o a la operación que lleva meses en espera. La salud dejó de ser derecho: es un mercado donde el que no paga se muere esperando.

El crimen más silencioso está en la infancia. En 2024, el 43.7 % de los niños menores de tres años padecía anemia. Casi uno de

cada dos bebés empieza la vida con menos oxígeno en el cerebro. En un mundo que compite por talento, el Perú envía a sus hijos a la carrera global con desventaja biológica. Exportamos quinua y camu-camu como superalimento, pero fallamos en llevar hierro a la sangre de nuestros propios niños.

El costo real. Cada aula vacía es una fábrica de pobreza futura. Cada niño con anemia es una promesa rota. Cada paciente que muere esperando una cama es la prueba de que el Estado funciona mejor como cementerio que como servicio. La corrupción educativa fabrica frustrados; la corrupción en salud fabrica muertos. Esa es la factura que nadie muestra en los informes oficiales, pero que todos pagamos a diario.

El Juicio Moral de una Nación

El Perú no está enfermo: está en cuidados intensivos. Sus instituciones fueron saqueadas, su política convertida en negocio, su justicia tarifada, su policía desmoralizada, sus escuelas vaciadas de conocimiento y sus hospitales reducidos a colas y excusas. Y lo más grave no es la corrupción en sí, sino que hemos aprendido a convivir con ella. La costumbre es el cáncer más letal.

Cinco presidentes investigados o presos en apenas tres décadas ya no generan indignación: alimentan memes. La extorsión en mercados y el sicariato en calles se aceptan como “nuevo costo operativo”. La impunidad dejó de ser excepción para convertirse en norma. Y la indignación ciudadana se volvió espectáculo digital: producimos más hashtags que sanciones, más chistes que protestas. En el Perú, el humor reemplazó a la justicia y la burla sustituyó al castigo.

Pero este país no está condenado: lo que está condenado es el conformismo. El cambio no vendrá desde arriba, porque desde arriba solo caen decretos cosméticos y discursos reciclados. Vendrá desde abajo: de quienes se cansen de vivir anestesiados por el miedo y de hipotecar su voto como limosna. Vendrá de quienes entiendan que patria no es cantar el himno en julio, sino indignarse en agosto,

en septiembre, en cualquier día en que un corrupto robe y un ciudadano lo aplauda.

La solución no es otro papel sellado ni otra ley de escritorio. Ya tenemos suficientes decretos empolvados. Lo que falta es un esfuerzo real: que la ley duela cuando se incumple. Lo que falta es sanción social: que el corrupto deje de ser modelo de éxito y vuelva a ser paria. Que el honesto deje de ser visto como tonto y vuelva a ser ejemplo.

El día en que premiemos al íntegro y no al vivo, al que construye en silencio y no al que roba en público, ese día el Perú saldrá de la UCI moral donde yace postrado. Mientras tanto, seguiremos siendo potencia en recursos y miseria en instituciones: un país que exporta minerales al mundo, pero importa vergüenza para sus hijos.

Este país no pertenece a los corruptos, aunque ellos lo administren como botín. El Perú pertenece a quienes madrugar sin robar, a quienes siembran sin estafar, a quienes trabajan sin venderse. Lo que falta no es riqueza: es decencia. Y esa es la revolución pendiente.

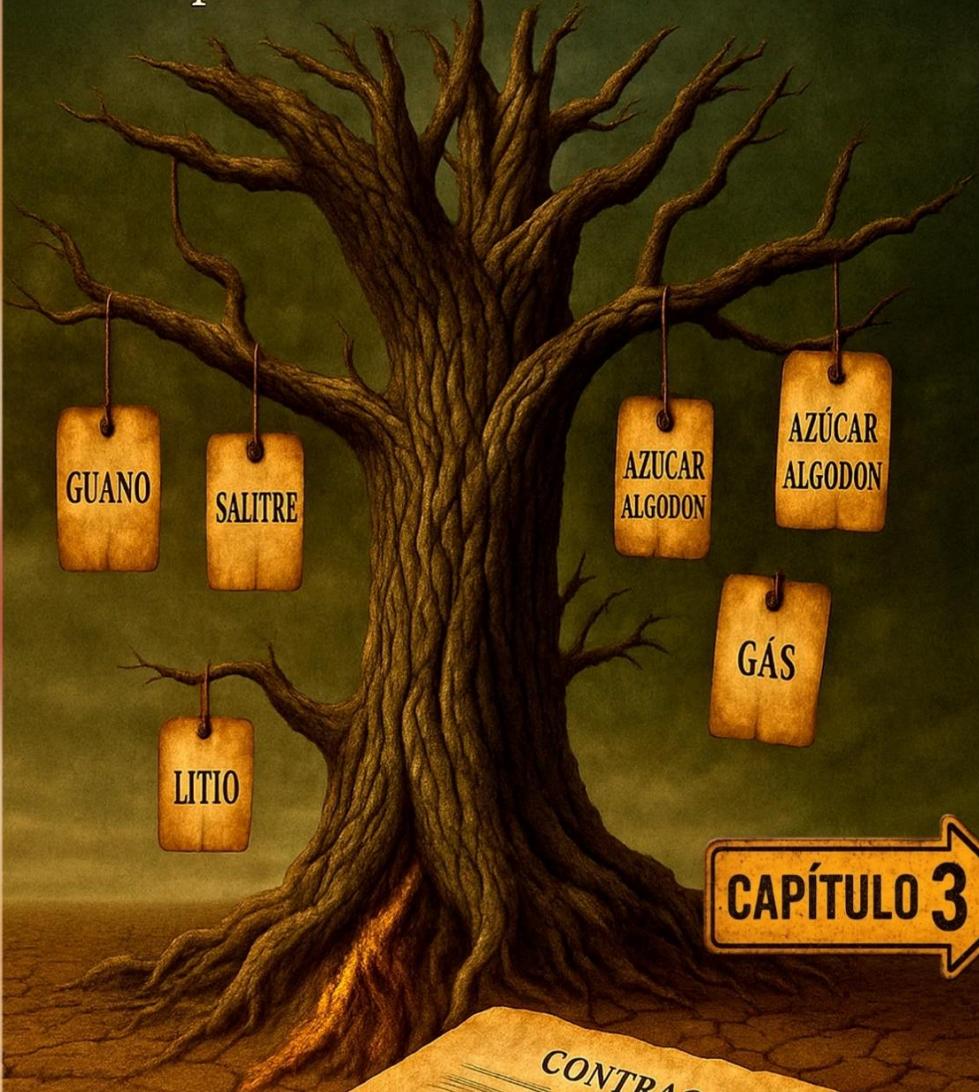
El juicio moral del Perú no lo dictará un tribunal ni un fiscal. Lo dictará la sociedad el día que se canse de mirar hacia otro lado. Ese día, el corrupto dejará de ser astuto para volver a ser lo que siempre fue: un traidor.

El precio de esta enfermedad no se mide solo en vergüenza o cinismo: se mide en futuros perdidos. Cada acto de corrupción no solo robó dinero: robó oportunidades históricas de desarrollo. Y así, mientras otros países aprovecharon sus riquezas para avanzar, nosotros las dejamos escapar entre contratos amañados, improvisaciones y saqueos. Esa es la próxima página de nuestra historia: las oportunidades que el Perú tuvo en sus manos... y dejó perder.

“El futuro no se descubre, se conquista. Y el Perú debe blindar lo que el mundo codicia, porque un país que no protege su riqueza termina sepultado por la misma abundancia que lo pudo salvar.”

LAS OPORTUNIDADES PERDIDAS:

el precio de mirar hacia otro lado



CONTRACTT

GUANO, SALITRE, MINERALES, GAS, LITIO... UNA CADENA DE RIQUEZAS DESAPROVECHADAS POR INEPTITUD, ENTREGADAS CON DOCILIDAD Y APROVECHADAS POR INTERESES QUE JAMÁS PENSARON EN EL PERÚ

CAPÍTULO III

Las Oportunidades Perdidas: el precio de mirar hacia otro lado

“En medio de la dificultad reside la oportunidad”, escribió Einstein. El Perú, en cambio, ha demostrado que en medio de la oportunidad siempre encuentra la dificultad. Pocos países han sido bendecidos con tanta riqueza natural, y pocos la han desperdiciado con tanta precisión histórica. Lo nuestro no ha sido mala suerte: ha sido falta de carácter y de estrategia.

En dos siglos de vida republicana, hemos tenido **seis bonanzas exportadoras** capaces de transformar el país: guano, salitre, caucho, azúcar y algodón, minería moderna y gas natural. Cada una pudo ser el cimiento de un Estado con escuelas, hospitales, fábricas y soberanía energética. Pero las convertimos en festines de corto plazo, en fortunas de élite y en humo que se llevó el viento.

El saldo está a la vista: **más de 9 millones de peruanos viven en pobreza monetaria y otros 9 millones sobreviven al borde de ella**. Seis de cada diez familias podrían caer en la miseria

con una sola crisis, una enfermedad o un despido. Somos la paradoja de un país rico en tierra, mar y subsuelo, pero pobre en visión y dirección.

La historia, con ironía cruel, nos pone otra vez la prueba en la mesa en pleno siglo XXI: el litio, el “oro blanco” que mueve autos eléctricos y economías enteras. Y nosotros, fieles a nuestra costumbre, discutimos si realmente existe o dejamos que otros planifiquen, inviertan e industrialicen. Es el mismo guion de siempre: exportar materia prima, importar productos terminados, aplaudir inversiones extranjeras y lamentarnos cuando ya es tarde.

Si alguien escribiera un manual de cómo fracasar de manera sistemática en un país con todas las condiciones para triunfar, el prólogo tendría una sola frase: **“Hecho en Perú”**.

El Guano: la lotería ganada y el país perdido

Administrar el guano debió ser como ganar la lotería con el boleto ya raspado. No había que descubrir la rueda ni esperar décadas: el Perú tenía frente a sí un recurso milagroso, codiciado en todo el mundo como fertilizante y con un mercado asegurado. Entre 1840 y 1879, el Estado recaudó más de **600 millones de soles de la época**: un caudal colosal para un país joven.

Con un mínimo de visión, esa riqueza pudo haber financiado **ferrocarriles que conectaran la sierra con la costa, puertos modernos, universidades técnicas, una marina de guerra sólida y reservas fiscales de largo plazo**. Era la oportunidad para cimentar una república moderna.

Pero ocurrió lo de siempre: la administración se entregó a **consignatarios británicos**, se hipotecaron ingresos futuros con bonos, y lo recaudado se dilapidó en lujos, clientelismo y burocracia. Mientras en Lima se levantaban mansiones con mármol importado, las provincias seguían hundidas en la miseria. Mientras gobernantes se paseaban en carruajes europeos, el país carecía de caminos transitables.

El final fue previsible: cuando aparecieron fertilizantes sintéticos más baratos, el Perú quedó desnudo —**sin reservas, con una deuda externa gigantesca y sin capacidad militar para defenderse**—. Así llegamos a la Guerra del Pacífico con una economía quebrada y una defensa de papel.

La metáfora es brutal: tuvimos montañas de excremento que valían más que el oro, y las convertimos en polvo. El guano, que pudo ser el trampolín de nuestra república, terminó siendo la antesala de la catástrofe.

Lo que habría pasado (qué pudo ser):

Con apenas el **25 % de los ingresos guaneros**, el Perú pudo haber construido más de **3 000 km de ferrovías, tres puertos modernos y una universidad técnica por región**. En lugar de eso, hipotecamos el futuro en bonos y mansiones.

El Salitre: perdimos la tierra y Chile hizo el negocio

Si el guano fue la lotería desperdiciada, el salitre fue la herencia empeñada en la cantina del barrio. Apenas nos quedamos sin ingresos guaneros, la naturaleza nos entregó otra carta ganadora: las pampas de Tarapacá, ricas en salitre, codiciado tanto como fertilizante como para la fabricación de explosivos. Era el recurso perfecto para relanzar al país.

En teoría, intentamos organizarlo con el llamado “estanco del salitre”, un monopolio estatal que debía centralizar la producción y fortalecer la recaudación. En la práctica, fue el guion de siempre: improvisación criolla, administración deficiente, conflictos de interés y una élite política más preocupada en repartirse cuotas que en asegurar soberanía económica. Nacionalizamos sin plan, enfrentamos a empresas privadas sin capacidad técnica y desmontamos nuestra propia logística mientras los vecinos la perfeccionaban.

El resultado fue fatal. Chile llegó al conflicto con un ejército moderno, una marina equipada y empresarios preparados para

explotar el recurso. Nosotros llegamos con discursos, deudas y una defensa precaria. La Guerra del Pacífico estalló en 1879 y en apenas tres años de desastre militar y político perdimos Tarapacá. Con el Tratado de Ancón de 1883, cedimos territorio y con él, la riqueza del salitre.

Chile convirtió el salitre en la columna vertebral de su economía durante décadas, financiando su Estado, modernizando infraestructuras y acumulando reservas. El Perú, en cambio, quedó derrotado, endeudado y humillado.

El episodio del salitre no fue solo una derrota militar: fue la confirmación de que nuestro peor enemigo estaba dentro. Mientras Chile planificó con visión y disciplina, nuestra clase dirigente eligió improvisar, firmar bonos y jugar a la suerte. El guano nos dejó sin reservas; el salitre, sin territorio. Y la suma de ambos nos dejó sin autoestima nacional.

El Caucho: Iquitos brilló como París... y amaneció olvidada

Si el guano fue la lotería desperdiciada y el salitre la herencia empeñada, el caucho fue un espejismo tropical: una ciudad que resplandeció como París en medio de la selva, pero que amaneció pobre y olvidada. A fines del siglo XIX, el mundo descubrió que de ciertos árboles amazónicos manaba látex, un oro líquido que podía transformarse en neumáticos, cables, mangueras y sueños industriales. El Perú, dueño de esa riqueza, tenía todo para convertirse en potencia amazónica. Y por un instante lo pareció.

Iquitos vivió entonces un boom repentino que parecía milagro. Sin trenes, sin carreteras y aislada del resto del país, la ciudad floreció de la nada. Llegaban barcos europeos, se construyeron mansiones con mosaicos importados y hasta se levantó un teatro de ópera traído pieza por pieza desde Bélgica, como si la Amazonía quisiera convertirse en Viena tropical. Los barones del caucho, mezcla de visionarios y tiranos, vivían rodeados de mármol, champán y esclavos indígenas.

El Estado, una vez más, fue un convidado de piedra. No hubo plan para industrializar el caucho, ni para proteger a los pueblos amazónicos, ni para desarrollar la infraestructura que conectara la selva con el resto del país. Mientras los barones amasaban fortunas y Europa bailaba al ritmo del caucho, el gobierno peruano se limitaba a mirar desde la ventana, sin cobrar entrada ni diseñar futuro.

El final fue tan rápido como el inicio. Los británicos, con su disciplina colonial, contrabandearon semillas a Asia. En pocos años, Indonesia y Malasia levantaron plantaciones gigantescas, sin mosquitos, sin selva y con mano de obra barata. El precio del caucho amazónico se desplomó y la bonanza terminó de golpe. Iquitos, que parecía París, quedó convertida en postal descolorida, atrapada en el mapa como una ciudad fantasma con ópera, pero sin economía.

Lo que quedó fueron ruinas de lujo y cicatrices sociales. Miles de indígenas fueron diezmados por el trabajo forzado, la violencia y el mercurio cultural que dejaron los barones. Cuando el negocio murió, tampoco quedó legado institucional: no hubo institutos de investigación, ni industria, ni infraestructura. Solo nostalgia, pobreza y mansiones vacías.

El caucho fue otra demostración de nuestra especialidad nacional: ser dueños del recurso, pero no del destino. Una riqueza que pasó como carnaval y dejó tras de sí resaca histórica. Si el guano nos dejó sin reservas y el salitre sin territorio, el caucho nos dejó con la ilusión rota de la modernidad: una ópera en medio de la selva, pero sin escuelas ni laboratorios.

Azúcar y Algodón: el dulce sabor del feudalismo moderno

Si el caucho nos dejó la resaca del espejismo amazónico, el azúcar y el algodón nos encadenaron al feudalismo disfrazado de modernidad. Durante casi un siglo, los valles de la costa norte fueron la vitrina de una agroexportación que competía en los

mercados mundiales, pero que en casa se sostenía sobre la miseria de miles de campesinos sin derechos.

El algodón peruano vestía a Europa con elegancia, y el azúcar endulzaba los desayunos del mundo. En los puertos, los barcos partían cargados de riqueza; en las haciendas, los trabajadores seguían viviendo en barracones, sin propiedad, sin educación y sin futuro. La maquinaria funcionaba con eficiencia suiza, pero estaba lubricada con sudor indígena y jornaleros atrapados en contratos que eran cadenas invisibles.

Los terratenientes del norte no eran empresarios modernos: eran señores feudales con título universitario. Iban a misa los domingos, recibían a diplomáticos extranjeros, pero en el campo administraban sus valles como reinos privados. El Estado, mientras tanto, se contentaba con cobrar divisas y mirar hacia otro lado. Nunca hubo un plan para industrializar el algodón ni para transformar el azúcar en productos de mayor valor agregado. No había proyecto de desarrollo, solo cosechas para exportar y campesinos para explotar.

El espejismo se rompió con la Reforma Agraria de Velasco en 1969. La tierra cambió de dueño en los papeles, pero no de destino. Se expropió sin plan productivo, se crearon cooperativas sin capacitación ni financiamiento, y se entregó responsabilidad a comunidades que no recibieron herramientas para sostenerla. Lo que debía ser justicia terminó siendo improvisación: socialismo de machete sin contabilidad.

Muchas cooperativas quebraron antes de madurar. Las tierras se fragmentaron, la productividad cayó, y el Estado, incapaz de acompañar el proceso, abandonó el campo a su suerte. Décadas después, las agroexportadoras privadas devolvieron brillo a la costa, pero repitiendo el mismo esquema con otro disfraz: contratos temporales, sindicatos debilitados y derechos laborales a plazo fijo. Cambiamos al hacendado por el gerente, al barracón por el container, y al patrón por la subcontratación. La esencia fue la misma: pocos ganan mucho, muchos trabajan sin ganar lo suficiente.

El azúcar y el algodón son la mejor prueba de que en el Perú no basta con exportar para desarrollarse. Exportamos toneladas, sí, pero lo que cosechamos fue desigualdad. Transformamos valles fértiles en feudos modernos, y oportunidades de industrialización en divisas fugaces. Si el guano nos dejó sin reservas, el salitre sin territorio y el caucho sin industria, el azúcar y el algodón nos dejaron algo peor: la normalización de la desigualdad como modelo económico.

Gas de Camisea: El milagro exportador que nunca llegó a la cocina

Si el azúcar y el algodón nos dejaron atrapados en un feudalismo moderno, el gas de Camisea debía ser el salto hacia la modernidad energética. Era la oportunidad para romper el ciclo de la dependencia, industrializar el sur y garantizar energía barata a cada hogar peruano. Pero, como tantas veces en nuestra historia, lo convertimos en otra caricatura de oportunidad desperdiciada.

Con reservas estimadas en más de 13 billones de pies cúbicos, Camisea pudo ser nuestro motor industrial y nuestra independencia energética. Pero el guion fue el de siempre: contratos opacos, firmas apresuradas y un Estado más preocupado en asegurar exportaciones rápidas que en garantizar el abastecimiento interno. Resultado: desde 2004, más del 60 % del gas se va al extranjero, principalmente a México, mientras en el Perú apenas un 14 % de los hogares tiene acceso a gas por red.

La paradoja es grotesca. En Cusco, donde brota el gas, muchas familias todavía cocinan con leña. En la propia comunidad de Camisea, un balón de 10 kilos puede costar hasta 80 soles: casi una semana de trabajo para un hogar que vive con el mínimo. Somos un país sentado sobre su propio recurso, pero pagando como si lo importáramos. Es como morir de sed al lado de un río porque alguien decidió que el agua era mejor venderla en botellas para exportación.

¿Y las promesas de industrialización? ¿Las plantas petroquímicas en el sur, la producción de fertilizantes nacionales, la reducción de costos para la industria local? Nunca llegaron. En vez de cadenas de valor, firmamos cadenas de omisiones. Ni siquiera el canon gasífero cumplió su promesa: las regiones ricas en gas siguen siendo pobres en servicios básicos, como si la riqueza bajo sus pies fuera un maleficio en lugar de una bendición.

El contraste internacional es doloroso. Bolivia, con menos reservas, renegoció contratos para que el Estado capturara la mayor parte de la renta. México subsidia el gas doméstico para abaratar la vida de las familias. Chile, sin gas propio, asegura contratos estratégicos para garantizar competitividad a su industria. El Perú, con abundancia bajo sus pies, se resigna a exportar barato y comprar caro.

Camisea no es solo la historia de un recurso desperdiciado: es la radiografía de nuestras prioridades. Preferimos aplaudir cifras de exportación antes que garantizar bienestar en casa. Preferimos firmar contratos “atractivos para el inversionista” aunque condenen al país a ser un simple surtidor. Preferimos el corto plazo, aunque hipotequemos el futuro.

El gas era nuestra oportunidad de industrializar el sur, de producir fertilizantes nacionales, de abaratar la energía de cada hogar. Era nuestra llave al desarrollo. Hoy es solo humo: se va al extranjero convertido en negocio y se queda en el Perú convertido en frustración.

Litio: a punto de perderlo... otra vez

Si Camisea fue el guano del siglo XXI —un recurso estratégico convertido en humo—, el litio amenaza con ser nuestro nuevo salitre: un tesoro mundial que otros transformarán mientras nosotros lo regalamos en bruto. El litio, el llamado “oro blanco”, es el corazón energético del futuro. Alimenta las baterías de autos eléctricos, celulares y sistemas de almacenamiento para energías limpias. A diferencia del petróleo, no se quema: se acumula. Quien controle el litio no solo tendrá recursos, tendrá poder.

LITIO



A PUNTO DE PERDERLO...
OTRA VEZ

En 2017, el hallazgo del yacimiento de Falchani, en Puno, colocó al Perú en el mapa mundial: más de 4.7 millones de toneladas de litio carbonato equivalente, con una ventaja geológica sobre Bolivia y Argentina, pues está en roca volcánica y no en salares, lo que facilita procesos más limpios y sostenibles. Era un hallazgo para declarar emergencia nacional y diseñar un plan estratégico inmediato: universidades tecnológicas, una empresa estatal, convenios internacionales para fabricar baterías. En cualquier país con autoestima, habría sido el inicio de una nueva era. Aquí, en cambio, la exploración se entregó a una empresa junior canadiense sin capacidad industrial, que luego se fusionó con otra más grande y reposicionó el proyecto en el extranjero. El Estado peruano aplaudió desde la tribuna y redactó comunicados de prensa, como si la soberanía se ejerciera con notas periodísticas. No hubo estrategia nacional, no hubo marco legal sólido, no hubo exigencias mínimas de valor agregado. El silencio institucional fue el contrato.

Mientras tanto, los vecinos marcan el contraste. Bolivia declaró el litio recurso estratégico y creó una empresa estatal que firma convenios tecnológicos con Alemania y China. Chile lanzó en 2023 una estrategia nacional que obliga a la participación pública en todos los proyectos y asegura regalías superiores al 40 %. Argentina multiplicó su producción y exige beneficios concretos para las provincias productoras. En el Perú, seguimos discutiendo si Falchani “existe” en la práctica, mientras el mundo ya planifica cómo usarlo.

La entrega del litio ni siquiera necesita decretos ni privatizaciones abiertas: se perfecciona con algo más letal, la indiferencia. Un saqueo invisible donde no hace falta firmar nada: basta con no hacer nada. La inacción es la nueva forma de despojo.

El riesgo es claro: veremos autos eléctricos en Europa y Estados Unidos con baterías hechas con nuestro litio, mientras en Puno los niños sigan estudiando en aulas de adobe. El recurso se irá, las divisas entrarán en manos de unos pocos, y el país volverá a preguntarse por qué nunca despegó. Será el mismo guion de siempre, con nuevo reparto y un desenlace ya conocido.

Pero la historia aún no está cerrada. Falchani sigue sin contrato definitivo, el gas puede renegociarse y las concesiones mineras pueden revisarse legalmente en defensa del interés nacional. El tiempo no está perdido, pero el margen se achica. Si no reaccionamos ahora, el litio pasará a la misma lista donde ya están el guano, el salitre, el caucho, el azúcar, el algodón y el gas: la lista de oportunidades perdidas.

El Perú no necesita discursos de soberanía: necesita decisiones soberanas. No basta con ondear la bandera en fiestas patrias, hay que defenderla en las mesas de negociación. Porque la verdadera traición no es renegociar contratos injustos, sino permitir que se firmen sin pensar en el país.

El litio es la última llamada. Si la dejamos pasar, no será un error: será un crimen contra el futuro.

La historia aún puede cambiar

La historia económica del Perú no es una línea recta, es un círculo vicioso que repetimos con disciplina suicida. Tuvimos el guano y lo convertimos en deuda. Tuvimos el salitre y lo entregamos junto con territorio. Tuvimos el caucho y lo dejamos morir en manos de plantaciones asiáticas. Tuvimos el azúcar y el algodón, y los transformamos en feudos disfrazados de modernidad. Tuvimos el gas de Camisea, y lo convertimos en humo que cocina en el extranjero mientras aquí seguimos pagando balones a precio de lujo. Y hoy, frente al litio, volvemos a mirar hacia otro lado como si no conociéramos el guion.

El patrón es tan claro que debería enseñarse en las escuelas como advertencia nacional: abundancia sin planificación, riqueza sin estrategia, negociaciones sin dignidad. Cada vez que la naturaleza nos dio una oportunidad, el Estado improvisó, las élites pactaron y el ciudadano quedó mirando desde la vereda. Así hemos construido la paradoja de un país con recursos infinitos y resultados miserables.

Pero la historia todavía no está cerrada. El guano ya es polvo, el salitre ya es chileno, el caucho ya es asiático, y el azúcar y el algodón son recuerdos de feudos. Pero el gas aún puede renegociarse. El litio aún no tiene contrato definitivo. Y lo más importante: el Perú aún puede decidir que su destino no se escriba en oficinas extranjeras ni en mesas de negociación cerradas, sino aquí, con visión propia y carácter.

No se trata de ideología, sino de soberanía. No de estatizar ni regalar, sino de planificar con reglas claras, asegurar participación estatal, exigir valor agregado y garantizar que la riqueza se traduzca en empleo, industria y bienestar. Eso no espanta la inversión: lo que la ahuyenta es la pasividad. Cuando el Estado calla, la mafia negocia; cuando el gobierno se ausenta, el extranjero decide. En el Perú, la indiferencia se ha convertido en la forma más elegante de traición.

La historia pocas veces ofrece segundas oportunidades. El litio y el gas son la nuestra. Si los dejamos escapar, no será un error más: será un crimen contra el futuro. Amar al Perú no consiste en agitar la bandera un 28 de julio, sino en defender sus recursos los 365 días del año.

El Perú aún puede cambiar su destino, pero tendrá que atreverse. Porque lo que nos espera después de las oportunidades perdidas es todavía más decisivo: definir como se construye el futuro. Allí no se trata de recursos, sino de cómo gobernar. Esa es la pregunta que abrirá el siguiente capítulo.

“Cada error no corregido es una oportunidad traicionada; los países que avanzan son los que aprenden rápido a no repetir.”

COMO SE CONSTRUYE EL FUTURO

CAPÍTULO 4



EL DESARROLLO NO ES UN ACCIDENTE: ES UNA DECISIÓN VALIENTE Y PLANIFICADA DE CONSTRUIR EL FUTURO CON VISIÓN CORAJE Y RESPONSABILIDAD

CAPÍTULO IV

Cómo se construye el futuro.

El futuro no se improvisa, se construye. Las naciones que hoy admiramos no llegaron al desarrollo por casualidad ni por golpes de suerte, sino porque decidieron trazar un rumbo y sostenerlo en el tiempo. El subdesarrollo, en cambio, no es un castigo divino: es el resultado de no planificar, de repetir los mismos errores, de vivir atrapados entre el mito de la riqueza natural y la trampa del cortoplacismo. Construir el futuro exige un cambio de mentalidad: pasar de la inmediatez al largo plazo, de la improvisación a la estrategia, del fetichismo legislativo a las políticas públicas con propósito. Significa dejar de confundir abundancia con progreso y entender que los recursos naturales, sin instituciones y sin visión, solo producen espejismos. Significa aceptar que el desarrollo no es cuestión de ideologías ni de discursos, sino de principios universales que se repiten en todos los casos de éxito.

El futuro se construye con cimientos. Japón, devastado tras la guerra, eligió reconstruirse con disciplina y educación. Corea del Sur, en la pobreza de los años sesenta, apostó por planificación y tecnología. Singapur, sin recursos naturales, confió en la sistematización y la innovación. Finlandia, tras una crisis brutal en los noventa, decidió reinventarse a través de la educación y la

digitalización. Cada caso es distinto, pero todos comparten un patrón: entendieron que el futuro no se espera, se diseña. Ese patrón es lo que aquí llamamos principios universales del desarrollo. No son recetas importadas ni dogmas ideológicos, sino lecciones recogidas de la experiencia humana. Son siete pilares que, aplicados en conjunto, dan a las naciones el poder de trascender el cortoplacismo y convertir sus recursos en bienestar duradero: la sistematización, la planificación y educación con propósito, la innovación y adaptación permanente, las instituciones sólidas e inclusivas, la sostenibilidad con la naturaleza, la justicia y Estado de derecho, y el rol estratégico del Estado como arquitecto del desarrollo. El desafío no es menor. Construir el futuro implica resistir la tentación del beneficio inmediato, sostener proyectos que trasciendan gobiernos y exigir que los líderes respondan a las generaciones venideras y no solo a la encuesta de la semana. Pero el premio es enorme: un país que, en lugar de improvisar, avanza con rumbo claro; que, en lugar de depender de la suerte de sus materias primas, convierte cada recurso en soberanía; que, en lugar de hipotecar el mañana, lo siembra con inteligencia. El futuro, en última instancia, no es un destino inevitable, sino una obra colectiva. Y como toda gran obra, necesita principios, dirección y constancia. Allí comienza este capítulo: en la convicción de que el desarrollo se puede construir cuando se dejan de lado los mitos y trampas del pasado, y se asumen de verdad los principios universales que han demostrado, en cualquier lugar del mundo, ser la ruta hacia el progreso.

El Mito de la Riqueza Natural

Pocas ideas han sido tan persistentes y engañosas como la creencia de que la riqueza natural garantiza, por sí sola, el desarrollo de una nación. La historia se repite con insistencia: pueblos que descubren oro, petróleo, cobre, gas o diamantes creen haber encontrado el pasaporte automático a la prosperidad. Sin embargo, la experiencia mundial demuestra lo contrario: los recursos naturales no son un destino, son apenas una oportunidad, y mal gestionados se convierten en una trampa. Los economistas lo han

llamado la “maldición de los recursos”, un fenómeno que ha marcado a continentes enteros. África nada en petróleo y diamantes, pero gran parte de su población vive en pobreza extrema. América Latina ha pasado de un boom de caucho a otro de cobre, de un ciclo de gas a otro de litio, sin romper el estancamiento. Medio Oriente, con su petróleo abundante, ha visto crecer fortunas descomunales junto a dictaduras, conflictos y dependencia tecnológica. En todos los casos, los recursos han funcionado como espejismos: generan riqueza rápida, pero no desarrollo sostenible. La explicación es técnica pero sencilla: - Los ingresos extraordinarios de los recursos suelen distorsionar la economía (síndrome holandés), encareciendo la moneda y debilitando otros sectores productivos. - La abundancia genera dependencia fiscal, pues los Estados gastan más de lo que invierten, atados a la volatilidad de los precios internacionales. - La renta súbita alimenta la corrupción estructural, donde élites políticas y económicas capturan el Estado para apropiarse de beneficios. - Finalmente, la presión por extraer más a corto plazo conduce a la devastación ambiental, hipotecando el futuro en nombre del presente.

El contraste es contundente cuando se mira a los países que no tuvieron grandes riquezas naturales. Japón, Corea del Sur o Singapur carecían de petróleo, gas o minerales estratégicos, pero apostaron por lo que no se agota: conocimiento, disciplina e innovación. Allí está la clave: mientras unos confiaron en el subsuelo, otros confiaron en el talento humano. Y la historia dictó sentencia: los segundos prosperaron mucho más que los primeros. El mito de la riqueza natural es peligroso porque adormece a las naciones. Hace creer que basta con exportar más, sin transformar nada, sin diversificar la economía, sin planificar el futuro. Es como creer que tener un pozo de agua en medio del desierto asegura la vida eterna: tarde o temprano, ese pozo se seca, y sin haber sembrado nada alrededor, no queda nada más que arena.

La lección universal es clara: los recursos naturales no garantizan desarrollo, solo ofrecen una oportunidad que debe ser aprovechada con inteligencia estratégica. Esa oportunidad se concreta cuando el Estado aplica los principios universales del

desarrollo: sistematiza la gestión, planifica con propósito, impulsa innovación, fortalece instituciones, protege la naturaleza, garantiza justicia y dirige el modelo económico hacia el bien común. Sin estos principios, la riqueza natural es espejismo. Con ellos, se convierte en industria, empleo, soberanía y futuro. Esa es la diferencia entre un país condenado a vivir de ciclos de abundancia y crisis, y otro capaz de construir un desarrollo duradero.

La Trampa del Cortoplacismo

El cortoplacismo es una enfermedad universal que corroa el desarrollo. No distingue continentes ni sistemas: aparece en democracias y autocracias, en países pobres y en economías avanzadas. Es gobernar con la vista puesta en el siguiente trimestre económico, en la encuesta del domingo o en el contrato inmediato, en lugar de pensar en los próximos veinte o treinta años. Es elegir la foto del día en vez de escribir la historia de mañana.

El mundo ofrece ejemplos en abundancia. Argentina, con recursos agrícolas extraordinarios, ha vivido atrapada en ciclos de populismo fiscal que priorizan subsidios inmediatos sobre estabilidad estructural. Venezuela, con una de las mayores reservas de petróleo del planeta, utilizó su bonanza para importar bienes de consumo en lugar de construir una industria diversificada; cuando el precio cayó, todo se derrumbó. Nigeria, en África, repite el patrón: ingresos petroleros que sostienen redes clientelares mientras se descuida la infraestructura básica. Incluso en economías desarrolladas el cortoplacismo ha pasado factura: Grecia, durante la crisis de deuda de 2008, mostró lo devastador que resulta gastar por encima de la capacidad productiva real; y Estados Unidos ha enfrentado varias crisis financieras originadas en la obsesión por ganancias rápidas de Wall Street en lugar de estabilidad a largo plazo. Los costos técnicos del cortoplacismo son similares en todas partes:

- Planificación destruida: nada sobrevive cuando todo se mide en plazos de 4 o 5 años.
- Inversión desviada: se gasta en subsidios o programas efímeros en lugar de infraestructura y ciencia.
- Instituciones debilitadas: se convierten en instrumentos

del poder de turno en lugar de guardianes de continuidad. - Innovación frenada: pocos invierten en proyectos de décadas si los líderes solo buscan aplausos inmediatos. La diferencia está en los países que decidieron escapar de la trampa. Corea del Sur, en los años sesenta, apostó por sacrificar consumo presente para invertir en educación, tecnología e industria pesada, y en una generación dio el salto al desarrollo. Finlandia, tras la crisis de los noventa, eligió transformar su modelo productivo hacia la innovación tecnológica en lugar de soluciones de emergencia, y hoy es referente en educación y digitalización. China, con todos sus dilemas políticos, ha mostrado lo que significa planificar a treinta o cincuenta años, construyendo infraestructura e industria con una visión que trasciende ciclos políticos. El cortoplacismo, en esencia, es renunciar a tener un proyecto de nación. Es hipotecar el futuro por la popularidad de hoy, gastar las reservas en lugar de sembrar, gobernar con la lógica de un comerciante apurado en lugar de un arquitecto de civilizaciones. La salida es universal y clara: los siete principios del desarrollo son también antídotos contra el cortoplacismo. La sistematización ordena prioridades más allá de un mandato. La planificación con propósito garantiza continuidad. La innovación y la adaptación permanente obligan a pensar en décadas, no en semanas. Las instituciones sólidas dan estabilidad frente a cambios de gobierno. La sostenibilidad recuerda que cada decisión impacta a generaciones futuras. La justicia equilibra intereses inmediatos y colectivos. Y el rol estratégico del Estado asegura que la brújula no se venda al mejor postor. El aprendizaje es evidente: ninguna nación atrapada en el cortoplacismo construirá un futuro sólido. El verdadero desarrollo comienza cuando los pueblos deciden que su deber no es con las encuestas de hoy, sino con los hijos de sus hijos. El secreto que esconden los políticos.

El secreto que esconden los políticos

Los Siete Principios Universales del Desarrollo Moderno

El desarrollo no es un misterio, tampoco un milagro. Los países que hoy admiramos no crecieron por azar, sino porque aplicaron ciertos principios que, aunque con distintos matices, se repiten en todas las historias de éxito.

Tras estudiar cómo se levantaron esas naciones y al actualizar esas lecciones para estos tiempos modernos, mi investigación me permite resumirlos y actualizarlos en siete principios universales del desarrollo, válidos para cualquier sociedad que aspire a prosperar. No son teoría de escritorio: cada uno de estos principios ha sido validado en la práctica.

Corea del Sur planificó con rigor y vinculó la educación al propósito industrial, y en pocas décadas pasó de la pobreza a la vanguardia tecnológica.

Finlandia apostó por la innovación y una educación con propósito, y transformó un país pequeño en referente mundial.

Singapur convirtió la sistematización en brújula y ordenó un Estado eficiente sobre un territorio diminuto.

Costa Rica eligió la sostenibilidad como eje y hoy es ejemplo ambiental. Noruega transformó sus recursos en instituciones sólidas y transparentes, y creó estabilidad donde otros solo tuvieron riqueza pasajera.

Cada experiencia confirma lo mismo: cuando un principio se aplica, una nación avanza; cuando se ignora, retrocede. Esa es la razón por la cual muchos países permanecen atrapados en el subdesarrollo: improvisan, olvidan la planificación, sacrifican la justicia, desprecian la innovación o destruyen su naturaleza. Y allí está también la clave de esta propuesta: cualquier nación que decida aplicar de manera completa y coherente los siete principios

EL SECRETO QUE ESCONDEN LOS POLÍTICOS



universales encontrará el camino del desarrollo real. Estos siete principios son:

El desarrollo de un país solo es posible cuando se combinan siete principios esenciales: **sistematizar** para ordenar y gobernar con eficiencia; **planificar y educar con propósito** para dar dirección al esfuerzo colectivo; **innovar y adaptarse** para avanzar en un mundo cambiante; construir **instituciones sólidas e inclusivas** que generen confianza; promover la **sostenibilidad** para cuidar los recursos y el futuro; asegurar la **justicia y el Estado de derecho** para garantizar igualdad real; y ejercer un **Estado con visión estratégica**, capaz de unir el talento humano, la riqueza natural y la economía en un solo proyecto nacional.

Mi objetivo al difundirlos no es solo académico, sino ciudadano. Estos principios están escritos para el mundo, para que los pueblos tomen conciencia de lo que deben exigir a sus líderes. Porque el progreso no depende de discursos vacíos ni de ideologías pasajeras, sino de la voluntad política y social de aplicar fundamentos probados. Donde se aplicaron parcialmente, ya transformaron sociedades enteras. Aplicados en conjunto, son la fórmula completa del progreso moderno, el camino para dejar de improvisar y comenzar a construir un futuro sólido, justo y sostenible.

Principio 1:

Sistematización – Ordenar para Gobernar

El desorden no construye futuro. Ningún país serio ha logrado desarrollarse sin antes poner en orden su propia casa. La sistematización es, en los tiempos modernos, la primera piedra de todo proyecto de desarrollo. No es un lujo tecnológico, es un requisito de supervivencia. Sistematizar significa transformar el caos en información útil, y la información en decisiones estratégicas. Significa que el Estado deja de ser una torre de papeles apilados y se convierte en una máquina de datos al servicio de la ciudadanía. Un país sin sistemas claros es un país que camina a

ciegas: invierte sin saber dónde, legisla sin medir impacto y gasta sin evaluar resultados. En la práctica, la sistematización permitiría ordenar todas las tareas y trabajos de las instituciones públicas, establecer con claridad cuánto personal es realmente necesario en cada entidad, qué perfiles profesionales se requieren, qué equipos y recursos materiales son indispensables y cuáles son prescindibles.

Este simple ejercicio evitaría la sobre población burocrática en unas áreas y la escasez en otras; corregiría duplicidades y permitiría asignar cada recurso de manera eficiente. Y aquí aparece el paso siguiente: sistematizar para luego digitalizar. El orden previo es el que permite que todos los servicios del Estado se transformen en plataformas digitales de fácil acceso y en tiempo real. Con ello, los trámites dejan de ser calvarios interminables y se convierten en procesos simples, transparentes y verificables desde un teléfono o una computadora. Pero no solo se trata de comodidad: la digitalización abre la puerta a un cambio estructural. Al estar todo registrado en línea y en tiempo real, habría transparencia total: presupuestos, licitaciones, avances de obras, contrataciones, cumplimiento de metas. El ciudadano ya no tendría que esperar informes anuales maquillados; podría fiscalizar desde su hogar qué hace el Estado con sus impuestos.

La digitalización convierte a cada ciudadano en un auditor potencial y al mismo tiempo en un colaborador activo. Porque, además de fiscalizar, también podría contribuir con propuestas, alertas y soluciones: señalar fallas, sugerir mejoras, aportar ideas que, integradas en plataformas abiertas, multiplicarían la inteligencia colectiva. Las naciones que dieron el salto entendieron que el orden digital es tan importante como el orden legal.

Estonia, por ejemplo, pasó de ser una república olvidada a convertirse en referente mundial gracias a la digitalización total de sus servicios públicos.

Singapur convirtió la gestión de datos en brújula para planificar infraestructura, educación y transporte. En ambos casos, la sistematización previa permitió que la digitalización no fuera un maquillaje tecnológico, sino una transformación real.

En términos técnicos, la sistematización es el sistema nervioso del desarrollo: transmite información, coordina acciones y permite reaccionar con rapidez. Sin ella, el Estado es un cuerpo descoordinado, incapaz de responder a las crisis ni de sostener proyectos de largo plazo.

Con ella, en cambio, cada decisión se basa en evidencia, cada recurso se asigna con precisión y cada institución cumple su rol dentro de un engranaje mayor. El primer paso para construir el futuro, entonces, es ordenar para después digitalizar. No hay planificación posible, ni educación con propósito, ni innovación que prospere, si antes no se establece un sistema que dé coherencia y luego se lo traduce en plataformas accesibles, transparentes y participativas. El desarrollo comienza allí donde termina la improvisación y empieza el orden inteligente compartido con la ciudadanía.

Principio 2:

Planificación y Educación con Propósito

El desarrollo no surge de la improvisación. Una nación que avanza no depende de ocurrencias de turno, sino de planificación estratégica: un mapa que oriente las acciones y que trascienda a los gobiernos de turno.

La planificación es el antídoto contra el cortoplacismo, esa enfermedad que condena a los países a empezar de cero cada cinco años. Planificar significa definir objetivos claros, medir recursos, anticipar obstáculos y diseñar rutas viables para alcanzar metas. No es llenar bibliotecas de papeles ni producir documentos decorativos, sino tomar decisiones concretas y verificables: qué sectores priorizar, qué obras son estratégicas, qué inversiones darán mayor retorno social. Una buena planificación convierte los sueños en proyectos, los proyectos en obras y las obras en bienestar real. Pero la planificación sin educación es como un plano sin constructores. Aquí entra el otro pilar:

la educación con propósito. Educar no es solo acumular títulos ni producir profesionales desconectados de la realidad nacional. Educar con propósito significa formar ciudadanos que entiendan por qué estudian y para qué se preparan: para resolver problemas, para innovar en su entorno, para generar valor a la sociedad. La educación con propósito debe vincularse directamente a los planes de desarrollo. No tiene sentido formar ingenieros si no hay infraestructura que construir; ni abogados si no hay justicia que defender; ni maestros si no hay un sistema educativo digno donde enseñar. Los países que progresaron entendieron esta ecuación: vincular lo que se enseña en las aulas con lo que necesita la nación en su camino hacia el desarrollo. Corea del Sur, después de la guerra, alineó su educación con la industrialización. Finlandia, con la innovación. Singapur, con la logística y el comercio global. En todos los casos, la educación fue parte de un plan, no un adorno. Planificación y educación con propósito son, en conjunto, la brújula y el motor. La planificación señala hacia dónde vamos; la educación con propósito provee la fuerza humana para llegar allí.

Sin planificación, la educación se dispersa; sin educación con propósito, la planificación queda en papel. Juntas, en cambio, forman el engranaje que transforma la visión en realidad. En términos técnicos, planificar y educar con propósito permite optimizar el uso de los recursos, orientar el capital humano hacia sectores estratégicos y garantizar que el conocimiento se traduzca en desarrollo productivo.

En términos narrativos, significa que cada estudiante pueda mirar su formación y decir: “Lo que aprendo no es solo para mí, es para la construcción de un país más fuerte y justo”. El desarrollo de los tiempos modernos exige este binomio inseparable. Sin mapa y sin constructores, todo intento de progreso se derrumba.

Con planificación y educación con propósito, en cambio, una nación se asegura de que cada paso esté alineado con un destino común y de que cada generación tenga claro el sentido de su esfuerzo.

Principio 3:

Innovación y Adaptación Permanente

El desarrollo no es un destino fijo, es un viaje que exige reinventarse constantemente. En los tiempos modernos, la innovación ya no es un lujo reservado a potencias tecnológicas, es la condición de supervivencia de cualquier nación. El mundo avanza a una velocidad tal que lo que hoy es vanguardia, mañana es obsoleto. Por eso, más que copiar, los países deben aprender a adaptar, mejorar y crear. La innovación no significa únicamente inventar nuevas tecnologías. Es también descubrir maneras más eficientes de producir alimentos, de gestionar energía, de educar a los niños, de administrar justicia. Innovar es pensar distinto, es cuestionar lo establecido, es resolver problemas con creatividad y audacia. En sociedades rígidas, la innovación se sofoca; en sociedades abiertas, florece. Pero la innovación solo prospera si se acompaña de adaptación permanente. Los países que se aferran a un modelo fijo terminan atrapados en el pasado. Los que saben adaptarse —como Corea del Sur, que pasó de la manufactura básica a la industria electrónica, y luego a la economía del conocimiento— logran mantenerse a la vanguardia.

Adaptarse no es renunciar a la identidad, es actualizarla para sobrevivir y crecer en un mundo cambiante. La era de la inteligencia artificial marca un punto de quiebre. Así como la máquina de vapor cambió la industria o Internet transformó las comunicaciones, la IA está reescribiendo las reglas del desarrollo. Y aquí surge un principio ineludible: los países que no desarrollem sus propias herramientas de inteligencia artificial quedarán en desventaja estructural. No se trata de moda ni de vanidad tecnológica, sino de supervivencia. La IA será el nuevo idioma del poder, y quien no lo hable dependerá de otros para entender y actuar.

Tener una IA propia es asegurar soberanía en la era digital, del mismo modo en que tener ejércitos propios fue vital en siglos anteriores. En términos técnicos, la innovación requiere ecosistemas de conocimiento: universidades conectadas con la

industria, empresas que inviertan en investigación, Estados que promuevan patentes, incubadoras y startups. Y la adaptación exige flexibilidad institucional y social: la capacidad de reformar leyes, modernizar procesos y ajustar la educación a las demandas del futuro. Cuando la innovación y la adaptación se convierten en cultura, la sociedad entera se transforma en un laboratorio vivo. Israel convirtió su desierto en campos fértiles gracias a la innovación en riego. Finlandia pasó de la madera al software con una estrategia educativa que fomentó creatividad. China logró escalar de fábrica del mundo a potencia tecnológica adaptando modelos globales a su realidad local.

Innovación y adaptación permanente son, en conjunto, la llave de la resiliencia. Son el motor que asegura que una nación no solo llegue al futuro, sino que lo lidere. El país que no innova, envejece; el que no se adapta, desaparece. Y en esta nueva era, quien no desarrolle su propia inteligencia artificial vivirá bajo las reglas de quienes sí lo hagan.

Principio 4:

Instituciones Sólidas e Inclusivas al Servicio del Desarrollo

Un país no se construye solo con carreteras o fábricas: se construye con instituciones sólidas que dan forma y coherencia a la vida colectiva. Sin instituciones confiables, cualquier obra se derrumba, cualquier reforma se diluye y cualquier plan termina en papel mojado. Las instituciones son la columna vertebral invisible del desarrollo: no se ven como un puente o un hospital, pero sostienen todo lo demás. Una institución sólida significa reglas claras, procesos estables y autoridades que cumplen la ley más allá de su conveniencia.

Allí donde las instituciones funcionan, los contratos se respetan, la justicia es previsible, los ciudadanos confían y los inversionistas arriesgan con tranquilidad. Allí donde fallan, reina la arbitrariedad, la corrupción y el caos: el progreso se vuelve un

espejismo. Pero en el siglo XXI no basta con que las instituciones sean sólidas; deben ser también inclusivas. Es decir, deben servir a todos, no solo a minorías privilegiadas. Una institución que excluye a la mayoría de ciudadanos en beneficio de una élite deja de ser motor y se convierte en barrera. En cambio, una institución inclusiva abre el acceso, garantiza igualdad de derechos y oportunidades, y convierte la diversidad social en fortaleza. Ejemplos abundan. Las instituciones de los países nórdicos — Dinamarca, Suecia, Noruega— han demostrado que cuando la justicia, la educación y la seguridad social son sólidas e inclusivas, se genera confianza social y estabilidad política. En el otro extremo, Estados con instituciones capturadas por mafias o caudillos terminan atrapados en un ciclo de desconfianza, fuga de talentos e inestabilidad permanente.

En términos prácticos, instituciones sólidas e inclusivas permiten que las políticas públicas no dependan de la improvisación de cada gobierno, sino de un marco estable que trasciende. Permiten que la justicia proteja al débil tanto como al poderoso, que la educación pública forme ciudadanos de calidad sin importar su origen, que los organismos de control fiscalicen con independencia y que la ciudadanía vea en el Estado un aliado y no un enemigo. En lenguaje técnico, las instituciones sólidas e inclusivas son el marco de gobernanza que garantiza tres cosas:

1. Estabilidad de reglas: las normas no cambian con cada gobierno o interés particular.
2. Imparcialidad: las decisiones se toman con criterios objetivos, no con favoritismos.
3. Legitimidad social: los ciudadanos reconocen la autoridad como justa y válida.

El resultado es contundente: sociedades con instituciones sólidas e inclusivas avanzan porque generan confianza, y la confianza es el recurso más escaso y valioso del desarrollo. Sin confianza, no hay cooperación social ni inversión de largo plazo; con confianza, hasta los sacrificios colectivos son posibles. En síntesis: la riqueza de un país no se mide solo en su suelo o en su

mar, sino en la fortaleza y justicia de sus instituciones. Son ellas las que convierten recursos en bienestar, leyes en derechos, impuestos en servicios y esfuerzos individuales en progreso compartido.

Principio 5:

Sostenibilidad y Equilibrio con la Naturaleza

El desarrollo que destruye sus propias bases no es desarrollo: es suicidio diferido. Durante siglos, la humanidad confundió progreso con explotación ilimitada, midiendo la riqueza en toneladas extraídas o hectáreas deforestadas. Pero la naturaleza tiene memoria y factura. Hoy, la verdadera medida del desarrollo no es solo cuánto producimos, sino cómo lo producimos y qué dejamos a las generaciones que vendrán. La sostenibilidad no es un eslogan verde: es una estrategia de supervivencia. Ningún país puede aspirar a crecer si destruye sus ríos, erosiona sus suelos o envenena sus mares.

Un modelo económico que arrasa con la naturaleza se convierte en su propia trampa, pues agota las fuentes de vida y condena a sus ciudadanos a la escasez. En cambio, un modelo que respeta los ciclos naturales asegura alimentos, agua, energía y aire limpio para el presente y el futuro. El equilibrio con la naturaleza significa entender que el ser humano no está por encima del ecosistema, sino dentro de él.

La deforestación masiva, la minería irresponsable, la contaminación de océanos y el cambio climático son recordatorios de que cuando rompemos ese equilibrio, pagamos el precio en desastres naturales, migraciones forzadas y crisis alimentarias. Los países que han liderado el desarrollo moderno entendieron esta lección. Costa Rica apostó por energías limpias y hoy obtiene más del 90% de su electricidad de fuentes renovables. Noruega transformó su riqueza petrolera en un fondo soberano que invierte en sostenibilidad. Bután mide su éxito en “felicidad nacional bruta”, incorporando el cuidado ambiental como parte de su identidad. Estos ejemplos muestran que la sostenibilidad no es un freno al

crecimiento: es su condición de permanencia. En términos técnicos, la sostenibilidad exige políticas claras en tres niveles:

1. Producción limpia y eficiente, que reduzca emisiones y residuos.
2. Protección de ecosistemas estratégicos, como bosques, glaciares y mares.
3. Transición energética, hacia fuentes renovables y menos dependientes de combustibles fósiles.

El verdadero equilibrio consiste en producir lo necesario sin destruir lo imprescindible. El progreso no puede medirse en cifras que ignoren la destrucción de la base natural que sostiene la vida. Un país moderno es aquel que logra generar riqueza sin hipotecar su futuro. En síntesis: la sostenibilidad y el equilibrio con la naturaleza no son un lujo ambientalista, son un principio universal del desarrollo del siglo XXI. Sin ellos, la riqueza es humo y el progreso, una ilusión que se disuelve con el primer desastre natural. Con ellos, el desarrollo se convierte en herencia: no solo de bienes materiales, sino de un planeta habitable.

Principio 6:

Justicia y Estado de Derecho

La justicia es el corazón de la vida en sociedad. No es un servicio más del Estado: es la condición que hace posible todo lo demás. Sin justicia, no hay contrato que valga, no hay inversión que dure, no hay ciudadano que confíe.

El Estado de derecho es la muralla que protege al débil frente al abuso del fuerte, y al mismo tiempo es el cimiento que garantiza la estabilidad de largo plazo. Un país con justicia sólida puede crecer sobre terreno firme; un país sin justicia vive sobre arenas movedizas. Allí donde las leyes se cumplen, florecen la cooperación y la inversión; allí donde se compran, se venden o se tuercen, todo proyecto colectivo se derrumba.

La corrupción en la justicia no solo roba dinero: roba futuro, porque convierte al Estado en cómplice de la impunidad. El Estado de derecho significa que nadie está por encima de la ley, ni gobernantes, ni empresarios, ni militares, ni jueces. Significa que los contratos se respetan, que los derechos no se negocian, que la arbitrariedad no tiene espacio.

Cuando esta regla se cumple, el ciudadano se siente protegido y el inversionista seguro; cuando se rompe, la sociedad entera entra en un estado de desconfianza crónica. Un verdadero Estado de derecho no debe depender del poder económico de los afectados. La justicia no puede ser privilegio de quien puede pagar costosos abogados, ni castigo selectivo para quien carece de recursos. Debe ser un sistema accesible, equitativo y humano. Además, debe ser rápido y simple en los casos no complejos, para evitar que juicios menores consuman años y desgasten al ciudadano en trámites interminables. La agilidad en los procesos sencillos libera energía para que los tribunales se concentren en los casos de mayor impacto. Y por encima de todo, la justicia debe actuar con criterio centrado en la persona humana. Esto significa que las normas no pueden aplicarse como frías fórmulas, sino con sensibilidad hacia la dignidad, los derechos y la realidad concreta de cada persona.

La ley debe ser firme, pero también justa en su aplicación, reconociendo que detrás de cada expediente hay una vida, una familia, una historia. Los ejemplos son claros. Países como Dinamarca, Nueva Zelanda o Finlandia no destacan solo por su riqueza material, sino por la fortaleza de su justicia: sistemas transparentes, independientes y accesibles, donde la ley se aplica sin distinción. En el otro extremo, Estados frágiles o capturados por mafias sufren la parálisis de la desconfianza: los ciudadanos no denuncian porque no creen en los jueces, las empresas no invierten porque temen arbitrariedades, y el progreso se convierte en una promesa incumplida. En términos prácticos, un sistema de justicia confiable es un multiplicador del desarrollo: reduce costos de transacción, atrae inversiones, fomenta la innovación y protege a los más vulnerables.

Es, además, la garantía de que las demás instituciones funcionen, porque sin un árbitro imparcial todo termina reducido a un juego de poder. La justicia es también un símbolo moral. Cuando funciona, envía un mensaje claro: la sociedad cree en sí misma, respeta sus reglas y protege a todos por igual. Cuando fracasa, transmite lo contrario: que todo se compra, que nada importa, que el ciudadano está solo. En ese abismo, el Estado deja de ser un protector y se convierte en amenaza. En síntesis: el Estado de derecho no es un accesorio del desarrollo, es su núcleo vital. Sin él, las instituciones son cascarones vacíos y la economía un casino sin reglas. Con él, en cambio, florecen la confianza, la inversión y la cooperación social. La justicia no es una aspiración lejana: es la piedra angular sobre la que se levanta el futuro de cualquier nación.

Principio 7:

El Rol del Estado – Dirección Estratégica del Desarrollo

Ninguna nación se desarrolla por inercia. Los recursos naturales pueden ser abundantes, el talento humano extraordinario y el mercado dinámico, pero si no existe un Estado que actúe como arquitecto del futuro, todo se dispersa en improvisación, abuso y desigualdad. Por eso, el séptimo principio universal es reconocer al Estado como la instancia que articula, orienta y garantiza el desarrollo.

El Estado no debe ser un botín ni un simple administrador del día a día: debe ser un promotor activo del progreso. Esto significa planificar la infraestructura estratégica, invertir en educación y ciencia, proteger a los más vulnerables y garantizar que la riqueza natural se traduzca en bienestar colectivo.

En un mundo globalizado, además, debe defender la soberanía nacional frente a contratos abusivos y, al mismo tiempo, abrir las puertas a la cooperación y la innovación. Un Estado moderno necesita ejercer tres funciones clave:

1. Dirección estratégica: marcar el rumbo del modelo económico y social, identificando sectores prioritarios y evitando que el mercado por sí solo decida el destino de la nación.
2. Flexibilidad reguladora y económica: no copiar recetas ideológicas, sino adaptar la teoría económica a las fortalezas y particularidades de cada país. Una nación agrícola debe potenciar sus cadenas productivas; una nación industrial debe fortalecer su manufactura; una nación con recursos energéticos debe convertirlos en base de soberanía. El modelo económico no puede ser dogma: debe ser herramienta flexible al servicio del desarrollo.
3. Promoción del desarrollo: impulsar proyectos de gran escala que el sector privado no asumiría solo —plantas de energía, ferrocarriles, industria tecnológica—, y al mismo tiempo facilitar el emprendimiento, la inversión y la innovación en la ciudadanía. Pero sobre todo, el rol del Estado es ser garante de que los principios universales del desarrollo se apliquen de manera real y coherente. La sistematización no ocurrirá sin un Estado que la lidere. La planificación con educación con propósito no servirá sin un Estado que la implemente. La innovación no florecerá sin un Estado que la impulse. Las instituciones no serán sólidas sin un Estado que las defienda.

La sostenibilidad no será posible sin un Estado que la regule. Y la justicia no existirá sin un Estado que la haga cumplir. En términos universales, este principio es el que da vida a todos los demás: el Estado es el engranaje central que conecta la riqueza natural, el capital humano y el modelo económico en un proyecto nacional. Si los seis principios anteriores son los pilares del edificio, el Estado es el constructor que los pone en práctica y los convierte en realidad. En síntesis: el desarrollo exige un Estado con visión estratégica, flexibilidad económica inteligente y compromiso ético, capaz de promover lo nuevo, corregir lo injusto y garantizar que ningún recurso —ni humano, ni natural, ni económico— se desperdicie. Allí donde el Estado cumple este rol, los principios universales dejan de ser palabras y se transforman en progreso tangible para toda la sociedad.

El Estado y el Mercado: ¿Quién Sostiene a Quién?

La discusión entre Estado y mercado ha sido uno de los grandes campos de batalla ideológicos de los últimos dos siglos. A unos les gusta repetir que el mercado todo lo ordena, como si fuera una máquina perfecta que se regula sola. Otros insisten en que solo el Estado puede garantizar la justicia y la igualdad. Pero la experiencia histórica revela una verdad más compleja y menos romántica: el mercado jamás se sostiene sin el Estado, y el Estado jamás prospera sin el mercado. El mercado, por sí solo, es como un río: tiene energía, fluye, conecta. Pero un río sin cauce desborda, destruye y se convierte en amenaza. El cauce es el Estado: establece reglas, construye puentes, levanta diques, define hasta dónde puede fluir sin arrasar con todo. No hay economía moderna que haya surgido sin esa base. Ni las locomotoras del capitalismo inglés, ni el milagro asiático, ni los tigres europeos de la posguerra. En todos los casos, hubo un Estado detrás organizando infraestructura, financiando innovación, protegiendo industrias nacientes o garantizando justicia imparcial. Creer que el mercado se sostiene solo es tan ingenuo como pensar que un bosque puede crecer sano después de un incendio si nadie protege el suelo.

Sin justicia, sin moneda estable, sin seguridad básica, lo que queda no es mercado: es selva. Y en la selva no gana el más eficiente ni el más innovador, sino el más fuerte o el más violento. Pero también sería un error creer que el Estado puede hacerlo todo. Cuando intenta reemplazar al mercado, lo que obtiene es rigidez, escasez e inefficiencia. El Estado no produce creatividad espontánea ni dinamismo emprendedor; eso es propio del mercado. Lo que sí hace el Estado es canalizar esa energía hacia objetivos colectivos, evitando que el ímpetu del lucro inmediato destruya el bienestar a largo plazo.

El equilibrio es, entonces, una danza de roles: - El Estado sostiene al mercado cuando construye infraestructura, garantiza educación, asegura estabilidad jurídica y provee instituciones que inspiran confianza. - El mercado sostiene al Estado cuando genera riqueza, empleo, innovación y tributos que financian las políticas

públicas. No son enemigos, son piezas complementarias de un mismo engranaje.

Allí donde uno domina al otro, el desarrollo se rompe: un mercado sin Estado es anarquía; un Estado sin mercado es estancamiento. Pero cuando ambos se reconocen como aliados, surge la fórmula que permitió el auge de Europa después de la guerra, el salto de Corea del Sur, el milagro de Japón o la resiliencia de los países nórdicos. Por eso, la pregunta “¿quién sostiene a quién?” tiene una respuesta menos ideológica y más realista: el Estado sostiene al mercado, y el mercado alimenta al Estado. El primero brinda cauce y dirección; el segundo energía y dinamismo. Uno sin el otro es desequilibrio; juntos, en armonía, son la base del desarrollo.

Políticas Públicas con Propósito

Las políticas públicas son, en teoría, el instrumento con el que un Estado guía el rumbo de una nación. Pero en la práctica, demasiadas veces se convierten en simples parches: leyes hechas para apagar incendios coyunturales, programas que cambian de nombre cada cinco años, presupuestos dispersos que no responden a ninguna visión de futuro. Es el “fetichismo legislativo”: creer que con firmar una norma ya se transformó la realidad. El verdadero desarrollo no se construye con decretos acumulados, sino con políticas públicas con propósito. ¿Qué significa esto? Significa que cada medida del Estado debe responder a un objetivo estratégico y no a la improvisación o la conveniencia política. Que una política de transporte no se mida por la cantidad de kilómetros inaugurados, sino por cuántos ciudadanos mejoraron realmente su movilidad. Que una política educativa no se mida por cuántos colegios se construyen, sino por cuántos estudiantes salen preparados para la vida y el trabajo. Que una política económica no se mida por cuántos puntos sube el PBI en un trimestre, sino por cuánto se reduce la desigualdad y cuánto se fortalece la capacidad productiva del país. Una política pública con propósito es aquella que trasciende gobiernos y coyunturas. Se diseña con visión de largo plazo, se ejecuta con metas claras, se evalúa con transparencia y se

corrige cuando falla. No está al servicio de un ministro de turno, sino de generaciones enteras. Y para lograrlo, necesita tres condiciones básicas:

1. Planificación estratégica: definir prioridades nacionales en lugar de dispersar recursos en miles de proyectos sin conexión.
2. Participación ciudadana: incorporar la voz de la gente que será beneficiada o afectada, para que la política no sea impuesta desde un escritorio.
3. Cumplimiento efectivo: asegurar que la norma no quede en papel, sino que se cumpla, con sanciones claras cuando se incumple.

En síntesis, una política pública con propósito es la que convierte la energía del Estado en resultados tangibles para la sociedad. Allí donde se aplican, un país deja de improvisar y empieza a construir. Allí donde se ignoran, el Estado se convierte en un productor de promesas vacías.

El Futuro No se Hereda, se Construye

El futuro no llega como herencia, se edifica con sacrificio, visión y constancia. Ningún país prospera por inercia ni porque la geografía lo bendijo con riquezas; prospera porque decidió organizarse, planificar y aplicar principios que trascienden ideologías y generaciones. La verdadera riqueza no está en el subsuelo, sino en la capacidad de un pueblo para transformar lo que tiene en bienestar duradero.

La historia universal es clara: naciones con abundancia quedaron atrapadas en el atraso porque confundieron recursos con desarrollo. En cambio, naciones sin minerales ni petróleo lograron convertirse en potencias porque entendieron que el conocimiento, la disciplina y la innovación son la única mina que nunca se agota.

El mensaje es contundente: no basta con tener, hay que saber construir. El gran enemigo del desarrollo es la combinación letal del mito de la riqueza natural y la trampa del cortoplacismo. Creer que un recurso asegura el progreso es tan ingenuo como esperar que una semilla florezca sin sembrarla. Y gobernar pensando en la

próxima encuesta es como vender la cosecha antes de haber arado el campo. Ambas son recetas para la frustración colectiva.

Los siete principios universales del desarrollo que hemos presentado en este capítulo no son un ejercicio académico ni un catálogo de buenas intenciones: son la brújula que ha guiado a quienes sí construyeron futuro. La sistematización, la planificación con propósito, la innovación, las instituciones sólidas, la sostenibilidad, la justicia y el rol rector del Estado no son opcionales, son las columnas que sostienen a toda nación que aspira a la grandeza. La pregunta que queda no es qué debemos hacer, porque ya lo sabemos, sino qué nos impide hacerlo. ¿Es miedo al cambio? ¿Es comodidad en el desorden? ¿O es la resistencia de quienes lucran con la improvisación? Sea cual sea la respuesta, lo cierto es que ninguna nación avanza tolerando la mediocridad como normalidad.

El futuro no se hereda, se construye. Y se construye con decisiones incómodas, con ciudadanos que exigen, con líderes que siembran para los hijos de sus hijos. Porque el verdadero desarrollo no se mide en discursos ni en estadísticas momentáneas, sino en la capacidad de una sociedad para convertir cada recurso, cada talento y cada oportunidad en prosperidad compartida. Ese es el reto y la promesa: dejar de hipotecar el mañana para comenzar a diseñarlo hoy. Y aunque duela reconocerlo, es la única forma de transformar la abundancia en grandeza y de convertir un presente incierto en un futuro digno.

“Un Estado fuerte no es el que controla, sino el que construye y cumple lo que promete.”

EL ROL DEL ESTADO

CONSTRUIR FUTURO



**LA VERDADERA TRAGEDIA DEL PERÚ NO ES LA
POBREZA, SINO LA TRAICIÓN DEL ESTADO A SU
PROMESA ORIGINAL.**

CAPÍTULO V

El Rol Del Estado

Entre la Promesa y la Farsa

El Estado peruano nació para servir, pero terminó sirviéndose. Nació como la herramienta colectiva para construir justicia, y acabó siendo el refugio de quienes la traicionaron. Fue creado para organizar el bienestar común, pero se deformó en botín, en negocio, en escenario donde unos pocos negocian el futuro de todos. Por eso, hablar del rol del Estado no es un tema técnico: es una herida abierta en la historia del Perú.

El Estado es el espejo de una nación. Cuando ese espejo se rompe, el país se fragmenta. Hoy, nuestras instituciones no reflejan grandeza ni propósito, sino improvisación, burocracia y codicia. Un aparato público que multiplica oficinas pero no soluciones, leyes pero no justicia, presupuestos pero no resultados. Mientras el ciudadano enfrenta colas, corrupción y abandono, los que gobiernan celebran cifras que no alimentan, discursos que no curan y reformas que no transforman.

Sin embargo, no todo está perdido. La crisis no es final, es oportunidad. Porque así como el Estado puede ser cómplice del atraso, también puede ser el motor de la transformación. La historia del mundo lo demuestra: ninguna nación alcanzó el desarrollo sin un Estado fuerte, planificador y ético. Japón, Corea, Alemania o Chile entendieron que el progreso no se decreta: se construye, y el Estado es su arquitecto.

El Perú necesita volver a creer en su Estado. Pero no en el Estado paquidérmico que reparte cargos, sino en uno que planifique con propósito, que use la tecnología como aliada, que sistematice sus procesos, que renegocie con dignidad sus recursos y que ponga cada institución al servicio del desarrollo nacional. Ese es el Estado que no teme auditarse, ni rendir cuentas, ni innovar. El Estado que no se mide por el tamaño de su planilla, sino por el impacto de sus resultados.

Este capítulo es una radiografía del Estado peruano y una hoja de ruta para reconstruirlo. Desnuda sus traiciones, exhibe sus fallas, pero también señala la salida: la reingeniería nacional, la transformación integral del aparato público para convertirlo en el motor del bienestar, la justicia y el desarrollo. Porque mientras el Estado siga siendo botín, el Perú seguirá dormido; pero cuando el Estado vuelva a ser servicio, el país despertará a su verdadero destino.

El Origen de la Política:Del Nacimiento a la Traición

La política nació como una necesidad profundamente humana: organizar la vida en común. En la **polis griega**, se vivía como espacio de diálogo y debate abierto; en los **consejos tribales**, como un círculo donde cada voz decidía el rumbo de la comunidad; y en los **cabildos coloniales**, como la mesa en la que se discutían los recursos, la justicia y el futuro. En su esencia, la política no surgió para dividir, sino para unir; no para saquear, sino para servir.

Fue la arquitectura invisible que permitió que el interés colectivo prevaleciera sobre el individual.

Pero esa semilla pronto fue contaminada. Lo que empezó como servicio se transformó en privilegio. Lo que nació como vocación se volvió botín. Los guardianes del bien común se convirtieron en sus primeros traidores. Roma, que alguna vez fue república, vio a su Senado degradarse en teatro de ambiciones privadas. Europa absolutista heredó a sus pueblos la idea de que el Estado era patrimonio dinástico. Y en América Latina, las flamantes repúblicas del siglo XIX, en lugar de romper con la herencia colonial, perpetuaron el patrimonialismo: el poder como hacienda, el cargo como herencia, el presupuesto como botín de guerra.

La traición fue universal y silenciosa. La política dejó de ser conversación para convertirse en subasta; dejó de ser servicio para ser botín; dejó de ser espacio de encuentro para ser campo de saqueo. Cada ley se convirtió en traje a la medida del poderoso de turno; cada institución en engranaje de partidos que vieron en el Estado no una misión, sino una mina. Y así, el proyecto colectivo quedó hipotecado al interés de pocos.

No es exagerado llamarlo traición: porque la política trajo su origen, trajo a los pueblos que confiaron en ella, trajo la promesa de que lo público era sagrado. Y esa traición explica más que mil estadísticas por qué tantos países, a pesar de sus riquezas, siguen hundidos en el atraso: no porque les falten recursos, sino porque lo común fue secuestrado por la codicia.

Hoy, volver al origen de la política no es nostalgia, es una urgencia. La política no puede seguir siendo la feria de intereses donde se remata el futuro al mejor postor.

Si nació para organizar la vida común, debe volver a serlo. Si nació para servir, debe recordar su vocación. De lo contrario, seguirá siendo una maquinaria que devora esperanzas mientras alimenta privilegios.

Un país solo empieza a transformarse cuando sus ciudadanos comprenden que la política no es espectáculo ni botín, sino la herramienta más poderosa para cambiar su destino. Y esa conciencia colectiva es el primer ladrillo de cualquier futuro que merezca ser construido.

El Poder en Remate: Subasta Permanente y Partidos como Franquicias del Botín

En el Perú, el poder se vive como un remate a puertas abiertas. No todos, pero sí la mayoría de partidos han hecho del Estado un botín y de la política un negocio rentable. La escena se repite como un ritual perverso: cada elección promete cambios trascendentales, pero al final todo termina en reparto. Ministerios, direcciones y presupuestos se entregan como lotes en una subasta donde lo único que importa es quién paga más o quién negocia mejor.

Las campañas políticas reflejan esa degradación. No giran en torno a ideas, sino a inversionistas que luego pasan factura. El financista no da dinero por convicción, sino por cálculo: licitaciones, contratos inflados, concesiones hechas a medida. En este esquema, un escaño ya no es representación, sino inversión: se entra al Congreso para recuperar lo puesto y multiplicarlo con intereses. Los partidos —y aquí la herida es profunda— han dejado de ser comunidades de ideas. La mayoría funciona como franquicias electorales, cascarones con logo inscrito en el Jurado Nacional de Elecciones listos para ser alquilados.

El caudillo de turno los toma como vehículo personal; la ideología es un disfraz que cambia según la ocasión. Hoy de izquierda, mañana de derecha, pasado de centro: lo único permanente es la obsesión por llegar a la caja del Estado. El resultado es un sistema político que ya no dialoga, transa. Ya no representa, negocia. El Congreso convertido en bazar donde cada voto tiene precio. Los ministerios transformados en cuotas para operadores políticos. Gobiernos regionales y locales que se repiten como feudos personales. Y mientras tanto, el ciudadano de a pie,

sin voz ni defensa, contempla cómo su futuro se transa como mercancía mientras hospitales colapsan, las escuelas se caen a pedazos y la inseguridad se expande.

Existen excepciones, claro: partidos y líderes que intentan mantener coherencia, vocación de servicio y propuestas de fondo. Pero son minoría, ahogada en un mar de oportunismo que dicta las reglas del juego. Y mientras esa sea la norma, cada elección no será más que una feria renovada de intereses, un nuevo ciclo de remate disfrazado de democracia.

Un país atrapado en esta lógica no tiene política verdadera, sino un mercado negro del poder. No tiene partidos, tiene franquicias. No tiene instituciones, tiene trofeos en disputa.

Y hasta que esa dinámica no se rompa, el futuro del Perú seguirá rifándose en la subasta interminable de su propia esperanza.

El Populismo como Anestesia

El populismo es el calmante que se receta cuando el Estado ha perdido autoridad moral y capacidad de respuesta. No resuelve los problemas, apenas los adormece. Es el discurso fácil que ofrece lo imposible, la píldora emocional que calma el dolor inmediato mientras agrava la enfermedad de fondo.

En el Perú, el populismo ha sido la muleta favorita de gobiernos y congresos incapaces de enfrentar la raíz de los problemas. Cuando no hay reformas, se reparten bonos. Cuando no hay política de empleo, se promete trabajo para todos en mítinges encendidos. Cuando no hay una visión de desarrollo, se lanzan leyes improvisadas que regalan derechos sin financiamiento. Es el Estado convertido en ilusionista: entretiene al público mientras la realidad se desmorona detrás del telón.

El populismo funciona porque explota la angustia de la gente. Frente a la inseguridad, se promete mano dura sin fortalecer policías ni justicia. Frente a la pobreza, se reparten dádivas que duran un mes pero hipotecan el futuro. Frente a la corrupción, se lanzan frases altisonantes que no cambian una sola práctica. Así, el

populismo anestesia, calma, pero no cura. Y peor aún: crea la ilusión de que se avanza, cuando en realidad se retrocede.

El Congreso peruano es el mejor laboratorio de este vicio. Cada legislatura aprueba decenas de leyes que suenan bien en titulares, pero que son inviables, contradictorias o simplemente insostenibles. Es el populismo legislativo: un festival de normas hechas para ganar aplausos en redes sociales, aunque destruyan estabilidad económica o desordenen instituciones. Una feria de promesas baratas que los ciudadanos, tarde o temprano, terminan pagando.

El populismo es anestesia, pero también es trampa. Porque mientras los ciudadanos se tranquilizan con promesas inmediatas, los verdaderos problemas se enquistan: la falta de infraestructura, la precariedad de la salud, la anemia infantil, la debilidad de las instituciones, la corrupción. El país se queda sin rumbo, pero con la sensación engañosa de que algo se está haciendo.

Un Estado que se refugia en el populismo es como un médico que, en lugar de curar, aumenta la dosis de calmantes para que el paciente no se queje. Pero tarde o temprano, la anestesia se pasa y el dolor regresa más fuerte. Y en ese momento, el costo ya no es solo económico, sino histórico: una nación acostumbrada a vivir de promesas huecas, resignada a la anestesia en vez de exigir la cura.

El Estado Cómlice y Secuestrado: de la Promesa Rota al Control Total

El Estado, que debería ser garante del bien común, terminó convertido en cómplice del saqueo. No es únicamente la presión de mafias externas ni de poderes económicos: gran parte de los propios funcionarios que dirigen las instituciones públicas se volvieron cómplices. Se acomodaron al sistema, negociaron su independencia, y terminaron actuando como operadores de intereses ajenos al ciudadano. El Estado dejó de ser árbitro para ser jugador; dejó de ser vigilante para transformarse en socio del delito.

La complicidad se expresa en cada promesa rota. Gobiernos que llegan con discursos de cambio y, apenas asumen, pactan con los mismos grupos que antes denunciaban. Presidentes que prometen limpiar la política y acaban rodeados de asesores cuestionados. Congresos que juran fiscalizar pero legislan para favorecer a quienes les financian. Organismos de control que deberían defender al Estado, pero terminan blindando a quienes lo usan como botín. La traición se repite en cada nivel: se le promete al pueblo justicia y se le entrega impunidad; se le promete desarrollo y se le entrega deuda; se le promete transparencia y se le entregan pactos en penumbras.

De la complicidad se pasa al secuestro. Ya no se trata solo de funcionarios corruptos, sino de instituciones enteras capturadas por mafias políticas y económicas.

El sistema judicial protege a los poderosos y castiga al débil. Los organismos reguladores responden más a las grandes empresas que a los ciudadanos. La policía, debilitada por la corrupción interna, termina siendo parte del problema que debería combatir. Cada engranaje estatal se convierte en un territorio tomado.

El ciudadano de a pie lo percibe con claridad. Cuando un juez libera a un criminal por un tecnicismo. Cuando un alcalde roba el presupuesto de un hospital y queda impune. Cuando un congresista cambia de bancada según la oferta del día. Es la confirmación de que el Estado, en vez de protegerlo, lo ha entregado.

El Estado cómplice es aquel que permite el saqueo. El Estado secuestrado es aquel que ya no puede hacer otra cosa que administrarlo. Y en el Perú, gran parte de sus funcionarios —los que deberían ser custodios— se convirtieron en carceleros de la república, guardianes de un sistema que sirve más a los intereses privados que a los ciudadanos.

Un país con un Estado secuestrado no solo pierde recursos: pierde futuro. Porque cada institución sometida deja de ser herramienta de desarrollo y se transforma en engranaje de una maquinaria mafiosa.

Mientras no se libere al Estado de sus propios captores internos, ninguna reforma, ninguna inversión, ninguna promesa podrá sostenerse. Todo lo que se intente construir será devorado desde dentro.

La Burocracia Ineficiente: Laberinto que Sirve al Desorden

El ciudadano común no suele encontrarse con ministros ni congresistas. Su contacto diario con el Estado es la ventanilla, el trámite, la cola interminable, la página web que no funciona, el funcionario que pide un documento absurdo. Ahí, en ese punto de fricción, el Estado peruano revela su verdadero rostro: un laberinto burocrático que en lugar de ordenar, multiplica el desorden.

La burocracia debería ser el engranaje que hace posible el servicio público. En teoría, es el sistema que garantiza que las reglas se cumplan y que los recursos lleguen donde deben llegar. Pero en el Perú, gran parte de la burocracia se ha vuelto un obstáculo en sí misma. Trámites redundantes, requisitos contradictorios, oficinas que no se comunican entre sí, sistemas digitales que no dialogan. Cada trámite parece diseñado no para servir al ciudadano, sino para recordarle que está atrapado en una maquinaria que avanza al ritmo de su propia ineficiencia.

Este laberinto tiene un costo enorme. Miles de horas-hombre se pierden en trámites que podrían resolverse en minutos. Emprendedores que podrían generar empleo se ahogan en permisos imposibles. Familias esperan años por un título de propiedad que debería ser automático. Pequeños agricultores pierden cosechas porque los certificados y autorizaciones llegan tarde. La burocracia, en lugar de ser canal del desarrollo, termina siendo su freno más cruel.

Pero la ineficiencia no es inocente. Ese desorden también sirve a los corruptos. Cada trámite enredado abre la puerta al soborno. Cada demora genera la tentación del “aceite” para agilizar el

expediente. Y así, la maraña burocrática se convierte en terreno fértil para la coima, que no es un accidente, sino parte del modelo. Un sistema lento y opaco beneficia a quienes saben manipularlo, y castiga a quienes solo quieren cumplir las reglas.

Mientras tanto, los funcionarios honestos —que los hay— quedan atrapados en una lógica que no les permite ser eficientes. Los mejores cuadros se frustran y renuncian, y los mediocres se acomodan en el puesto vitalicio. El resultado es un aparato público que en vez de servir al ciudadano, se sirve de él.

La paradoja es brutal: la burocracia, que nació para dar orden y certeza, en el Perú se ha transformado en un laberinto que administra el desorden. Y un país que vive atrapado en ese laberinto no puede hablar de modernidad ni de desarrollo. Porque mientras la gente siga perdiendo días, meses o años en trámites absurdos, seguirá confirmando que el Estado no está para ayudarlo, sino para desgastarlo.

Un Estado que ahoga a sus ciudadanos en papeles es un Estado que renuncia a construir futuro. Y mientras la burocracia siga siendo un laberinto ineficiente, el Perú seguirá atrapado en el mismo círculo: desorden que alimenta corrupción, corrupción que alimenta desconfianza, desconfianza que alimenta más desorden. Un círculo vicioso que hay que romper si realmente queremos un Estado que sirva y no que estorbe.

La Descentralización que Nunca Fue

La ineficiencia de la burocracia no solo se siente en ventanillas y trámites absurdos; también se multiplicó a gran escala bajo el nombre de “descentralización”. En teoría, acercar el Estado a las regiones debía democratizar las decisiones, usar mejor los recursos y llevar desarrollo a cada rincón del país. En la práctica, lo que nació como esperanza terminó convertido en una red de feudos locales, donde gobernadores y alcaldes se comportan más como

caudillos con caja propia que como gestores de un proyecto nacional.

Los resultados están a la vista: presidentes regionales encarcelados, hospitales que nunca atendieron a un paciente, carreteras que mueren en medio de la nada, presupuestos subejecutados que regresan al MEF mientras millones de ciudadanos siguen sin agua potable ni servicios básicos. El centralismo limeño no desapareció: simplemente se clonó en veinticinco versiones del mismo fracaso.

La raíz no fue solo corrupción, sino improvisación. Se transfirieron miles de millones de soles sin cuadros técnicos preparados, sin definir estructuras mínimas de gestión y sin mecanismos de control modernos. Así, cada gobierno regional improvisó su propia burocracia: exceso de personal en unos casos, ausencia de profesionales claves en otros, oficinas repletas de asesores inútiles y cero capacidad de medir resultados. La descentralización no se planificó: se soltó el dinero y se cruzaron los dedos.

La única salida no es recentralizar el país, sino **ordenarlo**. La descentralización fracasó porque se hizo sin un sistema que la sostenga. Se transfirieron funciones, pero no capacidades; se entregaron recursos, pero no reglas; se creó autonomía, pero sin control ni articulación. El resultado: regiones desordenadas, burocracias duplicadas y un Estado que no se comunica consigo mismo. No basta con pedir transparencia: hay que garantizarla con plataformas digitales abiertas que permitan ver en tiempo real cómo se usan los recursos, cuántos empleados tiene cada institución, si cumplen un estándar técnico y qué resultados producen. Con un sistema así, un gobernador no podría inflar su planilla con 200 asesores innecesarios, una licitación no podría duplicar su presupuesto sin ser detectada, y ningún alcalde podría inaugurar estadios inútiles mientras su pueblo sigue sin agua potable.

La sistematización no solo ordena gastos, también mide resultados. Los ciudadanos podrían verificar en línea si las metas de ejecución se cumplen, cuánto costó alcanzarlas y qué impacto real

generaron en su comunidad. Gobernar dejaría de ser repartir cargos y empezaría a ser entregar resultados verificables.

La descentralización que nos prometieron nunca llegó. Lo que tenemos es una dispersión del desorden nacional. Si queremos rescatarla, no se trata de eliminarla, sino de **reconfigurarla con disciplina, meritocracia y tecnología**. Solo así dejará de ser un reparto de botines regionales y se convertirá, al fin, en lo que siempre debió ser: un motor de desarrollo territorial integrado al proyecto nacional.

Jóvenes Desencantados: La Factura Más Peligrosa

No hay factura más peligrosa que la del desencanto de los jóvenes. Un país puede resistir la corrupción de sus élites, la ineficiencia de su burocracia o incluso la fragilidad de sus instituciones. Pero cuando sus jóvenes dejan de creer, el futuro entero se quiebra.

En el Perú, millones de jóvenes han crecido entre promesas rotas. Escucharon desde niños que la educación era el camino, y al terminar sus estudios encontraron títulos que no garantizan empleo. Vieron campañas políticas que les hablaban de oportunidades, y descubrieron que las redes de influencia valen más que el talento. Se les prometió meritocracia, y se encontraron con favoritismo. Se les dijo que el país era rico, y lo que recibieron fue precariedad.

El desencanto no es abstracto: se mide en las cifras de migración juvenil, en la frustración de profesionales que manejan taxis porque el mercado no les da espacio, en jóvenes que sueñan con irse porque sienten que aquí todo está condenado a repetirse. Cada talento que emigra es una derrota silenciosa del país, cada proyecto truncado es una oportunidad enterrada.

El peligro es que ese desencanto se transforma en cinismo. Jóvenes que dejan de creer en la política y prefieren refugiarse en la indiferencia. O peor aún, jóvenes que entienden que el sistema está

diseñado para premiar al corrupto y se suman a esa lógica. Una sociedad que pierde la fe de su juventud se condena a reproducir su decadencia.

El Perú no es el único. En España, la crisis del desempleo juvenil generó una generación entera llamada “los indignados”. En Chile, la falta de acceso justo a la educación detonó un movimiento que transformó la agenda política. En varios países de Medio Oriente, el hartazgo juvenil fue la chispa de revoluciones. En todos esos casos, los jóvenes mostraron que su desencanto no es pasivo: cuando explota, cambia la historia.

El gran riesgo en el Perú es que el desencanto no se traduzca en revolución, sino en resignación. Que los jóvenes concluyan que aquí nada cambia, que el Estado siempre será botín, que la corrupción siempre ganará. Esa resignación es la factura más peligrosa: un país que ya no cree en sí mismo a través de quienes deberían construir su futuro.

Recuperar la confianza de los jóvenes no es un lujo, es cuestión de supervivencia nacional. Significa demostrar que el talento puede más que el apellido, que el esfuerzo puede más que el soborno, que la política puede volver a ser servicio y no espectáculo. De lo contrario, el Perú seguirá pagando la factura más alta: perder a sus jóvenes primero en la esperanza, y luego en la frontera.

El Modelo Económico: No es Religión, es Herramienta

Uno de los grandes engaños de la política peruana ha sido tratar el modelo económico como si fuera un dogma religioso. Para unos, el libre mercado es la única verdad revelada; para otros, el Estado omnipresente es la única salvación. Ambas visiones terminan atrapadas en trincheras ideológicas que impiden lo esencial: entender que la economía no es fe, sino herramienta.

El modelo económico debería ser eso: un instrumento

flexible que cada país ajusta según sus fortalezas, recursos y objetivos de desarrollo. No es una camisa de fuerza, ni mucho menos un altar donde se rinde culto. Un país que convierte su modelo en religión termina defendiendo fórmulas aunque no funcionen, aplicando recetas aunque destruyan empleo, repitiendo dogmas aunque aumenten la desigualdad.

En el Perú, lo hemos vivido con crudeza. Se instaló la idea de que el “libre mercado absoluto” era intocable, incluso cuando quedó claro que había sectores estratégicos —como salud, educación, energía o infraestructura— donde el mercado no llegaba, o llegaba tarde y mal. Y también se probó, décadas atrás, que un Estado empresario sin límites podía convertirse en otro botín, ineficiente y corrupto. En ambos extremos, la población terminó pagando el costo.

Por eso, el verdadero desafío es diseñar un modelo funcional y flexible, capaz de combinar políticas económicas de distintos enfoques siempre que sean útiles para alcanzar el desarrollo. Si la apertura comercial fortalece sectores, se aplica. Si la protección temporal impulsa industrias nacientes, se utiliza. Si la inversión pública estratégica desbloquea el crecimiento, se ejecuta. Si la regulación firme evita abusos monopólicos, se impone. La economía no debe ser un credo rígido, sino una caja de herramientas disponible para el interés nacional.

Ejemplos sobran. Corea del Sur y Japón usaron al Estado como motor inicial de su industrialización, para luego abrir espacio al mercado en sectores maduros. Chile supo combinar disciplina fiscal con políticas públicas que fomentaron innovación. Incluso Estados Unidos, paradigma del capitalismo, ha aplicado subsidios y protecciones estratégicas cuando su soberanía económica lo requirió. Ninguno trató su modelo como religión: lo trató como herramienta.

El Perú necesita lo mismo: abandonar los dogmas y asumir que la economía es un medio, no un fin. Una herramienta que se

ajusta, se reinventa y se combina según lo que sirva para el desarrollo nacional. Porque cuando el modelo económico se convierte en religión, el debate se vuelve guerra santa entre fanáticos; pero cuando se entiende como herramienta, se abre la puerta a la creatividad, la adaptación y el verdadero desarrollo.

Un país que confunde economía con fe se condena al estancamiento. Un país que la entiende como herramienta se da la libertad de usarla, ajustarla y combinarla con inteligencia según sus necesidades. Y esa es la diferencia entre seguir atrapados en el atraso o dar el salto hacia un futuro de desarrollo soberano.

Reforma o Reingeniería: ¿Parche o Reconstrucción?

En el Perú, la palabra *reforma* se ha gastado de tanto usarla. Reforma política, reforma educativa, reforma judicial: promesas que se lanzan con solemnidad en cada campaña, como si fueran llaves mágicas hacia el desarrollo. Pero cuando bajamos del discurso a la realidad, la mayoría no son más que remiendos mal cosidos. Una ley improvisada aquí, una comisión que no cambia nada allá, un organismo nuevo que duplica funciones. En nuestro país, reformar casi siempre ha significado poner un parche sobre paredes que ya no sostienen la casa.

La reingeniería es distinta. No se conforma con maquillar un edificio carcomido: lo demuele y lo reconstruye con nuevos planos, nuevos materiales y nuevos cimientos. La reingeniería no es discurso: es cirugía mayor. Significa sistematizar el Estado para saber con claridad cuántos funcionarios necesitamos, qué hacen, qué resultados producen y qué instituciones sobran o se deben fusionar. Y significa digitalizar los servicios para que cualquier ciudadano, desde una capital de región hasta la comunidad más

lejana, pueda acceder a trámites en tiempo real, sin coimas ni intermediarios.

Un Estado sistematizado y digitalizado es un Estado que deja de ser un laberinto para convertirse en una autopista. Una autopista

REFORMA O REINGENIERÍA: ¿PARCHE O RECONSTRUCCIÓN?

CAPÍTULO 5



UN ESTADO ORDENADO, TRANSPARENTE Y MODERNO ES EL ÚNICO CAPAZ DE TRANSFORMAR SU BUROCRACIA EN FUERZA PRODUCTIVA PARA EL DESARROLLO.

donde cada trámite fluye, donde cada sol del presupuesto puede rastrearse, donde cada institución se comunica con la otra. No más duplicidades, no más oficinas que viven de entorpecer, no más ciudadanos humillados con colas eternas.

La historia muestra que los países que se atrevieron a reconstruir, avanzaron. Japón, devastado tras la Segunda Guerra Mundial, no parchó lo que quedó en pie: rediseñó su Estado sobre la base de disciplina, educación y tecnología. Corea del Sur no se conformó con reformas graduales: creó un Estado planificador y digital que impulsó la industria y, luego, la innovación. Alemania, después de la reunificación, integró dos burocracias opuestas en un solo aparato moderno. Todos entendieron la lección: los parches solo prolongan la agonía; la reingeniería, en cambio, crea futuro.

El Perú necesita esa valentía. No un Estado más grande ni más pequeño, sino un Estado al servicio del desarrollo. Un Estado en el que todas sus instituciones —desde un ministerio hasta la municipalidad más modesta— funcionen como engranajes de un mismo proyecto nacional. Un Estado que convoque talento en lugar de ahuyentarlo, que use la tecnología como aliado, que planifique con visión de país y no con calendario electoral.

Ese es el verdadero resultado que debe dar la reingeniería: transformar a la burocracia en aliada del ciudadano, no en su verdugo. Convertir a la administración pública en motor del progreso y no en obstáculo. Garantizar que cada sol invertido construya futuro y no engorde bolsillos. Lograr que el Estado inspire confianza en lugar de desprecio.

El reto es inmenso, pero posible. Tenemos el talento humano, los recursos y la tecnología para hacerlo. Lo único que falta es decisión política y un liderazgo que entienda que los parches ya no alcanzan. El Perú no puede seguir maquillando un cadáver institucional. Debe reconstruir su Estado con ética, con técnica y con propósito.

Porque un país que se queda en las reformas parciales seguirá atrapado en la decadencia. Pero un país que se atreve a la reingeniería —a sistematizar, digitalizar y poner cada institución al servicio del desarrollo— podrá, al fin, comenzar a escribir la historia de su verdadero progreso.

El Estado que el Perú merece

El retrato es brutal: un Estado convertido en botín, repartido entre mafias y partidos que prometen progreso mientras administran atraso.

Un Estado que inaugura hospitales sin equipamiento, que firma contratos entreguistas, que finge modernidad en discursos vacíos mientras posterga a su pueblo. Pero el Perú no nació para la mediocridad: nació para la grandeza.

El país merece un Estado distinto: técnico en su funcionamiento, ético en su esencia y estratégico en su propósito. Un Estado que planifique con visión de largo plazo, que sistematice y digitalice sus procesos, que abra las cuentas al escrutinio ciudadano y convierta la transparencia en norma. Un Estado que sirva al pueblo y no a intereses privados.

Ese Estado debe ser arquitecto del desarrollo. Para lograrlo, lo primero es renegociar los contratos de nuestros recursos naturales.

Demasiados se firmaron bajo coimas o ventajas indebidas, hipotecando la riqueza nacional a cambio de migajas.

Lo justo es un reparto equitativo: 50 % para el Perú y 50 % para la empresa que invierte.

Y si no aceptan, la salida debe ser clara: sociedades público-privadas donde el Estado sea socio real e igualitario, con voz y voto en las decisiones estratégicas.

Los recursos naturales son patrimonio de todos los peruanos y no pueden seguir siendo rematados.

Para ello se requieren acciones firmes: auditar todos los contratos vigentes, renegociar los que no cumplen estándares justos y, cuando corresponda, desarrollar nuestras propias capacidades de

explotación en condiciones soberanas.

El objetivo es uno: que la riqueza de los recursos financie educación, salud, infraestructura e innovación en beneficio directo de la gente.

Al mismo tiempo, este Estado debe impulsar los sectores estratégicos que aseguran el desarrollo nacional.

No puede dejarse al azar lo que sostiene la soberanía.

Debe garantizar que el progreso llegue a todos, que cada peruano tenga oportunidades reales para crecer y que el bienestar no sea privilegio de pocos, sino derecho de todos.

Un Estado así no se mide solo en cifras, sino en dignidad.

No se contenta con estadísticas, sino que promueve educación con propósito, salud de calidad, empleo digno y espacios donde cada talento pueda florecer. Porque el verdadero desarrollo no es acumular riquezas, sino multiplicar ciudadanos libres, productivos y orgullosos de su patria.

Lo que pedimos no es un milagro: pedimos un Estado decente, eficiente y que ame al Perú.

Un Estado que sepa que esta nación no es pequeña ni condenada, sino inmensamente rica, y que solo necesita orden, visión y decisión para convertirse en potencia.

Ese es el Estado que el Perú merece: uno que deje atrás el saqueo y se atreva a construir.

Que, en lugar de administrar ruinas, se convierta en el arquitecto de la república moderna que soñaron nuestros antepasados. Y ese Estado no es utopía: es la tarea que debemos asumir ahora, si queremos que la patria deje de ser promesa y se convierta en destino.

El Punto de Quiebre

La historia del Perú parece un círculo vicioso: recursos entregados a precio de ganga, instituciones capturadas, promesas

incumplidas y generaciones enteras condenadas a ver cómo se repite la misma farsa. Pero llega un momento en que la paciencia se agota y los pueblos deciden romper la rueda. Ese instante se llama punto de quiebre.

El punto de quiebre no es una fecha ni un decreto. Es una decisión colectiva.

Es cuando un país entiende que no puede seguir administrando el fracaso como si fuera normalidad.

Es cuando se mira en el espejo y reconoce que tiene todo para ser potencia, pero que la corrupción y la mediocridad lo mantienen encadenado.

Es cuando los ciudadanos dejan de resignarse y comienzan a exigir un Estado que funcione, un liderazgo que planifique, instituciones que sirvan y contratos que respeten la dignidad nacional.

El punto de quiebre es aceptar que el Estado no debe ser botín, sino arquitecto del desarrollo.

Que el modelo económico no es religión, sino herramienta que debe adaptarse al bien común.

Que la política no es negocio, sino servicio.

Y que los recursos del Perú no son herencia de funcionarios corruptos, sino patrimonio de una nación que exige justicia.

Hoy el Perú está frente a ese quiebre histórico. Tenemos dos caminos: seguir administrando ruinas o atrevernos a construir grandeza.

Seguir exportando materias primas baratas o negociar con dignidad.

Seguir improvisando parches o reconstruir el Estado desde sus cimientos.

Ese quiebre no lo hará un caudillo ni una cúpula iluminada: lo harán los peruanos comunes que se cansen de ser espectadores y decidan ser protagonistas.

Lo harán los jóvenes que no acepten heredar un país saqueado.

Lo harán los trabajadores que exijan dignidad.

Lo harán los emprendedores que demanden reglas claras.
Lo hará cada ciudadano que entienda que el Perú no puede esperar más.

El punto de quiebre es aquí y ahora. Es el momento en que el país deja de ser promesa incumplida y se convierte en proyecto de futuro.

Es el instante en que dejamos de administrar la pobreza y comenzamos a construir la grandeza.

El Perú merece ese quiebre, y de nosotros depende que se convierta en realidad.

“Desarrollar no es soñar con el futuro: es fabricar el futuro con nuestras propias manos.”

CÓMO SE LOGRA EL ÉXITO DE UN PAÍS

LA FÓRMULA INVISIBLE DEL DESARROLLO

CAPÍTULO 6

EL PERÚ PROSPERARÁ CUANDO UNA VISIÓN NACIONAL ARTICULE SUS RECURSOS, TALENTOS Y OBJETIVOS COMUNES. SOLO ASÍ SU ENORME POTENCIAL DEJARÁ DE SER PROMESA Y SE CONVERTIRÁ EN POLÍTICA PÚBLICA EFECTIVA.

CAPÍTULO VI

Cómo se logra el éxito de un país

La fórmula invisible del desarrollo

El éxito de un país no depende de su tamaño ni de la suerte de sus recursos, sino de su capacidad para organizar, planificar y ejecutar su destino. Las naciones que hoy admiramos no nacieron desarrolladas: se construyeron así, piedra sobre piedra, porque tuvieron dirección, disciplina y propósito. Entendieron que el desarrollo no es fruto del azar, sino del orden.

El Perú, en cambio, lo ha tenido casi todo, menos organización. Ha poseído recursos abundantes, pero un Estado desordenado; talento de sobra, pero sin propósito nacional; leyes escritas, pero sin justicia real. Somos un país con miles de

diagnósticos, pero sin continuidad; con proyectos, pero sin ejecución; con discursos, pero sin estrategia. Esa es nuestra herida: no hemos edificado aún un modelo de Estado que funcione para el desarrollo.

Por eso este capítulo busca responder una sola pregunta: ¿cómo se logra el éxito de un país. La respuesta no está en ideologías ni en milagros, sino en aplicar con convicción y continuidad los siete principios universales del desarrollo, adaptados a nuestra realidad peruana. No son utopías importadas, sino verdades probadas en cada nación que decidió levantarse con sus propias manos.

1. Sistematización del Estado

El primer paso para transformar al Perú es poner orden. Hoy nuestras instituciones funcionan como islas que duplican funciones, desperdician presupuesto y no comparten información. Sistematizar no es digitalizar, es interconectar al Estado entero para que opere como un solo cuerpo. Cada ministerio, municipio y organismo debe compartir datos, procesos y metas dentro de una misma plataforma nacional. Un Estado sistematizado reduce la corrupción, acelera los servicios y devuelve la confianza ciudadana. Sin orden administrativo, ningún país puede desarrollarse.

2. Planificación estratégica y educación con propósito

El Perú ha improvisado su destino por siglos. Cada gobierno borra lo que hizo el anterior, y cada reforma nace condenada al olvido. Necesitamos planificación nacional a largo plazo, que trascienda los cambios políticos y guíe la educación, la industria y la inversión pública hacia los mismos objetivos. Nuestra educación debe dejar de formar empleados sin rumbo y comenzar a formar ciudadanos productivos, técnicos, creativos y patriotas. No se trata solo de enseñar, sino de preparar para construir país.

3. Innovación y adaptación permanente

El mundo avanza a la velocidad de la tecnología, mientras nosotros seguimos discutiendo lo que otros resolvieron hace décadas. Innovar no es un lujo: es sobrevivir. Desde la agricultura hasta la gestión pública, el Estado debe fomentar la investigación, la robótica, la inteligencia artificial y la modernización continua. Un país que no innova se rezaga. El Perú tiene ingenieros, científicos y

emprendedores capaces, pero necesita un ecosistema que los respalde y los conecte con la producción nacional.

4. Instituciones sólidas e inclusivas

Ningún modelo económico prospera si las instituciones no funcionan. Hemos tenido leyes correctas y prácticas corruptas; estructuras creadas para servir al ciudadano que terminaron sirviéndose a sí mismas. Una institución sólida no depende del presidente de turno, sino de su misión, mérito y capacidad técnica. Reformar el Estado no es destruirlo, es blindarlo contra la improvisación. Solo con instituciones fuertes se garantiza justicia, inversión y progreso duradero.

5. Sostenibilidad y equilibrio con la naturaleza

El Perú es uno de los países más biodiversos del planeta, pero también uno de los que más destruye su riqueza natural. Mientras otros exportan productos con valor agregado, nosotros seguimos talando, contaminando y desperdiciando recursos. El desarrollo peruano debe ser sostenible: producir sin destruir. El agua, los bosques, los suelos y el mar son nuestro verdadero oro. Si los perdemos, ninguna mina nos salvará. No se puede hablar de futuro cuando se destruye lo que nos da vida.

6. Justicia y Estado de derecho

La impunidad ha sido el cáncer que carcome la confianza del pueblo. Mientras el corrupto se enriquece, el honesto se cansa. Sin justicia rápida, imparcial y firme, el país repetirá sus errores. Necesitamos un sistema judicial moderno, con jueces evaluados por resultados, penas efectivas y transparencia total. La ley debe volver a ser el escudo del ciudadano, no el refugio del delincuente.

7. El rol del Estado en la dirección estratégica del desarrollo

El Perú no necesita más ministerios, sino dirección. El Estado no puede limitarse a observar lo que hace el mercado: debe orientar, articular y liderar los sectores que generan valor agregado y empleo. Desde el turismo hasta la minería con refinación propia, desde la industria alimentaria hasta la tecnología, el Estado debe conducir el rumbo productivo de la nación. Un Estado que planifica, produce y supervisa no es socialista: es responsable. Y un país que asume su desarrollo con dirección estratégica deja de ser mendigo de su

propia riqueza.

Estos siete principios no son teoría: son la hoja de ruta para que el Perú vuelva a creer en sí mismo. Aplicarlos es posible si existe voluntad política, ética y continuidad. Este capítulo no solo enumera sectores: propone una guía de administración nacional. Un modelo donde el Estado ordena, la educación ilumina, la innovación impulsa, las instituciones garantizan y el pueblo confía.

El éxito de una nación no reside en lo que tiene, sino en cómo administra lo que tiene.

Y el día que el Perú comprenda que el desarrollo no se promete, sino que se diseña y se ejecuta, ese día —por fin— comenzará a triunfar.

Los Sectores Estratégicos que Debemos Priorizar

El mapa productivo del desarrollo

El desarrollo de una nación no surge de la casualidad ni de los discursos: se construye con dirección, propósito y voluntad de independencia. Los países que hoy lideran el mundo entendieron algo que el Perú aún no asume del todo: la verdadera riqueza no está en lo que se extrae, sino en lo que se transforma.

Durante décadas hemos sido un país que regala su abundancia. Extraemos minerales, pescamos nuestro mar, talamos nuestros bosques y cultivamos nuestra tierra, solo para ver cómo otros industrializan lo que aquí se produce en bruto. Exportamos cobre y compramos cables, exportamos algodón y compramos ropa, exportamos gas y seguimos importando fertilizantes. Y cuando alguna vez nos pagaron lo justo por nuestros recursos —las pocas veces que ocurrió— fue porque el mundo lo necesitaba más que nosotros mismos.

Esa es la gran paradoja peruana: ser rico en recursos, pero pobre en valor. Una nación que entrega su potencial sin exigir transformación, que vende lo que otros convertirán en desarrollo y que termina trabajando para el progreso ajeno. Por eso, priorizar sectores estratégicos no es una decisión técnica: es un acto de

LOS SECTORES ESTRATÉGICOS A PRIORIZAR

TURISMO · MAR
MINERÍA
TEXTIL
FORESTAL
VITÁMINAS



EL PERÚ PROSPERARÁ CUANDO FORTALEZCA SUS
SECTORES ESTRATÉGICOS, DÁNDOLES VALOR AGREGADO
A LO QUE PRODUCE Y SOBERANÍA A LO QUE CREA.

soberanía. Significa entender que no podemos seguir siendo exportadores de materia prima si queremos ser dueños de nuestro destino. El futuro del Perú depende de una sola palabra que encierra la esencia del progreso: industrializar. Y dentro de ella, otra que define la justicia económica de una nación: dar valor agregado. Dar valor agregado es convertir lo que tenemos en lo que el mundo necesita.

Es procesar el cobre hasta fabricar motores, transformar el pescado en proteína, la caña en biocombustible, el litio en batería, el cacao en producto premium y el conocimiento en tecnología propia. Es dejar de ser fuente de recursos para convertirnos en fuente de soluciones. Cada país que lo logró apostó por lo mismo: seleccionar y potenciar sus sectores estratégicos. Corea del Sur priorizó la electrónica y los astilleros; Finlandia, la educación tecnológica; Chile, el cobre con valor industrial; Japón, la precisión y la ciencia aplicada. Todos entendieron que la riqueza no se encuentra bajo la tierra, sino en la mente de su gente. Y todos tuvieron un Estado que planificó, impulsó y acompañó ese proceso. El Perú tiene lo necesario para hacerlo: mar, montaña y selva; recursos minerales, biológicos, forestales y energéticos; talento humano y ubicación privilegiada.

Pero necesita algo que no se compra ni se hereda: visión nacional. Necesita un Estado que planifique, una educación que prepare y una política que piense más allá del siguiente mandato. Este bloque propone justamente eso: mirar el desarrollo desde su raíz productiva, seleccionando los sectores que deben ser prioridad nacional.

El turismo, la economía del mar, el agroforestal, la minería con refinación propia, el textil, la alimentación saludable, la energía, la tecnología, la salud, la infraestructura y la seguridad no son simples rubros: son los motores del nuevo Perú.

Cada sector estratégico debe convertirse en una cadena de valor completa, desde la extracción hasta la exportación con sello nacional. El Estado no puede seguir como espectador: debe ser el gran articulador de esas cadenas productivas, uniendo ciencia,

industria, educación y financiamiento bajo una sola dirección. Porque un país que no agrega valor a su riqueza, termina agregando valor al desarrollo de otros. Y un Estado que no planifica sus sectores estratégicos, termina planificando su propia pobreza.

El desafío del Perú no está en producir más, sino en producir mejor: en dejar de vender materias primas y empezar a vender inteligencia, tecnología y producto terminado; en transformar su cobre en industria, su mar en alimento, su selva en energía sostenible y su conocimiento en innovación. Desarrollar y potenciar los sectores estratégicos, ejecutar proyectos nacionales que cambien la economía, generen empleo y devuelvan la dignidad de vivir del propio trabajo: eso es construir futuro. Porque el verdadero desarrollo no es solo crecer: es multiplicar el valor de lo que tenemos. Y el día que el Perú lo entienda, dejará de ser tierra de incautos para convertirse en tierra de oportunidades.

Sector Turismo: el país que debe creerse lo que tiene

El Perú es, sin exagerar, un museo vivo a cielo abierto. Ningún otro país concentra en un solo territorio civilizaciones milenarias, paisajes naturales de asombro y una gastronomía que el mundo entero reconoce. Y sin embargo, seguimos administrando esa riqueza como si fuera una feria improvisada. España recaudó más de ciento veinte mil millones de dólares por turismo en 2024, México superó los treinta mil millones.

El Perú, con Machu Picchu, Nazca, la Amazonía, Caral, Chan y una diversidad cultural sin paralelo, apenas bordea los cinco mil millones. El problema no es de oferta: es de gestión, de autoestima y de visión. Mientras otros países convierten cada sitio histórico en una experiencia integral, aquí el visitante encuentra aeropuertos saturados, carreteras inseguras, falta de señalización, baños inexistentes y servicios precarios. El turismo en el Perú comienza con un susto, cuando debería empezar con un asombro. Machu Picchu, joya universal, se ha vuelto símbolo de saturación y caos en lugar de gestión ejemplar. Y mientras concentraremos el

setenta por ciento del turismo en tres regiones, la Amazonía, el norte y gran parte del sur siguen siendo invisibles.

El turismo no es solo llegada de visitantes: es descentralización, empleo formal e identidad que se traduce en divisas. Cuando se desarrolla con inteligencia, articula gastronomía, artesanía, cultura digital y transporte moderno. Un turista no viene solo a ver piedras: viene a vivir historias, a saborear experiencias, a conectarse con la gente. Y eso exige un país que crea en lo que tiene. La estrategia es clara: diversificar la oferta, modernizar la infraestructura y construir un relato global. Necesitamos circuitos integrados que combinen civilizaciones antiguas con experiencias contemporáneas; museografía viva que use tecnología digital para recrear nuestras culturas; turismo amazónico sostenible que conecte ciencia, biodiversidad y aventura; y campañas internacionales que nos presenten no como paquete barato, sino como destino de clase mundial.

El turismo interno también debe ser rescatado. Es inaceptable que para millones de peruanos resulte más caro viajar dentro de su propio país que salir al extranjero. El turismo nacional es la mejor escuela de orgullo y cohesión: un país que recorre sus propios caminos aprende a cuidarlos. El Perú no puede seguir sobreviviendo de su potencial desperdiciado. El turismo debe convertirse en motor económico, pero también en espejo de identidad y autoestima. Porque un país que no es capaz de admirar, cuidar y proyectar su propia riqueza cultural y natural jamás convencerá al mundo de que vale la pena visitarlo.

Sector Economía Azul: el mar que puede darnos soberanía

El Perú tiene frente a sí uno de los mares más productivos del planeta. La Corriente de Humboldt, que baña nuestras costas, es un regalo que alimenta especies únicas y que podría convertirnos en una potencia marina mundial.

Y sin embargo, seguimos tratándolo como un charco del que solo se extrae anchoveta para reducirla a harina. Es el ejemplo perfecto de cómo un país se conforma con lo mínimo mientras tiene al alcance de la mano la abundancia.

El contraste duele. Ecuador, con un litoral mucho menor, exporta camarón por más de seis mil millones de dólares al año. Chile convirtió al salmón en un emblema nacional que supera también los seis mil millones. Vietnam, con ríos contaminados y costas menos ricas que las nuestras, factura miles de millones en acuicultura. El Perú, con el mar más privilegiado de la región, apenas supera los trescientos millones, casi todo en camarón. Es como tener una mina de oro y contentarse con vender arena.

Pero el mar peruano no es solo proteína: es biotecnología, energía, turismo, investigación científica y empleo para cientos de miles de familias costeras. Es soberanía alimentaria y también territorial, porque quien controla su mar controla su futuro. Sin embargo, seguimos permitiendo que flotas extranjeras lo depreden con impunidad, mientras el Estado mira hacia otro lado y los desembarcaderos artesanales se oxidan como monumentos al abandono.

Lo que necesitamos es transformar nuestra relación con el mar. Convertir cada puerto en un polo de desarrollo, modernizar los desembarcaderos, implementar cadenas de frío, asegurar trazabilidad y certificaciones que abran mercados globales.

Apostar por la maricultura de conchas, moluscos y peces nativos; impulsar biotecnología aplicada a algas y especies con valor farmacéutico; desarrollar turismo marino sostenible; y fortalecer la vigilancia con satélites y tecnología de punta para erradicar la pesca ilegal.

El mar no es un paisaje: es un activo estratégico. Un país que vive de espaldas al océano está condenado a ver cómo otros se llevan su riqueza. Un país que lo integra a su economía, en cambio, multiplica empleo, ciencia y orgullo nacional.

La economía azul no es un lujo ni un discurso. Es la llave para diversificar nuestro desarrollo y asegurar soberanía. El Perú tiene en su mar la despensa del futuro. La pregunta es si seguiremos reduciéndolo a harina de pescado o si, por fin, decidiremos convertirlo en industria, investigación y orgullo nacional.

Porque un país que desprecia su mar, desprecia su futuro.

Sector Agroforestal: el bosque que puede alimentar y descentralizar al Perú

El Perú no es un país agrícola cualquiera: es una potencia biológica con agua, suelos y climas capaces de alimentar a medio planeta. Con más de setenta y tres millones de hectáreas de bosques —el 57 % del territorio nacional— y valles que producen frutos que el mundo llama “superalimento”, deberíamos ser ejemplo de seguridad alimentaria y prosperidad rural. Sin embargo, cada año perdemos más de ciento cincuenta mil hectáreas de bosque sin generar riqueza, desperdiciamos agua sin sembrar futuro y seguimos importando alimentos que podríamos producir en casa.

El agroforestal no es solo una etiqueta: es la gran apuesta para descentralizar el país, generar millones de empleos y convertir nuestra biodiversidad en industria. Hoy Chile, con apenas dos millones de hectáreas de plantaciones, exporta más de cuatro mil millones de dólares en madera y derivados. Mientras tanto, el Perú, con treinta veces más superficie forestal, apenas alcanza cifras irrisorias y, para colmo, importa lo que podría producir. Esa es la medida exacta de nuestra negligencia.

Pero no se trata de llorar sobre lo perdido, sino de pensar en lo que podemos construir. Con una política seria, el bosque peruano puede transformarse en la despensa sostenible más importante de Sudamérica. Plantaciones modernas pueden abastecer a aserraderos y carpinterías de exportación. Un agro de precisión puede reducir pérdidas y multiplicar productividad. Centros de acopio y secado darán trazabilidad a cada grano de cacao, a cada quintal de café, a cada fruto amazónico. Cadenas de frío permitirán que lo que hoy

se pudre en chacras aisladas llegue al mercado con valor. Certificaciones internacionales abrirán puertas en los mercados más exigentes, y el sello “Perú” podrá convertirse en sinónimo de calidad y sostenibilidad.

No hablamos de teoría, sino de oportunidades reales. La Amazonía peruana puede convertirse en un polo de biotecnología, donde la ciencia aproveche la riqueza genética de sus plantas para producir medicinas y suplementos. La sierra, con riego tecnificado y suelos recuperados, puede dejar de depender de la lluvia y garantizar seguridad alimentaria a millones. La costa, con infraestructura hídrica eficiente, puede diversificar cultivos y sostener agroexportaciones de alto valor. Y los bosques andino-amazónicos, con manejo comunitario y trazabilidad, pueden generar madera, resinas y productos forestales que hoy importamos a precio de lujo.

El agroforestal es mucho más que chacra y tronco: es empleo digno, descentralización efectiva y seguridad alimentaria garantizada. Es la posibilidad de que los campesinos dejen de sobrevivir en la informalidad y se conviertan en protagonistas de cadenas de valor que lleguen desde la chacra hasta el supermercado global.

Lo que falta no es tierra ni agua: es visión y decisión política. Un país con casi cinco por ciento del agua dulce del planeta no puede darse el lujo de perder el sesenta por ciento de lo que distribuye antes de que llegue a la chacra.

Un país con millones de hectáreas de bosques no puede seguir exportando troncos brutos. Un país que presume de biodiversidad no puede tolerar que sus agricultores vivan empobrecidos mientras otros países convierten esa biodiversidad en riqueza.

El agroforestal debe ser nuestra gran apuesta: motor de empleo rural, base de una industria alimentaria nacional, fuente de divisas sostenibles y ancla de descentralización. Un país que alimenta bien a su gente y da valor a sus bosques no solo produce riqueza: fabrica cohesión social, orgullo y soberanía. El Perú no

tiene que inventar nada: solo tiene que decidirse, de una vez por todas, a cultivar en serio su propio futuro.

Sector Textil y Manufactura: de la fibra a la marca país

El Perú sabe tejer desde antes de que Europa aprendiera a enhebrar una aguja. Nuestros telares andinos no solo vestían cuerpos: contaban historias, transmitían símbolos y preservaban memoria. Hoy seguimos teniendo algodón Pima, considerado el mejor del mundo, y una alpaca de suavidad incomparable. Y, sin embargo, lo que exportamos en su mayoría son fibras en bruto, como si se tratara de productos anónimos, sin identidad ni valor agregado.

La paradoja es insultante. Armani, Lacoste o Hugo Boss venden camisetas hechas con algodón peruano a más de cien dólares, mientras aquí las exportamos a cinco. Cada prenda que sale del país como fibra en bruto es un negocio multiplicado por veinte en vitrinas extranjeras. No es que falte calidad: sobra. Lo que falta es decisión política para industrializar, invertir y proteger una industria que podría vestir al mundo con identidad propia.

En 2024, el sector textil y confecciones superó los mil seiscientos millones de dólares en exportaciones. Pero casi ocho de cada diez trabajadores operan en la informalidad. Tenemos talento, manos hábiles y una tradición que el mundo admira, pero hemos dejado que la precariedad sea la norma. Colombia, sin algodón Pima ni alpaca, exporta cifras similares con menos informalidad. Vietnam, sin fibras nobles, factura más de treinta mil millones de dólares en confecciones. El problema no es de recursos, sino de visión.

El Estado tiene la obligación constitucional de promover el empleo productivo, pero se ha limitado a campañas decorativas y ferias improvisadas. Sin crédito barato, sin acceso a tecnología moderna, sin trazabilidad ni certificaciones robustas, las etiquetas “Alpaca del Perú” o “Cotton Pima” terminan valiendo más que el

país que las produce. Mientras tanto, los grandes diseñadores del mundo se enriquecen con nuestra materia prima y nosotros seguimos conformándonos con exportar sacos de fibra.

Pero el textil puede y debe ser mucho más. Puede ser el sector que saque a cientos de miles de trabajadores de la informalidad, que genere empleo digno en regiones olvidadas, que conecte al pequeño productor con cadenas globales, que impulse innovación en diseño y que posicione al Perú como marca país. No se trata solo de confeccionar prendas: se trata de confeccionar identidad, orgullo y soberanía económica.

El siglo XXI ya no demanda ropa barata, sino prendas con historia, con ética y con trazabilidad. Y ahí el Perú tiene todo para brillar. Con tecnología, inversión en automatización, programas de diseño e integración entre artesanos y jóvenes creadores, el textil puede convertirse en un motor de empleo formal y descentralización.

Un país que viste al mundo con lo suyo no solo exporta moda: exporta dignidad.

Sector de Suplementos y Nutrición: de la chacra al laboratorio

El Perú está sentado sobre una farmacia natural que el mundo codicia. Camu-camu, maca, sacha inchi, quinua, yacón, aguaje, uña de gato, kiwicha... nombres que aquí suenan a chacra humilde, pero que afuera se convierten en cápsulas de treinta dólares en las góndolas de Nueva York, Tokio o Berlín. Somos un país que vende costales de polvo barato y compra de regreso bienestar empaquetado como lujo.

La contradicción es brutal. En 2023, nuestras exportaciones de maca y derivados apenas alcanzaron veintitrés millones de dólares, casi todas en forma de raíz seca o harina básica. Mientras tanto, la industria global del bienestar mueve más de seis billones de dólares y pronto alcanzará los once. Brasil y México ya superan los dos mil millones anuales en exportaciones de suplementos

gracias a políticas estatales que integraron agricultores, laboratorios y marcas. Nosotros, con la biodiversidad más rica de la región, seguimos mirando desde fuera.

Peor aún: ni siquiera nos beneficiamos en casa. El mercado interno de suplementos en el Perú movió más de seiscientos millones de dólares en 2024, y casi todo se abasteció con productos importados. No solo regalamos nuestros recursos al extranjero, también dejamos que nuestras propias familias paguen por cápsulas extranjeras lo que podríamos producir a menor costo y con identidad nacional.

La pregunta no es si tenemos recursos, sino por qué no hemos dado el salto del saco a la cápsula, de la chacra al laboratorio. Lo que falta no es biodiversidad, sino decisión política. Nos sobran plantas con potencial, pero nos faltan laboratorios certificados con Buenas Prácticas de Manufactura, cadenas de acopio y secado que preserven los principios activos, plantas de encapsulado y envasado que conviertan el polvo en producto terminado, y una estrategia de certificaciones que nos abra mercados globales.

No hablamos de ciencia ficción, hablamos de pasos concretos: laboratorios de clase mundial vinculados a universidades públicas; créditos productivos de COFIDE y Agrobanco para pequeños agricultores; incentivos tributarios que alivien a las empresas emergentes hasta que generen utilidades; certificaciones orgánicas, de comercio justo y GMP que respalden cada producto; y marcas país que se vendan en el extranjero como hoy se venden la quinoa boliviana o el açaí brasileño.

Pero este sector no es solo un negocio. Es también política social y de salud. El artículo 7 de nuestra Constitución establece que todos tienen derecho a la protección de la salud. ¿Qué mayor protección que garantizar suplementos accesibles para combatir la anemia, mejorar la nutrición infantil y prevenir enfermedades crónicas? Industrializar nuestros recursos nutracéuticos no es un lujo moderno: es un deber ético y una herramienta de justicia social.

El Perú no puede seguir siendo la chacra medicinal del mundo. Tenemos que pasar de la raíz al laboratorio, del saco a la

cápsula, de la tradición a la industria. Otros países ya lo hicieron con éxito; nosotros seguimos esperando. Pero el reloj corre.

O convertimos nuestra biodiversidad en soberanía nutricional e industria exportadora, o confirmamos, una vez más, que somos expertos en regalar el futuro.

Sector Minería y Energía: de exportar piedras a fabricar futuro

El Perú no necesita otra lista de lamentos: ya sabemos que fuimos guaneros sin industria, mineros sin refinerías y gasíferos sin petroquímica. Esa historia quedó clara en capítulos anteriores. El desafío ahora es otro: decidir cómo transformar lo que tenemos bajo tierra en industrias que sostengan nuestro futuro.

La minería peruana es un gigante dormido. Bajo nuestros pies yace uno de los cofres más grandes del planeta en cobre, hierro, plata, zinc, oro y uranio. Pero seguimos entregando el subsuelo a especuladores: más de cuarenta y tres mil concesiones, de las cuales el ochenta y cinco por ciento permanece sin exploración ni explotación real. Mientras tanto, las fundiciones que podrían darle valor al cobre o al hierro brillan por su ausencia, y cada barco que sale con mineral en bruto es una oportunidad menos de empleo industrial.

La energía es otro espejo de la contradicción. Ya no basta con indignarse por Camisea: la verdadera discusión es qué hacer a partir de hoy. Exportar gas barato y comprar fertilizantes caros es un sinsentido que debe terminar. El país necesita plantas petroquímicas que conviertan el gas en insumo agrícola e industrial, redes de gas doméstico que lleguen más allá de Lima y Callao, y un marco legal que garantice que antes de pensar en exportar se asegure el abastecimiento interno.

No se trata de estatizar ni de repetir errores, sino de aplicar lo que otros países ya hacen con éxito. Chile combina participación estatal con clústeres de proveedores que hoy exportan servicios mineros al mundo. Noruega convirtió sus rentas de gas en un fondo

soberano que financia pensiones y ciencia. Bolivia renegoció contratos para elevar su participación estatal por encima del cincuenta por ciento.

El Perú puede y debe ir más allá. Fundiciones y refinerías nacionales que permitan que el cobre salga como planchas, cables y aleaciones listos para la industria. Plantas de acero que aprovechen nuestro hierro y reduzcan la dependencia importadora. Petroquímicas y fábricas de fertilizantes que blinden la agricultura y abaraten los costos de producción.

Clústeres tecnológicos mineros donde universidades, SENATI y empresas estatales formen ingenieros y técnicos en automatización, geología digital y metalurgia avanzada. Y, sobre todo, una reforma del régimen de concesiones: quien no produce, pierde. Cada título debe estar georreferenciado en un catastro público digital accesible a todos.

El litio, ya analizado en detalle en capítulos anteriores, debe recordarnos que el tiempo no perdona. O lo convertimos en baterías y conocimiento, o confirmamos que no aprendimos nada de nuestra historia.

La minería y la energía no deben ser solo ingresos fiscales o cifras de exportación: deben convertirse en los motores que financien ciencia, tecnología e innovación para todos los sectores estratégicos del país. Un país que funde y transforma en casa no solo vende más caro: compra independencia. Y el Perú, tras dos siglos de postergaciones, ya no puede seguir hipotecando su futuro en barcos ajenos.

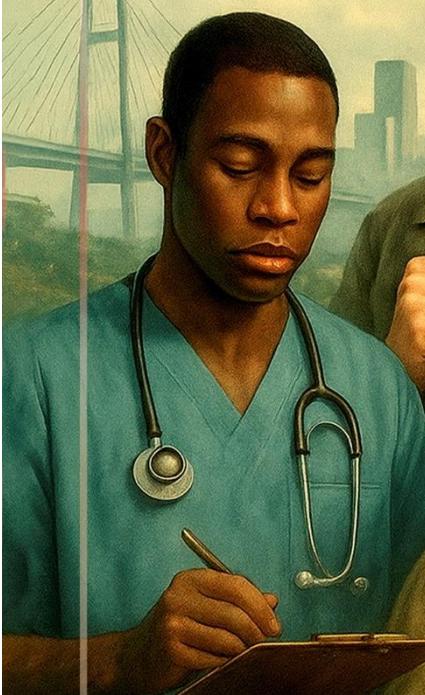
Sectores Habilitadores

Todo país que avanza lo hace sobre una base sólida, no sobre promesas. El progreso no nace de un solo sector, sino del equilibrio entre muchos que se conectan como engranajes. Entre ellos existen algunos que, sin generar titulares, sostienen todo lo demás: infraestructura, tecnología, salud y seguridad. Son los cimientos silenciosos sobre los que se levanta la economía, la productividad y

LOS SECTORES HABILITADORES

SALUD

SEGURIDAD



LOS SECTORES HABILITADORES: INFRAESTRUCTURA, TECNOLOGÍA, SALUD Y SEGURIDAD SON LA BASE DEL DESARROLLO REAL. SIN ELLOS, NO HAY FUTURO QUE SE SOSTENGA; CON ELLOS, TODO EL PAÍS AVANZA.

SALUD

SEGURIDAD

TECNOLOGÍA

la esperanza. Cuando una carretera no llega, una idea tampoco llega..

Cuando la tecnología no se aplica, el talento se desperdicia. Cuando la salud se descuida, el futuro se debilita. Y cuando la seguridad se pierde, todo lo construido se derrumba. Estos sectores no son complementos, son condiciones. Sin ellos, ningún plan turístico, agrícola o industrial podrá sostenerse; con ellos, cualquier proyecto puede florecer. Por eso los llamamos sectores habilitadores: porque permiten que los demás respiren, crezcan y se multipliquen. El Perú necesita entender que fortalecer estos pilares no es un gasto, sino una inversión en estabilidad y dignidad.

Un país con caminos seguros, energía propia, hospitales modernos y tecnología al servicio del ciudadano no depende de nadie: se gobierna a sí mismo. Porque solo cuando las bases funcionan, los sueños pueden despegar. Y cuando los sectores habilitadores están en marcha, todo el país comienza a moverse en la misma dirección: hacia el desarrollo real, sostenible y propio.

Infraestructura: cuando construir es dar futuro

El Perú puede tener los mejores planes de turismo, agricultura o minería, pero sin carreteras, energía y conectividad digital, todo se queda en discursos. La infraestructura no es un sector más: es el sistema nervioso del desarrollo. Si falla, los demás se paralizan; si funciona, todo florece. Hoy vivimos atrapados en una paradoja cruel: regiones con potencial inmenso aisladas por trochas destruidas, hospitales modernos sin agua ni energía, colegios con pizarras nuevas pero sin internet, y productores que pierden su cosecha porque no existe cadena de frío que los conecte al mercado. El país no tiene aún los caminos ni los constructores suficientes para su propio desarrollo.

Una carretera rural no es solo asfalto: es la diferencia entre un niño que estudia y otro que abandona. Una planta de agua no es solo concreto: es el fin de una enfermedad que se hereda. Una red de fibra óptica no es solo cables: es la llave del conocimiento global

para un pueblo que aún enseña con tizas partidas. Y una ferrovía minera no es solo fierro: es soberanía industrial, el salto de exportar piedras a exportar progreso.

Las cifras son un espejo incómodo. El Perú invierte en infraestructura apenas 3.5 % del PBI anual, cuando la CAF recomienda un mínimo de 5 %, y países como Chile, Vietnam o Corea del Sur superan el 6 o 7 %. Pero la verdad es más dura: de ese 3.5 %, la mitad se pierde entre sobrecostos, adendas y corrupción. Nos endeudamos para seguir subdesarrollados. Pagamos el doble o el triple por obras que cuestan la mitad en otros países, y muchas veces sin que terminen. El resultado es perverso: gastamos más, pero avanzamos menos.

El caso de la Carretera Interoceánica Sur es la herida más visible de esa enfermedad. Proyectada en 890 millones de dólares, terminó costando más de 2 000 millones, y con el mantenimiento proyectado durante su vida útil, el país terminará pagando más de 5 000 millones de dólares por una vía que en gran parte está subutilizada o deteriorada. Una obra que prometía integración continental terminó como símbolo de desintegración moral. El Perú pagó dos veces por un puente que nunca cruzó.

Algo similar ocurre con el Oleoducto del Gas de Camisea, un proyecto que nació como promesa de soberanía energética y terminó convertido en símbolo de dependencia y saqueo. Fue firmado originalmente durante el gobierno de Alan García, con un costo proyectado de 1 300 millones de dólares, pero el contrato fue anulado y vuelto a firmar en el gobierno de Ollanta Humala como un supuesto proyecto público, con un valor inflado que ascendió a 7 300 millones de dólares. Lo que debía ser la gran arteria energética del sur se transformó en un túnel de sobrecostos, adendas y favores políticos.

Y si algo faltaba para completar el retrato de la impunidad, ahí está la Refinería de Talara. Nació en el 2008 con un presupuesto de 1 200 millones de dólares, pero tras años de adendas,

renegociaciones y ampliaciones, ya supera los 6 500 millones. Lo que debía ser el motor de la modernización energética se convirtió en el pozo sin fondo de Petroperú. Una obra pública que fue manejada como privada: sin control, sin transparencia y sin responsables.

Aunque el país posee el 5 % del agua dulce del planeta, más de tres millones de peruanos siguen sin acceso a agua potable segura. En el 2023, solo el 37 % de hogares rurales tenía conexión a internet, frente al 70 % en Chile y Colombia. Somos un país que se ahoga en abundancia mientras reparte escasez.

Pero la corrupción no solo roba dinero: roba tiempo. Cada adenda firmada es un año de atraso; cada sobrecosto, una escuela que no se construye; cada comisión, un hospital que no abre. En el Perú, la corrupción tiene mejor logística que el Estado. No estamos subdesarrollados por falta de recursos, sino por exceso de intermediarios.

Porque lo vuelvo a decir con claridad: si seguimos contratando a empresas privadas para construir y comprar materiales a los precios que hoy se pagan, ni multiplicando por diez nuestras Reservas Internacionales Netas (RIN), que hoy superan los 87 130 millones de dólares, alcanzará para construir la infraestructura necesaria que haga posible el desarrollo del país. No hay presupuesto que resista un modelo donde el robo está normalizado y la eficiencia es excepción. El Perú no necesita gastar más, necesita gastar bien.

Por eso se hace no solo urgente, sino inevitable, la creación de una Empresa Nacional de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura Pública. Una entidad estatal moderna, con gestión técnica, transparente y descentralizada, que asuma la ejecución directa de las obras estratégicas del país y devuelva al Estado su capacidad de construir por sí mismo. Una empresa donde la ingeniería y el mérito pesen más que los contratos, y donde cada sol invertido signifique una obra terminada, útil y vigilada por todos.

Junto a ella debe surgir una Empresa Nacional de Materiales de Construcción e Infraestructura, destinada a producir cemento, acero, tuberías, componentes eléctricos y todo lo necesario para edificar el país a precios justos, eliminando la dependencia de monopolios que inflan costos y paralizan proyectos. Con ello, el Perú no solo ahorrará recursos: recuperará su dignidad productiva.

Porque este es, sin ambigüedades, el único camino real para concretar las obras que harán posible el desarrollo. Ninguna nación se construyó alquilando su futuro. El Perú no puede seguir pagando fortunas a quienes lo mantienen detenido. Si el Estado no recupera el derecho de construir su propio país, no quedará país que construir.

Tecnología, Innovación e Inteligencia Artificial: el motor olvidado

Cada día el mundo despierta con una nueva máquina. Nosotros seguimos dormidos entre papeles, sellos y decretos que datan de otra era. Mientras las fábricas se automatizan, las ciudades se digitalizan y los algoritmos redibujan el empleo, el Perú sigue atrapado en un sistema que parece diseñado para administrar el siglo pasado. Es como pretender competir en una carrera de autos montados sobre caballos cansados.

La inteligencia artificial ya no es ciencia ficción: decide rutas logísticas, diagnostica enfermedades, escribe contratos y hasta predice el delito. Y sin embargo, aquí el Estado aún archiva documentos en carpetas manila y evalúa expedientes con calculadoras de bolsillo. El mundo corre a velocidad cuántica, pero el Perú sigue revisando papeles con lapicero azul.

El Banco Interamericano de Desarrollo (2023) estima que hasta el 53 % de los empleos en América Latina podrían transformarse por la automatización. El Fondo Monetario Internacional (2024) proyecta que el 17 % de los trabajos actuales está en riesgo inmediato. En un país donde más del 70 % de la población labora en la informalidad, el golpe sería doble: tecnología

sin red de protección. El problema no es que los robots nos quiten el trabajo; es que no tenemos un solo robot propio.

Pero el retraso no es tecnológico, es mental. El Perú sigue pensando como país consumidor en un mundo que solo respeta a los que producen. Compramos software extranjero como si fuera oxígeno y exportamos ingenieros como si fueran sobrantes. Contratamos consultoras para que nos digan cómo usar herramientas que nuestros propios técnicos podrían haber diseñado. Así se alquila el futuro.

Sin embargo, el país tiene con qué levantarse. Posee juventud, creatividad, biodiversidad que inspira biotecnología, historia que alimenta inteligencia cultural y universidades que podrían convertirse en centros de innovación mundial si dejaran de ser fábricas de títulos. Pero la inversión en ciencia y tecnología no llega ni al 0.15 % del PBI, mientras Corea del Sur destina más del 3 % e Israel cerca del 5 %. La distancia no es tecnológica, es política. Un Estado que no financia conocimiento no se gobierna: obedece.

El atraso también es cultural. Tenemos ingenieros que emigran porque aquí no hay espacio para desarrollar lo que saben. Tenemos inventos que no se patentan y tesis que duermen en anaqueles. Mientras el mundo entrena técnicos en robótica, mecatrónica y automatización, nosotros seguimos formando electricistas para reparar máquinas que ya nadie fabrica. Somos un país que exporta talento porque no sabe incubarlo.

La dependencia tecnológica es la nueva forma de colonia. Quien no controla sus algoritmos, obedece los de otros. La soberanía digital no es un lujo moderno: es defensa nacional. Los datos son el nuevo oro y el Perú los entrega gratis. No hay independencia posible en un país que alquila servidores extranjeros para custodiar su información.

No se trata de inventar ministerios ni de llenar oficinas de burócratas. Se trata de usar lo que ya existe y hacerlo funcionar. El CONCYTEC puede articular polos regionales de innovación junto a universidades públicas y gobiernos locales. El SENATI ya forma miles de técnicos en automatización, pero necesita integrarse a

clústeres productivos. El Ministerio de Educación puede comenzar capacitando docentes en pensamiento digital y robótica educativa, para que los niños aprendan a programar antes de salir de primaria. Y la Presidencia del Consejo de Ministros, a través de su Secretaría de Gobierno Digital, debe liderar la aplicación de inteligencia artificial en el Estado: en salud para reducir colas, en justicia para priorizar expedientes, en tributación para combatir la evasión y en seguridad para anticipar el delito.

El mundo no nos va a esperar. Corea del Sur pasó de la pobreza a exportar más de 680 mil millones de dólares en bienes tecnológicos. India genera 190 mil millones en servicios digitales y más de cuatro millones de empleos formales. Chile, con su agencia CORFO, incubó más de mil startups en pocos años. Nosotros seguimos rogando a empresas extranjeras que nos alquilen drones o que nos instalen sensores para semáforos.

La tecnología no es un sector más: es el motor que multiplica todos los demás. Un agro competitivo necesita sensores, automatización y trazabilidad. Una minería soberana requiere robótica de precisión y software propio. Un turismo de alto impacto demanda plataformas digitales que integren cultura y experiencia. Una salud moderna no se concibe sin telemedicina, algoritmos y expedientes digitales. Una seguridad efectiva exige vigilancia inteligente, cámaras conectadas y análisis predictivo. Cada avance tecnológico es también una vacuna contra la dependencia.

El artículo 14 de la Constitución ordena al Estado promover el desarrollo científico y tecnológico. No es un consejo: es un mandato. Incumplirlo es renunciar al futuro. La robótica, la biotecnología y la inteligencia artificial no son fantasía: son la frontera que separa a los países que fabrican su destino de los que lo alquilan.

Doctrina para la transformación tecnológica nacional:

1. Educación digital obligatoria desde primaria, con programación y robótica básica.
2. Inteligencia artificial aplicada a los servicios públicos críticos: salud, justicia, tributación y seguridad.

3. Transferencia tecnológica obligatoria en todos los contratos de gas, cobre y litio.
4. Polos tecnológicos descentralizados en universidades públicas.

5. Creación de un fondo de innovación con participación estatal y privada, supervisado por la Contraloría.

El Perú tiene talento, instituciones que podrían funcionar y recursos si renegocia con dignidad sus contratos de gas, cobre y litio. Lo que le falta no es dinero, sino decisión política y confianza en sí mismo. Porque un país que no apuesta por la tecnología, apuesta por su propio atraso. Y el atraso, en el siglo XXI, no es ignorancia: es autodesprecio organizado.

El día que el Perú decida fabricar su propio futuro, dejará de temerle al progreso. Y cuando eso ocurra, ningún algoritmo extranjero volverá a escribir su destino.

Salud: Diagnóstico al Costo, Dignidad sin Margen

En el Perú, enfermarse es una ruleta: algunos compran su salud, otros la pierden esperando turno. La salud no debería depender del tamaño de un bolsillo, sino del valor de una vida. Debería ser un pilar firme, no un privilegio que se compra. Pero aquí, enfermarse se parece más a caminar sobre una cuerda floja: si tienes dinero, te atienden; si no, esperas. Y esperar, en este país, a veces cuesta la vida.

El sistema sanitario peruano es una paradoja: clínicas privadas que cobran precios imposibles y hospitales públicos saturados, sin medicinas ni personal suficiente. Entre ambos extremos, millones de peruanos quedan atrapados en un limbo de resignación. Un país que no diagnostica a tiempo, que no previene, que no cuida a sus niños ni protege a sus comunidades, no está enfermo: está condenado.

El problema no es médico, es estructural. En el Perú, el gasto público en salud apenas llega al 2.3 % del PBI, la mitad del promedio latinoamericano. Los laboratorios privados fijan precios

que hasta quintuplican el costo real de una prueba, y los hospitales estatales colapsan entre colas, burocracia y equipos obsoletos. La salud no colapsó por falta de dinero, sino porque fue entregada a la lógica del negocio. Lo rentable le ganó a lo justo.

Por eso, la respuesta no puede seguir siendo parches ni discursos compasivos. Se necesita una política con estructura, inteligencia y justicia. De esa urgencia nace un proyecto que no promete milagros, pero sí una transformación real: la Red Nacional de Laboratorios Clínicos al Costo.

Su principio es simple: solo se cobrará el costo real de cada prueba, sin sobreprecios, sin márgenes ocultos y sin intermediarios que conviertan la salud en negocio. En los casos prioritarios —como la anemia infantil y las enfermedades crónicas—, los exámenes serán completamente gratuitos, con seguimiento mensual y control digital permanente. Porque el derecho a saber qué te enferma no debería depender del dinero, sino del Estado que te protege.

Esta red permitirá que los exámenes clínicos estén al alcance de todos, con un valor único reconocido en los establecimientos públicos y privados. Así, ninguna persona pagará más por una misma prueba, sin importar si la realiza en una posta de salud o en una clínica. Los resultados se integrarán automáticamente a una Historia Clínica Nacional Digital, enlazada al DNI del paciente, lo que eliminará duplicaciones absurdas y garantizará que cualquier médico autorizado acceda a la información en tiempo real, en cualquier parte del país. La salud dejará de ser una carrera entre oficinas: será un sistema interconectado que funcione.

Pero el alcance de esta red no termina en el laboratorio. También se realizarán análisis ambientales —de agua, aire y suelo— para identificar zonas afectadas por contaminación minera, industrial o urbana. La información será pública y servirá para anticipar brotes, proteger comunidades y sancionar a quienes destruyen la salud colectiva. Cada dato será una herramienta de prevención y justicia.

Además, la infraestructura técnica será la base de una Red Nacional de Tele consulta Médica. Con diagnósticos accesibles y digitalizados, pacientes de zonas rurales podrán acceder a especialistas sin tener que viajar cientos de kilómetros. En un país donde el tiempo también mata, la distancia ya no puede ser una condena.

Este proyecto no compite con el sector privado ni reemplaza al público: llena el vacío brutal que existe entre ambos, ese que hoy decide quién vive y quién no. Cobrar al costo no es una medida administrativa: es una reforma moral. Es decirle al país que la salud no es una mercancía.

Ejes para una Reforma Sanitaria Justa:

1. Diagnóstico accesible y digital para todos los niveles de atención.
2. Prevención prioritaria en infancia, embarazo y comunidades rurales.
3. Integración público-privada bajo supervisión estatal de costos reales.
4. Historia clínica única nacional vinculada al DNI.
5. Supervisión ciudadana y auditoría en tiempo real.

La experiencia internacional lo respalda. Japón apostó hace décadas por la salud preventiva y la digitalización, y hoy tiene uno de los sistemas más eficientes del mundo. Costa Rica, con mucho menos presupuesto que el Perú, construyó una red sólida basada en atención primaria y laboratorios públicos accesibles. Dinamarca, Finlandia y Alemania integraron laboratorios estatales a plataformas digitales únicas, reduciendo costos y garantizando equidad. Nosotros seguimos discutiendo si la salud es un gasto o una inversión.

La Red Nacional de Laboratorios Clínicos al Costo recoge lo mejor de esas experiencias y lo adapta a la realidad peruana. No se trata de curar únicamente a los que ya están enfermos, sino de detectar a tiempo, prevenir con inteligencia y proteger con justicia. Un país que diagnostica temprano ahorra recursos, tiempo y vidas.

Y esta no es solo una política sanitaria: es una cuestión de soberanía. Un país que no produce sus diagnósticos ni controla sus datos de salud no es independiente: es clínicamente dependiente. La soberanía médica empieza cuando cada ciudadano puede ser diagnosticado en su propio suelo, con tecnología nacional, a un costo justo y con dignidad.

Cuando esta red esté operativa, la salud dejará de ser un privilegio y volverá a ser un derecho. Un niño en la sierra, una madre en la selva o un trabajador en la costa podrán acceder a un diagnóstico sin ruina económica ni abandono. Porque un país que diagnostica a tiempo no solo salva vidas: se salva a sí mismo. La salud no se mide en camas ni en presupuestos, sino en la decencia de una nación que no deja morir a su gente por falta de laboratorio.

Seguridad Nacional

La inseguridad ya no se mide en cifras: se mide en el miedo con el que se vive. Está en el comerciante que baja su reja antes del anochecer, en la madre que espera un mensaje de su hijo al llegar, en el joven que mira dos veces antes de guardar el celular. La violencia dejó de ser noticia: se volvió rutina. En los primeros meses de 2025 se registraron más de 1.200 homicidios, un aumento superior al 20 % respecto al año anterior. Las denuncias por extorsión superaron las 11.000 solo entre enero y mayo, con un crecimiento del 22,5 %. En Lima, la extorsión subió 50 %, y en promedio cada cuatro horas un peruano es asesinado. Mientras tanto, la minería ilegal financia mafias armadas, la tala criminal devora bosques, el narcotráfico penetra comunidades y las redes de extorsión dominan barrios enteros. El mapa del delito es el nuevo mapa del abandono.

Las fronteras son porosas y las calles, zonas grises donde el Estado llega tarde o simplemente no llega. El crimen avanza porque el poder se ausentó; la ley retrocede porque la autoridad se rindió. Lo que el país enfrenta no es solo delincuencia: es una crisis de soberanía interna. Estas cifras no son estadísticas frías: son el retrato de una república sitiada. Y cuando la seguridad se derrumba,

todo lo demás cae detrás: la escuela, el hospital, el empleo, la esperanza. Sin seguridad, no hay economía que aguante ni democracia que funcione.

La seguridad no es un lujo: es el punto de partida de toda civilización. Un país que no puede garantizar la vida de su gente no está gobernado: está ocupado. El Perú ya no puede darse el lujo de vivir a la defensiva. Ha llegado el momento de recuperar el control, reconstruir el orden y convertir la seguridad en una política de Estado. Porque cuando el Estado protege, la Nación respira. Y cuando la Nación se protege a sí misma, comienza de nuevo.

Seguridad: cuando proteger también es construir

La seguridad no es reacción: es estructura, planificación y autoridad. No basta con patrulleros ni discursos; se necesitan decisiones firmes que devuelvan el control al Estado y desmantelen el poder del crimen organizado. La seguridad moderna se gana con inteligencia, tecnología y presencia real.

1. Identidad digital y control tecnológico: la primera línea de defensa

Un país que no sabe quién entra ni quién opera dentro de su red digital pierde la guerra sin pelearla. Países como India, Corea del Sur o Singapur lo entendieron: cada chip, cada línea, cada acceso digital está vinculado a una identidad biométrica.

El Perú ya cuenta con esa tecnología gracias a RENIEC; lo que falta es decisión política. Toda línea telefónica y servicio digital deberá activarse con identificación biométrica obligatoria. Todo ciudadano extranjero deberá registrarse para circular en el país. El anonimato es el refugio del crimen; la identidad digital, su antídoto.

2. Control migratorio y sanción efectiva: el Estado que hace respetar sus reglas

Ingresar ilegalmente al país dejará de ser un trámite y pasará a ser un delito con sanción real. Se penalizarán conductas como prostitución callejera, microtráfico, préstamos extorsivos y venta de bienes robados.

El extranjero detenido podrá optar por expulsión inmediata con

prohibición permanente de reingreso. Si retorna ilegalmente, enfrentará condena inmediata. La frontera dejará de ser un portón giratorio: será una línea que se respeta.

3. Campamentos fronterizos y expulsión efectiva: cerrar el portón giratorio

Para que las normas no se conviertan en papel mojado, el Estado instalará centros de control y cárceles de tránsito cerca de las fronteras. Allí se realizarán procesos biométricos, audiencias rápidas y decisiones firmes: salida o condena.

Habrá condiciones humanas básicas, pero también autoridad. El que respeta la ley es bienvenido; el que la desafía, enfrenta consecuencias reales.

4. Presencia real del Estado en zonas abandonadas

Donde no hay Estado, manda el crimen. Recuperar territorio no se trata solo de enviar patrullas, sino de instalar servicios: escuelas seguras, puestos médicos, fibra óptica, cuarteles modulares y vigilancia inteligente.

Cada presencia estatal en una zona olvidada debilita a las mafias que se alimentan del abandono. Volver visible al Estado es la primera victoria sobre la sombra.

5. Fuerzas Armadas con rol dual: proteger y construir

El Comando Conjunto no solo debe custodiar fronteras, sino también levantar infraestructura estratégica en regiones vulnerables. No se trata de militarizar el país, sino de hacerlo presente.

Las Fuerzas Armadas pueden y deben ser el brazo de reconstrucción nacional: construir carreteras, represas, redes eléctricas y puentes donde el mercado no llega. Un soldado que edifica, además de defender, multiplica el poder del Estado.

6. Blindar fronteras con tecnología nacional

Los siete mil kilómetros de frontera no se controlan con discursos. Se controlan con drones fabricados en el país, sensores, radares y patrullas mixtas integradas a centros de comando.

El Perú no necesita importar toda su defensa: puede construirla. Blindar con tecnología nacional no solo protege el territorio, también protege el presupuesto y la dignidad.

7. Inteligencia integrada y anticipación del delito

El Estado no puede seguir actuando como archipiélago. Se necesita un Centro Nacional de Inteligencia Integrada que una en tiempo real la información militar, policial, migratoria y tributaria.

La inteligencia moderna no dispara: previene. Anticipar el delito es la forma más civilizada de derrotarlo. Cuando el crimen reacciona y el Estado se adelanta, el miedo cambia de bando.

8. Cárceles visibles y de régimen fuerte

Las prisiones no pueden seguir siendo oficinas del crimen. Se construirán centros de régimen fuerte, lejos de las ciudades, con control digital y administración sin corrupción. El modelo no busca castigar con crueldad, sino recuperar autoridad. Cuando el Estado controla sus cárceles, el crimen pierde su centro de mando. La disciplina vuelve a ser sinónimo de justicia.

9. Vigilancia inteligente, alumbrado estratégico y seguridad compartida.

La oscuridad es aliada del delito. Cada poste de luz y cada cámara deberán colocarse con sentido estratégico. Las grabaciones públicas y privadas se integrarán a una red nacional.

En casos de robo, extorsión o sicariato, la autoridad podrá acceder de inmediato a las imágenes. El alumbrado inteligente no es un lujo: es una muralla de luz contra el miedo.

La seguridad, entendida así, deja de ser un asunto policial y se convierte en política de Estado. Es la estructura que sostiene todo lo demás. Un país sin seguridad no educa, no produce, no sueña. Proteger también es construir: escuelas, industrias, fronteras, tecnología y esperanza. Un país que se defiende con inteligencia, disciplina y decisión no solo sobrevive: se levanta. Y cuando se levanta, nadie vuelve a ponerlo de rodillas.

Restaurar aviones en vez de comprar

Un país que depende de otros para defenderse no es libre: es cliente. Por eso, la decisión no es solo entre reparar o comprar, es entre recuperar soberanía o hipotecarla por décadas. Restaurar

nuestra flota aérea cuesta ciento cincuenta millones de dólares y se realiza en dieciocho meses. Comprar nuevos aviones significa tres mil quinientos millones y seis años de espera antes de que nuestros pilotos siquiera los vuelen. Seis años en los que el cielo estaría desprotegido y los delincuentes, tranquilos.

Pero no se trata de un parche barato. La restauración la realiza la propia empresa fabricante, junto con una compañía india que ha modernizado aeronaves del mismo modelo con éxito comprobado: sistemas de navegación, radar, aviónica, armamento, autonomía de vuelo. No hablamos de reparar un museo, sino de actualizar máquinas de guerra al nivel del siglo XXI.

Cada avión restaurado es menos dependencia, menos demora y más fuerza real. Es ingeniería, tecnología y empleo peruano trabajando codo a codo con aliados técnicos. Mientras otros firman contratos que tardan años en dar frutos, el país podría recuperar capacidad operativa en menos de dos. En seguridad nacional, no gana el que espera: gana el que decide a tiempo.

La restauración de los aviones es el primer paso hacia algo más grande: una

Industria nacional de drones de defensa y desarrollo

La seguridad no se mendiga: se construye. Y cuando un país tiene cimientos, no necesita pedir permiso para levantarse. El Perú no parte de cero: tiene músculo, talento y estructura. Lo que le faltaba no era capacidad, sino decisión.

El país cuenta con FAME, con SIMA Perú, con su propia empresa de diseño aeronáutico y con un cuerpo técnico y militar que ya está en planilla del Estado. Ahí están los ingenieros, los técnicos, los pilotos y los especialistas. No hay que inventarlos: ya existen. Solo esperan que el país deje de comportarse como cliente y empiece a actuar como dueño.

El siguiente paso es acelerar con inteligencia. No necesitamos décadas para ponernos al día. Con una alianza estratégica, una startup extranjera aportará tecnología y experiencia, mientras el Perú pondrá su estructura, su talento y su propósito. La fábrica no se levantará con discursos, sino con planos, tornillos y manos peruanas.

La inversión saldrá de un giro inteligente: del ahorro que produce no comprar aviones nuevos. Una parte irá a esta industria de drones; otra, a la planta nacional de baterías de litio —fuente de nuestra autonomía energética—; y el resto, al gran proyecto de fertilizantes, clave para la soberanía alimentaria. Tres proyectos que se alimentan entre sí. Tres motores que pueden reconfigurar la economía del país.

Se construirá una planta estatal de ensamblaje y diseño de drones adaptada a nuestra geografía: modelos de largo alcance para la Amazonía, de precisión para la costa y tácticos para zonas urbanas. La fuerza laboral saldrá de las Fuerzas Armadas, ingenieros civiles, universidades técnicas y técnicos que ya trabajan para el Estado. No se fabricará para la foto, sino para vigilar y defender. Cada dron en el aire será un centinela que no duerme.

Esta industria tendrá un doble filo: defensa y desarrollo. Servirá para proteger fronteras, pero también para monitorear cultivos, vigilar bosques, detectar desastres naturales y reforzar la seguridad ciudadana. La misma tecnología que defiende al país servirá también para cuidarlo.

Cuando la producción esté consolidada, el Perú dejará de ser comprador y pasará a ser proveedor. Exportará tecnología propia a la región. Lo que hoy compramos caro, mañana se venderá con sello nacional. Y cada dron fabricado aquí será una lección de independencia.

Un país que fabrica sus alas no espera a que otros lo defiendan. El Perú ya tiene la gente, las empresas y la capacidad. Lo único que no puede seguir faltando es coraje. Este proyecto no es un plan técnico: es una declaración de independencia tecnológica.

Es el momento en que dejamos de firmar cheques a otros para empezar a construir futuro aquí.

Porque los drones no son solo máquinas: son la señal de que un país decidió dejar de gatear y empezar a volar por cuenta propia. Y cuando un país aprende a volar, nadie vuelve a ponerle cadenas.

Industria Nacional de Luminarias y Cámaras de Seguridad: luz que protege y vigila

No hay desarrollo posible en un país que camina a oscuras. La seguridad empieza cuando la noche deja de ser un territorio enemigo y se convierte en un espacio de confianza. Eso ocurre solo cuando hay luz, vigilancia y un Estado que decide fabricar su propio destino. Por eso, más que comprar, el Perú debe construir. Y no se trata solo de cemento o acero: se trata de inteligencia, electrónica y soberanía tecnológica.

La propuesta es directa: construir una industria nacional de luminarias y cámaras inteligentes mediante una asociación equilibrada entre el Estado y una startup con tecnología validada. Ellos ponen el conocimiento, la ingeniería y el diseño; nosotros aportamos territorio, licencias, infraestructura y una parte del capital inicial. La planta funcionará íntegramente en suelo peruano, porque ningún país conquista independencia tecnológica si necesita talleres extranjeros para iluminar sus propias calles.

Esta sociedad no tendrá clientes ni proveedores, sino socios con una misión compartida: que la seguridad también sea industria nacional. A cambio, el Estado obtendrá lo esencial: prioridad en la compra de los equipos al costo real de fabricación, con una utilidad máxima del diez por ciento. Sin sobreprecios, sin intermediarios, sin “asesores” que inflan cifras. La ganancia no estará en vender caro, sino en producir más, emplear más y expandir la tecnología peruana a cada rincón del país. Cuando la empresa obtenga utilidades, el capital estatal se recuperará primero, y luego la asociación continuará en igualdad de condiciones.

La alianza no busca fabricar y desaparecer, sino permanecer. Por eso incluirá una cláusula innegociable: el socio tecnológico garantizará piezas, repuestos y soporte técnico por un mínimo de cinco años desde la fabricación de cada lote. Ningún equipo quedará obsoleto por falta de componentes, ni dependeremos de importaciones caprichosas. Si algo se rompe, se repara aquí. Si un software se actualiza, se hace aquí. Si un diseño mejora, se perfecciona con ingenieros peruanos.

A partir del segundo año, al menos un treinta por ciento de la producción de módulos y repuestos se trasladará al territorio nacional. Cada luminaria y cada cámara se convertirá en una escuela viva: un espacio donde los técnicos aprendan, fabriquen y dominen la tecnología que protege al país.

Con este modelo, la seguridad deja de ser gasto y se transforma en inversión industrial. El Perú dejará de depender de catálogos extranjeros y tendrá una planta capaz de abastecer sus propias ciudades e incluso exportar con sello nacional. Cada poste fabricado aquí será trabajo peruano; cada cámara, una herramienta de justicia.

Porque un país no se protege solo con policías o leyes, sino con industria, inteligencia y luz. Donde hay luminarias hechas en casa, hay empleo y orgullo. Donde hay cámaras conectadas a una red soberana, hay prevención y confianza. Y donde el Estado y la empresa privada se asocian con propósito, hay futuro.

Esa es la visión: dejar de alquilar seguridad y empezar a construirla. Que la noche peruana vuelva a ser un lugar donde los niños jueguen sin miedo y los delincuentes sientan que el país los observa. Que cada farola encendida y cada cámara vigilante recuerden que esta vez la República decidió no comprar su tranquilidad, sino fabricarla con sus propias manos.

Proyectos Estratégicos

El Poder de Decidir Nuestro Propio Destino

Toda nación que alcanzó el desarrollo tuvo un instante de revelación. Un momento en que dejó de esperar que otros la salvaran y comprendió que el futuro se construye con las propias manos. Japón lo entendió tras su destrucción total: apostó por la ciencia, la industria y la educación técnica, y en apenas una generación pasó de la ruina a la excelencia. Corea del Sur hizo lo mismo: con planificación y disciplina convirtió su pobreza en poder tecnológico. Y China, que durante siglos fue subestimada, se levantó sobre el acero, la energía y la infraestructura que decidió fabricar por sí misma. Cada uno de esos países comprendió algo que el Perú aún tiene pendiente: el desarrollo no se compra ni se alquila; se produce. No existe independencia verdadera mientras dependamos de barcos extranjeros para alimentar nuestra tierra o de empresas foráneas para encender nuestra energía.

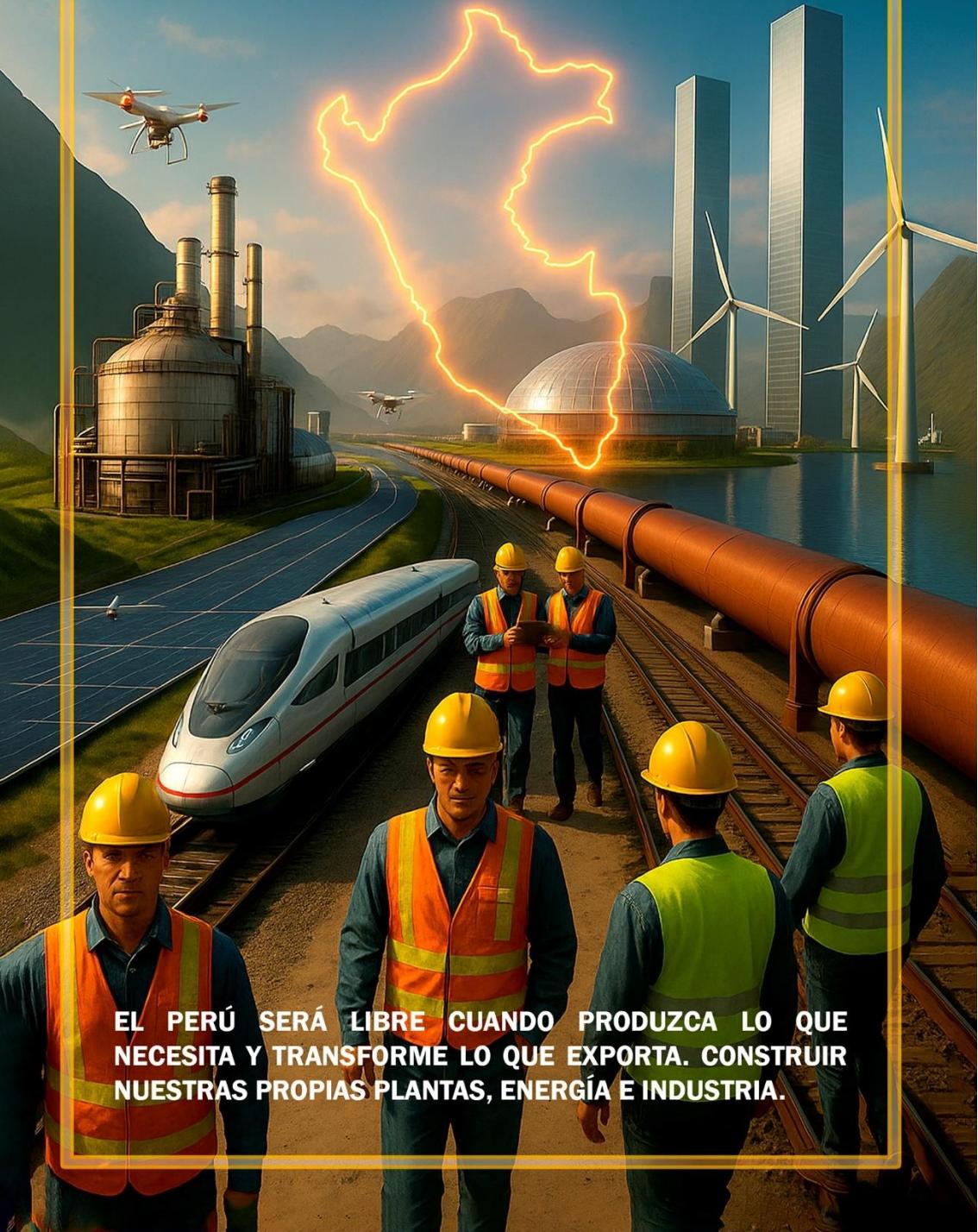
Durante décadas hemos vivido vendiendo lo que otros transforman. Extraemos minerales, gas y fosfatos que se van en bruto, mientras importamos fertilizantes, combustibles, maquinaria y hasta alimentos que podríamos producir nosotros. Somos una nación que exporta riqueza y compra pobreza. Y cada año, con cada contrato mal negociado o cada planta que no construimos, seguimos pagando el precio de esa dependencia: el precio de no haber creído lo suficiente en nosotros mismos.

Pero la historia ofrece a los pueblos una segunda oportunidad, y la nuestra ha llegado. El Perú tiene hoy en sus manos la posibilidad de cambiar su destino a través de proyectos estratégicos, aquellos

que no solo resuelven un problema puntual, sino que transforman la estructura completa de la economía. No hablamos de simples obras públicas: hablamos de motores capaces de encender toda una nación.

Porque hay decisiones que valen más que mil discursos, y una de ellas es construir lo que el país necesita para crecer. El Perú ya

PROYECTOS ESTRATÉGICOS



EL PERÚ SERÁ LIBRE CUANDO PRODUZCA LO QUE NECESITA Y TRANSFORME LO QUE EXPORTA. CONSTRUIR NUESTRAS PROPIAS PLANTAS, ENERGÍA E INDUSTRIA.

identificó sus sectores productivos, pero ahora debe dar el siguiente paso: crear las fábricas, las plantas y la energía que les permitan florecer. Ese es el salto entre la intención y la acción, entre la dependencia y la soberanía.

Dos grandes proyectos encarnan ese salto histórico: La planta nacional de fertilizantes, que usara los fosfatos de Bayóvar y el gas de Camisea, que convertirán nuestros recursos minerales y gasíferos en independencia agrícola. Y el triángulo del sol, el viento y las baterías de litio, la combinación perfecta para generar energía limpia, abundante y barata, capaz de reducir hasta en un 45 % el costo eléctrico de la industria peruana.

Estos proyectos no son sueños ni utopías: son decisiones posibles, medibles y rentables. Cada tonelada de fertilizante producida en suelo peruano alimentará la tierra y la dignidad del campesino. Cada kilovatio generado con nuestro sol y nuestro viento moverá fábricas, talleres y hogares. Cada batería de litio ensamblada en Puno será una chispa de soberanía energética que ilumine el futuro.

Son proyectos que crearán industria, empleo y conocimiento. Pero, sobre todo, son actos de autoestima nacional. Porque un país que se atreve a fabricar lo que consume y a transformar lo que exporta deja de ser un mendigo de sus recursos y empieza a ser el arquitecto de su propio destino.

En el fondo, esta etapa no se trata solo de economía: se trata de fe. Fe en la capacidad del peruano para construir, innovar y liderar. Fe en que el progreso no está en el extranjero, sino en el talento que labra nuestra tierra, en la mente que diseña nuestras fábricas y en la energía que nace de nuestro propio sol.

Porque el día que el Perú entienda que puede producir su propio futuro, ese día no solo cambiará su economía: cambiará su historia.

Primer proyecto: Planta Nacional de Fertilizantes

Pocos países tienen, en su propio suelo, los elementos para fabricar su independencia. El Perú los tiene: fosfatos y gas natural. En Bayóvar duerme una de las mayores reservas de roca fosfórica del continente; en Camisea, la energía que podría encender toda una revolución industrial. Pero los hemos tratado como simples mercancías para exportar, no como cimientos para construir poder. Ha llegado la hora de corregir ese error histórico.

El proyecto **Planta Nacional de Fertilizantes del Perú** nace con un propósito claro: transformar lo que hoy vendemos barato en una industria que multiplique su valor y devuelva dignidad al trabajo nacional. Unirá los fosfatos del norte con el gas del sur, integrando recursos que el país siempre tuvo, pero que nunca hizo dialogar entre sí.

En Bayóvar (Piura) se levantará una planta de purificación de fosfatos, donde la roca —que hoy se vende como polvo sin valor agregado— será tratada químicamente hasta convertirse en insumo de alta pureza. Esa transformación marcará el inicio de una nueva era industrial. Desde la selva sur, el gas de Camisea recorrerá más de 350 kilómetros a través de un ducto de 32 pulgadas, transportando la energía que alimentará el complejo nacional de fertilizantes en Marcona (Ica). Allí, la ingeniería peruana combinará gas y fosfatos para producir urea, amoníaco, ácido fosfórico y fertilizantes compuestos, con una capacidad inicial de millones de toneladas al año.

No será un conjunto de obras dispersas, sino un **sistema nacional integrado de producción**, donde Bayóvar, Camisea y Marcona funcionen como una máquina única al servicio del país. Con esta red industrial, el Perú podrá producir el noventa por ciento de los fertilizantes que utiliza y, con importaciones puntuales de insumos especializados, cubrir el ciento por ciento de la demanda nacional.

El cambio no será solo técnico: será económico y moral. Hoy, al exportar fosfatos en bruto y comprar fertilizantes

terminados, el país pierde hasta quince veces el valor real de su propio recurso. Por cada dólar que obtiene vendiendo roca, paga quince importando el producto final. Con esta planta, esa ecuación se invierte: el Perú deja de financiar industrias extranjeras para construir la suya. Cada tonelada que antes salía como piedra volverá multiplicada en valor, empleo y conocimiento.

El impacto será inmediato. Los fertilizantes producidos en casa reducirán los costos de siembra, estabilizarán precios agrícolas y blindarán la seguridad alimentaria. Ninguna crisis global ni conflicto externo podrá volver a detener la producción del campo peruano. La agricultura volverá a depender del esfuerzo de sus agricultores, no de la cotización de un barco extranjero.

Esta planta será mucho más que un complejo químico: será el **corazón industrial del desarrollo peruano**. Allí donde antes hubo abandono y polvo, habrá ciencia aplicada, empleo calificado y orgullo nacional. No será un gasto, sino la inversión más rentable del siglo.

Porque un país que transforma sus recursos no solo gana dinero: gana respeto. Y quien fabrica su alimento, fabrica su destino. Esta vez, el destino será nuestro.

Costo de tener una industria de fertilizantes propia

Este proyecto no es un sueño desmesurado. Es una obra técnicamente viable, económicamente razonable y estratégicamente impostergable. Consiste en construir un ducto de treinta y dos pulgadas, una planta de purificación de fosfatos en Bayóvar y un gran complejo nacional de fertilizantes en Marcona, con capacidad inicial para tres millones de toneladas al año y espacio para crecer hasta diez.

A diferencia de los megaproyectos privados —que inflan costos y reparten comisiones en cada contrato— esta obra será ejecutada directamente por el Estado, utilizando su propio músculo técnico: las empresas públicas, las unidades de ingeniería de las

Fuerzas Armadas, SIMA y los organismos especializados. El personal ya cobra sueldo y tiene estructura operativa. No hay que pagar utilidades a terceros ni “gerencias” decorativas.

La inversión total estimada para materiales, equipos y tecnología especializada asciende a **2 500 millones de dólares**. Ese monto cubre tres frentes: la adquisición e instalación del ducto de gas de 32 pulgadas y 350 kilómetros, con válvulas industriales y sistemas de compresión; la planta moderna de purificación y molienda de fosfatos en Bayóvar, capaz de transformar la roca cruda en insumo limpio de alta pureza; y el equipamiento completo del complejo de Marcona, con plantas de amoníaco, urea, ácido fosfórico, DAP y MAP, además de instrumentación, redes eléctricas y control SCADA industrial.

Al ser el Estado quien construye, el costo se reduce hasta **cinco veces** respecto a un consorcio privado. No habrá intermediarios que encarezcan la obra ni adendas que tripliquen el presupuesto, como ocurrió con la Interoceánica o la refinería de Talara. Aquí, cada dólar irá a acero, válvulas, tecnología y futuro productivo.

La participación extranjera se limitará a lo indispensable: proveer tecnología y capacitar al personal peruano en procesos críticos. Todo lo demás —construcción, montaje, soldadura, integración de sistemas— lo ejecutará mano nacional. Así, una inversión de 2 500 millones generará infraestructura que al sector privado le costaría entre diez y doce mil millones y que, además, dejaría al país endeudado por décadas. Aquí no habrá deuda ni tutela: el gas es peruano, el fosfato es peruano, la infraestructura será peruana y la ganancia también.

Este proyecto no es solo una planta; es una **decisión de soberanía económica**. Demuestra que, con inteligencia, planificación y unidad, el Perú puede construir por sí mismo lo que durante años se nos hizo creer imposible. Con 2 500 millones de dólares bien invertidos —no regalados— el país asegura fertilizantes propios, energía propia y desarrollo propio.

A esta infraestructura estratégica se sumará una nueva generación de entidades productivas del Estado: unidades técnicas de ejecución directa, diseñadas para fabricar, ensamblar y operar infraestructura clave. No serán oficinas, sino motores industriales. Su existencia marcará el paso del Estado contratista al Estado constructor.

Es posible que el costo final se ajuste según las especificaciones y volúmenes exactos, pero cualquier incremento será transparente y plenamente justificado: todo se comprará directamente a fabricantes, sin sobreprecios ni comisiones ocultas. Cada dólar se traducirá en acero tangible, tecnología funcional y capacidad instalada.

El futuro no se alquila: **se construye**. Y cuando un país aprende a construir lo que necesita, deja de ser cliente y empieza a ser dueño de su destino.

Fosfatos, gas y la obligación de construir nuestras plantas

El Perú vive una paradoja que se ha vuelto costumbre: estar sentado sobre riquezas inmensas y, aun así, seguir siendo un país pobre. Nuestros recursos han sido entregados una y otra vez en contratos que favorecen a las empresas y castigan al Estado con las sobras. Con los fosfatos de Bayóvar y el gas de Camisea, esa historia se repite con precisión quirúrgica.

En Camisea, el abuso fue grotesco. El contrato del Lote 56 permitió descontar los costos de licuefacción, transporte, seguros y financiamiento antes de calcular la regalía. Según OSINERGMIN y la Contraloría, esos descuentos inflaban hasta un 85 % del valor exportado, reduciendo al mínimo la parte que correspondía al país. El resultado es indignante: de más de sesenta mil millones de dólares exportados desde 2010, el Perú apenas recibió cuatro mil trescientos millones. En sencillo, de cada cien dólares, las empresas se quedaron con noventa y tres, y al Estado le arrojaron siete.

Con los fosfatos de Bayóvar ocurre lo mismo. El Estado recibe apenas un tres por ciento en regalías; sumando canon e impuestos, nunca supera el siete. De cada millón de dólares en fosfatos exportados, el país se queda con treinta o setenta mil. El resto, se evapora hacia cuentas extranjeras.

La planta nacional de fertilizantes cambiará radicalmente esa ecuación. Hoy el Estado capta entre cinco y siete por ciento del valor exportado; con una cadena productiva completa podría captar hasta quince veces más. En lugar de recibir cincuenta mil dólares por cada millón exportado, el país podría quedarse con seiscientos o setecientos mil. No hablaremos de limosnas, sino de recursos suficientes para financiar salud, educación, agricultura e infraestructura sin pedir prestado.

Estos casos son el retrato más claro de lo que significa ser una tierra de incautos: tener recursos colosales y aceptar las sobras. Son la consecuencia de contratos mal diseñados, de políticos complacientes y de un Estado que renunció a defender lo suyo.

Por eso, la construcción de la planta nacional de fertilizantes no es una opción: es una obligación histórica. Ningún político honesto puede oponerse a que el Perú deje de mendigar lo que le pertenece y empiece a transformarlo en riqueza propia. Con estas plantas, el país dejará de ser exportador de piedras y moléculas baratas para convertirse en fabricante de fertilizantes que alimenten su agricultura, su industria y su soberanía.

Esta planta no es solo una fábrica: es una frontera moral. Marca el punto donde el país decide si sigue repitiendo la historia de oportunidades perdidas o si, por fin, empieza a escribir la historia de una nación soberana.

Agua, clima y tierra: el potencial dormido de nuestra agricultura

El Perú no es solo un país minero o gasífero: es, sobre todo, una potencia agrícola que aún no despierta. Pocos lugares del planeta reúnen la combinación de recursos naturales que habita en

nuestra geografía. Tenemos cerca del cinco por ciento del agua dulce renovable del mundo, un tesoro estratégico que escasea incluso en las naciones más ricas. Y somos, además, una rareza climática: veintiocho de los treinta y dos climas del planeta conviven en nuestro territorio, convirtiendo al Perú en un laboratorio natural capaz de producir desde arroz en la costa hasta quinua en la puna y frutas tropicales en la selva.

Pero esa abundancia permanece dormida. Grandes extensiones de tierra siguen improductivas o rinden apenas la mitad de su verdadero potencial. ¿La razón? Los agricultores no acceden a fertilizantes suficientes ni a precios justos. Con los precios internacionales disparados, muchos siembran con miedo: aplican la mitad de lo necesario y cosechan la mitad de lo posible. Así, la pobreza rural no es un castigo natural, sino el resultado de un sistema que nunca le dio al agricultor las herramientas para prosperar.

Aquí es donde la planta nacional de fertilizantes cambia la historia. Con producción propia, el Estado puede garantizar precios estables y accesibles, permitiendo aplicar la dosis correcta y restaurar los suelos degradados. El efecto sería inmediato: los rendimientos agrícolas se elevarían en todo el país. Una hectárea de papa podría aumentar su producción entre un diez y un cuarenta por ciento, dependiendo del suelo y la zona; y resultados similares se observarían en cultivos como arroz, maíz, café, quinua y hortalizas. No solo aumentaría la rentabilidad del agricultor, sino que la productividad nacional crecería sin necesidad de ampliar la frontera agrícola. En otras palabras, el Perú podría producir más alimentos sobre las mismas hectáreas, con menor costo y mayor eficiencia.

Pero no se trata solo de mejorar lo que existe, sino de ampliar la frontera agrícola. Con fertilización adecuada, gestión del agua e infraestructura de riego, podríamos transformar desiertos en campos fértiles. Brasil lo hizo en el Cerrado —una sabana ácida e infértil— gracias a la ciencia y los fertilizantes. China, con menos agua por habitante que nosotros, reverdeció desiertos enteros. ¿Por

qué el Perú, con más agua, más sol y mejores suelos, sigue dejando que sus ríos mueran en el mar sin regar nada?

La contradicción es brutal: un país con agua, suelos y climas privilegiados termina importando alimentos básicos. No porque la tierra no pueda, sino porque el Estado nunca la ayudó a producir.

Con fertilizantes nacionales, el Perú podría duplicar su producción agrícola en una década, garantizar alimentos más baratos y convertirse en exportador neto de granos, frutas y proteínas. No se trata de una utopía, sino de usar con inteligencia lo que ya tenemos: agua, clima, ciencia y decisión política.

El Perú es un gigante dormido. Sus ríos, sus suelos y sus climas esperan desde hace siglos que alguien los despierte. Y ese despertar no llegará con discursos ni subsidios pasajeros, sino con decisiones estratégicas como construir la planta nacional de fertilizantes, que devuelvan a la tierra lo que necesita para producir con toda su fuerza.

Pero ningún país puede despertar del todo si depende de la energía ajena para moverse, ni de otros para encender sus fábricas. Así como debemos fertilizar nuestra tierra, debemos también encender nuestro desarrollo. Y el Perú tiene todo para hacerlo: el sol del sur, el viento del norte y el litio de los Andes. Con ellos no solo podremos sembrar más, sino también alimentar una nueva industria nacional.

Lo que el sol ilumina y el viento impulsa puede convertirse en energía, y esa energía —si es nuestra— puede transformar el país. De la tierra que produce al cielo que ilumina, el desarrollo es un solo camino: el de una nación que decide, por fin, despertar.

Red Nacional de Centros de Valor Agregado y Maquila Agroalimentario

Durante décadas, el Perú ha repetido la misma frase: que el campo es la base de la nación, que sin agricultores no hay país. Pero las palabras, por sí solas, nunca sembraron nada. Esa promesa se

convirtió en una deuda moral con nuestros agricultores, una deuda que se renueva en cada cosecha porque el Estado nunca les garantizó crédito accesible, transferencia tecnológica ni programas reales de innovación que mejoren la productividad y la calidad de sus cultivos. Mientras otros países invierten para modernizar su campo, nosotros seguimos dejando que el talento de nuestros agricultores dependa del clima, la suerte y la resignación.

El Perú no puede seguir exportando alimentos en bruto ni dependiendo de otros para procesar lo que aquí abunda. Por eso debe crearse la **Red Nacional de Centros de Valor Agregado y Maquila Agroalimentario**, concebida como una infraestructura pública descentralizada que transforme la producción agrícola, ganadera y pesquera en empleo digno, industria local y orgullo nacional.

Cada región contará con centros de maquila diseñados según su especialización productiva y su identidad territorial. Allí, la papa y la quinua del altiplano se convertirán en harinas y hojuelas; el cacao y el café de la selva, en barras y granos listos para exportar; los lácteos, en quesos y mantequillas regionales; los productos marinos, en conservas y filetes empacados al vacío. Cada zona del país industrializará su riqueza natural, fortaleciendo las economías locales y diversificando la producción nacional.

Estos centros no tendrán fines de lucro. Solo cobrarán el costo real de operación, para que los pequeños y medianos productores puedan acceder al servicio sin intermediarios ni abusos. Su función será temporal y solidaria: acompañar el proceso de industrialización rural hasta que las cooperativas y asociaciones sean autosuficientes. Cuando eso ocurra, el Estado deberá retirarse, habiendo cumplido su rol de formador y promotor del desarrollo.

Cada centro contará con el acompañamiento técnico de universidades e institutos especializados en agronomía, ingeniería alimentaria, biotecnología y gestión industrial. Este vínculo asegurará que la innovación llegue al campo y que los procesos productivos estén en constante mejora. Los centros dispondrán además de alojamiento para estudiantes y practicantes, quienes

aprenderán todo el proceso productivo, desde la selección de la materia prima hasta el empaquetado final. Así, la red se convertirá en un gran sistema nacional de aprendizaje, donde el conocimiento deje de acumularse en oficinas y empiece a sembrarse en la tierra.

El personal será seleccionado por mérito y productividad, bajo estándares internacionales de eficiencia y control. La cantidad de trabajadores y su rendimiento serán comparados con los centros más exitosos del mundo, para asegurar que el Perú no solo produzca más, sino mejor. La transparencia, la medición y la mejora continua serán los pilares de su gestión.

Este modelo permitirá aprovechar al máximo la producción local, reducir el desperdicio, estabilizar precios y elevar los ingresos del agricultor. Lo que hoy se vende como materia prima se convertirá en productos terminados con marca, presentación y destino comercial. Además, una política nacional de promoción impulsará estos productos en los mercados internos y externos, con certificaciones de origen, identidad regional y campañas de orgullo productivo.

Una parte clave de esta red será la línea de **alimentos funcionales y suplementos naturales**, elaborados con insumos peruanos de alto valor nutricional —maca, kiwicha, cañihua, camu, yacón o tara— destinados a la nutrición preventiva y la salud orgánica. Estos productos podrán posicionarse en el mundo como alimentos saludables y medicina natural, bajo estándares internacionales, impulsando una nueva industria nacional basada en la biodiversidad y el bienestar.

La Red Nacional de Centros de Valor Agregado marcará un punto de inflexión en la historia económica del país. Será el puente entre el esfuerzo del campo y la prosperidad de la nación. Porque ninguna sociedad puede llamarse justa mientras sus agricultores sigan siendo pobres. Cuando el Perú pague su deuda con ellos, dejará de ser una tierra de incautos para convertirse, por fin, en una nación que alimenta su propio destino.

Segundo Proyecto: Sol, Viento y Baterías de Litio: la energía barata para crecer y encender la nueva industria del Perú

El Perú no carece de energía: carece de visión. Mientras la industria nacional paga entre 0,17 y 0,18 dólares por kilovatio hora —casi lo mismo que en Chile—, bajo nuestros pies y sobre nuestras cabezas existe un triángulo natural capaz de cambiarlo todo: el sol incansable del sur, el viento constante del norte y el litio dormido en los Andes. Si estos tres recursos se desarrollan de forma articulada, el costo de la electricidad industrial podría reducirse hasta en un 45 %, abriendo la puerta a una nueva era de industrialización soberana.

El sol: nuestra gran central invisible.

El Perú es uno de los países con mayor radiación solar del planeta. En Moquegua, Arequipa, Tacna e Ica, el cielo regala más de 300 días de sol al año, con una radiación de entre seis y siete kilovatios hora por metro cuadrado, comparable a los desiertos de Atacama o Dubái. Allí donde el mundo busca desiertos para instalar paneles, el Perú los tiene de sobra. Un mega parque solar puede construirse en solo doce a dieciocho meses —una velocidad imposible para una hidroeléctrica o una planta de gas— y producir electricidad a un costo de apenas 0,02 a 0,03 dólares por kilovatio hora. Esa energía limpia y barata puede alimentar la minería, la agroindustria y la manufactura, haciendo competitivo al país frente a cualquier mercado. El sol peruano no es solo calor: es una central invisible esperando ser encendida.

El viento: el socio nocturno que equilibra la red.

Cuando el sol se oculta, los vientos del norte —en Piura, Tumbes, Chiclayo y Trujillo— mantienen su fuerza con una regularidad admirable, superando los ocho metros por segundo. En Dinamarca, el viento ya aporta más del 40 % de la electricidad nacional; en el Perú, apenas comenzamos a explorarlo. Integrar un 30 % de energía eólica en un sistema dominado por la solar permitiría producir electricidad limpia durante la noche, estabilizar la red y reducir la dependencia de los combustibles fósiles. El sol y el viento no

compiten: se complementan. Mientras uno descansa, el otro trabaja. Esa sinergia convierte nuestro territorio en un sistema energético natural que podría operar sin interrupciones los 365 días del año.

El litio: de exportar mineral a exportar tecnología.

Producir energía limpia no basta: hay que almacenarla. Aquí entra el tercer vértice del triángulo. En Falchani, Puno, reposan más de 4,7 millones de toneladas de litio, una de las mayores reservas de Sudamérica. Este metal da vida al siglo XXI: autos eléctricos, satélites, telecomunicaciones, inteligencia artificial y redes de datos. Repetir el error histórico de exportarlo en bruto y luego importar a precio de oro la tecnología terminada sería volver a ser una tierra de incautos. El país debe construir plantas de refinación química para producir carbonato e hidróxido de litio de grado batería, fábricas de celdas y de ensamblaje, y capacitar ingenieros y técnicos en electroquímica e inteligencia energética.

El Perú ya produce cobre, hierro y estaño, los otros metales esenciales para fabricar baterías. Tenemos los ingredientes, solo falta la decisión de darles forma. Si el país transforma su litio, no venderá materia prima: venderá autonomía.

Energía barata para crecer.

Estudios de la Agencia Internacional de Energías Renovables (IRENA) y del CEPLAN coinciden: cuando esta trilogía —solar, eólica y litio— opere de forma integrada, la tarifa industrial peruana podría caer hasta los 0,10 dólares por kilovatio hora. Esa sola cifra cambia la ecuación de cualquier inversionista. Las industrias intensivas en energía —siderurgia, petroquímica, fertilizantes, centros de datos, robótica— buscan una sola condición para instalarse: electricidad barata y estable. Si el Perú logra ofrecerla, podrá industrializarse sin pedir permiso a nadie.

El camino a seguir.

Para lograrlo, el país debe establecer subastas anuales de energías renovables, modernizar su red de transmisión y crear un **Programa Nacional del Litio**, articulando universidades, empresas y Estado bajo un marco legal blindado contra la

improvisación política. El objetivo no es desplazar al sector privado, sino integrarlo en una alianza estratégica de largo plazo.

Con esa estructura, el Perú no solo reducirá su factura eléctrica: atraerá industrias de alto valor, generará empleo especializado y consolidará su soberanía energética.

El sol, el viento y el litio no son solo recursos: son un mandato histórico. Si aprendemos a integrarlos con decisión y visión de Estado, dejaremos de ser exportadores de materia prima para convertirnos en un país que produce energía, tecnología y futuro. La energía barata no es solo un logro ambiental: es la condición para crecer, diversificar la economía y encender la nueva industria del Perú.

El día que el país comprenda que puede producir su propia energía, ese día no solo cambiará su economía: cambiará su historia.

El inicio del cambio real

Hay momentos en la historia en que una nación se detiene, mira hacia atrás y comprende que no puede seguir viviendo de promesas. Que ya no basta con sobrevivir, ni con exportar lo que otros transforman, ni con aceptar que el destino de su gente dependa del precio del cobre, del gas o de la harina. El Perú está en ese punto.

Durante siglos hemos vendido lo que tenemos sin preguntarnos qué podríamos hacer con ello. Hemos sido el almacén de la riqueza ajena, la cantera del mundo y, al mismo tiempo, su cliente más fiel. Pero un país que vende lo que la tierra le da y compra lo que no fabrica, no avanza: solo gira en círculos.

El verdadero cambio no llega con discursos ni con reformas redactadas en papel. Llega cuando un pueblo decide producir lo suyo, transformar lo suyo y defender lo suyo. Ese instante —el momento en que el Perú deja de ser un exportador de materias primas para convertirse en creador de valor— será el inicio del cambio real.

Porque cuando un país fabrica sus fertilizantes, abarata su agricultura y libera a sus campesinos del yugo de los precios internacionales; cuando genera su propia energía limpia, reduce los costos de producción y permite que surjan fábricas donde antes solo había abandono; y cuando usa su litio, su cobre y su talento para construir tecnología propia, crea empleo, dignidad y futuro.

Todo se conecta. La energía alimenta a la industria, la industria a la agricultura y la agricultura a la exportación. Cada engranaje mueve al siguiente, y el país empieza a girar con fuerza propia. Eso es desarrollo: una rueda que no necesita empujones extranjeros para avanzar.

El cambio real no se decreta: se construye. Se levanta con manos peruanas, con decisiones valientes y con la convicción de que la riqueza nacional no está en lo que extraemos, sino en lo que creamos.

Y cuando esa idea penetre en la mente de nuestros gobernantes, empresarios y ciudadanos, el Perú dejará de ser un país que espera su futuro para convertirse en uno que lo fabrica.

El día que eso ocurra —cuando los recursos del Perú se transformen aquí, cuando la energía se produzca aquí, cuando la industria florezca aquí— ese día no solo habremos iniciado el cambio real: habremos iniciado el renacimiento del Perú.

El efecto multiplicador del desarrollo

Hay decisiones que valen más que mil discursos, porque no solo resuelven un problema: despiertan un país entero. Cuando una nación se atreve a construir su propio futuro —a fabricar, producir y planificar con visión— el desarrollo deja de ser un sueño y se convierte en una máquina que avanza sola, impulsada por la fuerza de sus propios engranajes.

Eso es precisamente lo que el Perú puede lograr con sus proyectos estratégicos: un efecto multiplicador capaz de transformar su economía desde la raíz.

Cuando un agricultor tiene fertilizantes nacionales a precio justo, siembra más y produce mejor. Cuando esa producción crece, aparecen las plantas de procesamiento, los transportes, los empaques, las exportaciones. Cuando las fábricas funcionan con energía barata, los costos bajan y los empleos aumentan. Y cuando el país desarrolla su propia tecnología —desde baterías hasta bioproductos— cada avance genera nuevos negocios, nuevos talentos y nuevos sueños. Un cambio jala al otro, como fichas de dominó que caen hacia el progreso.

El efecto multiplicador no es una teoría económica: es una cadena viva de prosperidad que empieza en el campo y termina en la ciudad. Si el Estado impulsa un solo sector con inteligencia, ese impulso se propaga a todo el sistema productivo. Así ocurrió en Corea del Sur cuando apostó por la tecnología, en Brasil con la agricultura científica, en Noruega con la energía y en Marruecos con los fertilizantes. Ellos eligieron un punto de partida, y desde ahí construyeron su futuro. El Perú tiene varios: el mar, los minerales, la agricultura, el sol y la ciencia. Lo que falta no son recursos, sino la decisión de encenderlos al mismo tiempo.

Imaginemos ese modelo funcionando. Las dos plantas nacionales de fertilizantes en Bayóvar y Camisea abastecen la agricultura a bajo costo. Los cultivos se multiplican, los alimentos bajan de precio, la agroindustria se fortalece y surgen empresas que producen harinas, jugos, suplementos y exportan valor. En paralelo, la energía solar y eólica reduce la electricidad industrial en un 45 %, permitiendo que fábricas de textiles, biotecnología y materiales procesen productos peruanos con precios competitivos. El litio de Puno, transformado en baterías, alimenta esa misma red eléctrica y convierte al país en proveedor de energía limpia y tecnología. Todo está conectado, y cada sector impulsa al otro.

Así se construye el nuevo Perú: uno donde la riqueza ya no se mide por toneladas exportadas, sino por valor agregado producido. Un país que no envía su litio en bruto, sino sus baterías; que no exporta uva, sino vino y pisco; que no vende pescado crudo, sino conservas y aceites de omega 3. El mismo país que hoy gasta mil millones en fertilizantes podría exportar esa misma cifra en

productos elaborados. Ese es el poder del efecto multiplicador: convertir cada sol invertido en desarrollo que se reproduce por sí mismo.

Las cifras no mienten. Con fertilizantes nacionales, energía barata y valor agregado, el Perú podría duplicar su producción agrícola en menos de una década, reducir la pobreza rural en un 30 % y generar más de un millón y medio de empleos directos e indirectos. Las agroexportaciones, que hoy bordean los 12 700 millones de dólares, podrían alcanzar los 40 000 millones anuales en diez años, y si el Estado actúa con visión, incluso antes.

Pero lo más importante no serán las cifras, sino el cambio cultural. Cuando un país empieza a fabricar lo que consume y exportar lo que produce, su gente deja de resignarse. El joven que antes soñaba con emigrar querrá innovar. El agricultor que antes sembraba para sobrevivir sembrará para competir. Y el Estado que antes gastaba, aprenderá a invertir.

Entonces el desarrollo dejará de ser una promesa y se convertirá en un hábito. Y ese día, el Perú no solo habrá crecido económicamente: habrá madurado como nación. Porque el efecto multiplicador del desarrollo no se mide en millones, sino en orgullo, en capacidad y en soberanía.

Proyecciones Económicas y Sociales del Nuevo Perú Productivo

Imaginemos por un instante al Perú dentro de una década. Un país donde los barcos ya no arriben cargados de fertilizantes extranjeros, sino que zarpan desde nuestros propios puertos con productos terminados que llevan el sello “Hecho en el Perú”. Un país donde las fábricas laten día y noche, impulsadas por el sol del sur, el viento del norte y la energía del litio que alguna vez dormía bajo la tierra. Ese es el Perú que podemos y debemos construir.

Con la puesta en marcha de la planta nacional de fertilizantes, la expansión de la energía limpia y la industrialización del litio, el país no solo cambiará su economía: cambiará su destino. Por

primera vez en siglos, los recursos naturales dejarán de ser la riqueza de otros para convertirse en el motor de nuestra propia prosperidad. El crecimiento del PBI no será una cifra abstracta, sino el reflejo de más fábricas, más campos cultivados y más familias que comen tres veces al día.

El impacto será visible en cada rincón. En la costa, la agroindustria florecerá con alimentos más baratos y exportaciones que podrían triplicarse en una década, superando los cuarenta mil millones de dólares. En la sierra, los cultivos rendirán más, la tierra volverá a ser fértil y el campesino dejará de sembrar con miedo a la pérdida. En la selva, las cadenas forestales y bioindustriales convertirán la biodiversidad en productos de alto valor, mientras la energía limpia mantendrá encendida la maquinaria del desarrollo.

Las cifras dejarán de ser promesas. Con fertilizantes nacionales, la producción de alimentos podrá crecer entre un 10 % y un 40 % por hectárea, reduciendo la dependencia externa y mejorando los ingresos rurales. Con energía barata, la industria recuperará su fuerza y generará más de un millón y medio de empleos directos e indirectos. Con valor agregado, el país ahorrará miles de millones de dólares que hoy se fugan en importaciones innecesarias. Cada punto de crecimiento será una puerta abierta: una escuela que se construye, una carretera que se termina, una familia que deja de migrar.

Pero el cambio más profundo será humano. Cuando el campesino vea que su trabajo vale, sembrará con orgullo. Cuando el joven vea futuro en su tierra, no querrá escapar del país: querrá invertir en él. Cuando el Estado deje de gastar y empiece a producir, la política dejará de ser teatro y volverá a ser servicio. Esa será la verdadera revolución: la del trabajo productivo, la del conocimiento aplicado, la del orgullo nacional.

En una década, el Perú podría generar más del 60 % de su energía a partir del sol, el viento y las baterías del altiplano. No hablaremos de dependencia, sino de autonomía. No de promesas, sino de planificación. El país tendrá la capacidad de producir su propia electricidad, fabricar sus paneles solares y ensamblar sus

baterías, formando ingenieros, técnicos y científicos que ya no buscarán irse, porque el futuro estará aquí.

Y lo más importante: aprenderemos a empezar por lo esencial. Un país verdaderamente libre es aquel que puede alimentar, vestir y cuidar la salud de su pueblo con lo que produce. La soberanía no solo se defiende con armas, sino con pan, abrigo y medicina. Cuando el Perú logre producir sus propios alimentos, su propia ropa y sus propios medicamentos, habrá conquistado la independencia que las guerras no pudieron darnos: la independencia económica, científica y sanitaria.

Mientras cultivamos y tejemos, también desarrollaremos la salud preventiva, fortaleciendo la investigación médica y farmacéutica a partir de nuestra biodiversidad. De nuestras plantas nacerán suplementos y medicamentos naturales; de nuestros laboratorios, vacunas, vitaminas y tratamientos accesibles. El Perú, tierra de biodiversidad, será también tierra de ciencia y medicina. Allí, la salud dejará de ser un lujo y se convertirá en derecho y orgullo nacional.

Entonces, los ríos ya no correrán al mar sin propósito: llevarán progreso. El viento del norte no será solo brisa, sino fuerza que mueva turbinas. El sol del sur no será solo paisaje, sino energía que encienda industrias. Y el litio del altiplano no será polvo exportado, sino baterías que alimenten el futuro.

Ese será el Nuevo Perú Productivo: el que convierte su riqueza en bienestar, su trabajo en orgullo y su soberanía en destino. El Perú que ya no espera que el desarrollo llegue desde afuera, porque lo estará fabricando desde adentro.

Los emprendedores: arquitectos de riqueza y empleo

No son los ministerios ni los partidos políticos quienes sostienen la economía diaria del país: son los emprendedores. Ellos son quienes, con un pequeño capital y un gran riesgo, levantan un taller en Gamarra, un restaurante en un barrio popular, una bodega

en la esquina o una startup digital que compite en el mundo. Mientras el Estado promete sin cumplir y la gran empresa concentra privilegios, el emprendedor crea empleo real, paga cuentas, mueve barrios enteros y demuestra que la riqueza no nace del discurso, sino de la acción.

En el Perú, más del 95 % de las empresas son micro y pequeñas, y allí se concentra la mayor parte del empleo nacional. Sin embargo, el emprendedor peruano carga con un doble peso: la informalidad que lo condena a no crecer y un Estado que lo trata más como sospechoso que como aliado. La falta de crédito justo, los trámites eternos, los impuestos mal diseñados y la ausencia de infraestructura hacen que cada paso sea cuesta arriba. Y aun así, el emprendedor no se rinde: abre su puesto en el mercado, prende su horno, enciende su máquina de coser, conecta su computadora y sigue adelante.

Pero el Perú no puede seguir dependiendo únicamente del coraje individual. El Estado debe convertirse en un verdadero promotor del emprendimiento, como lo hicieron los países que apostaron por su gente y hoy son potencias. Eso significa garantizar financiamiento accesible, ofrecer programas de capacitación constante, abrir nuevos mercados y facilitar el acceso a maquinaria moderna y tecnología productiva a través de los ministerios y las instituciones correspondientes.

Y además, se necesita algo tan básico como justo: un sistema tributario adaptado a la realidad de los pequeños negocios. No se puede exigir la contratación de un contador cuando una empresa recién empieza, no genera utilidades o incluso trabaja en pérdida. Hoy, miles de emprendedores deben pagar asesoría contable solo para cumplir formalidades, aunque no tengan ingresos. Eso no es formalidad: es castigo.

El Estado tiene la obligación de ofrecer herramientas tecnológicas gratuitas —software contable simple, plataformas automáticas y guías digitales oficiales— que permitan declarar con facilidad, sin depender de terceros. Solo cuando un negocio crezca y alcance un nivel razonable de ingresos, debería requerir un

contador profesional. Así se fomenta la formalidad sin castigar al que comienza, y la tecnología se convierte en un puente, no en una barrera.

Los emprendedores son la prueba viviente de que el Perú no carece de talento ni de coraje, sino de un Estado que los acompañe. Su papel es decisivo: generan empleo donde el Estado no llega, crean riqueza donde antes hubo pobreza, innovan donde parecía imposible. Son los arquitectos silenciosos de la prosperidad nacional.

La riqueza y el empleo no nacen de los discursos políticos: nacen del trabajo de quienes se atreven a empezar. Y si el Estado tiene la grandeza de apoyarlos con crédito justo, capacitación real, mercados abiertos, tecnología accesible, impuestos simples y herramientas digitales gratuitas, el Perú dejará de ser tierra de incautos para convertirse en tierra de creadores.

Ellos son los soldados del progreso. Cada negocio que se enciende, cada máquina que arranca, cada idea que prospera es una bandera en alto. Porque el futuro del Perú no se escribe en los ministerios: se fabrica, día a día, en los talleres, los mercados y los sueños de sus emprendedores.

El salto que debemos dar

Cada pueblo, en algún momento de su historia, llega al borde de sí mismo. Mira hacia atrás y comprende cuánto tiempo ha vivido de excusas, esperando que la suerte cambie, que alguien lo rescate, que otro haga lo que él no se atrevió a empezar. El Perú está allí: en esa línea invisible que separa lo posible de lo pendiente, la esperanza del conformismo.

Durante siglos hemos vendido lo que la tierra nos dio sin preguntarnos qué podríamos haber hecho con ello. Exportamos minerales, agua, energía, inteligencia... y compramos de vuelta el resultado multiplicado por diez. Hemos sido generosos con el mundo, pero mezquinos con nosotros mismos. Confundimos progreso con exportación, riqueza con el precio del cobre y

desarrollo con el crecimiento del PBI. Pero ninguna cifra reemplaza el orgullo de un pueblo que vive de su propio trabajo.

Hoy tenemos frente a nosotros la oportunidad más grande en doscientos años de República: convertirnos en una nación que produce lo que necesita y crea lo que exporta. El salto que debemos dar no es tecnológico ni económico: es un salto de conciencia. Pasar de ser un país que espera a ser un país que decide. De uno que sobrevive a uno que construye. De un Estado que improvisa a un Estado que planifica. De un pueblo que soporta a un pueblo que exige, propone y produce.

Ese salto no se dará con discursos, sino con decisiones. Con plantas nacionales de fertilizantes que devuelvan al campo su poder. Con energía limpia que reduzca los costos y encienda la industria. Con carreteras, puertos, ferrovías y redes digitales que unan el país entero. Con una tecnología y una inteligencia artificial que sirvan a la gente y no a los monopolios. Con una salud preventiva que evite el sufrimiento antes de que sea tarde. Con una seguridad nacional que proteja, construya y devuelva confianza a cada ciudadano. Y, sobre todo, con un Estado que entienda que gobernar no es administrar pobreza, sino sembrar prosperidad.

No se trata de soñar con otro país, sino de fabricar el que siempre debimos ser. Porque el Perú no es pobre: está desorganizado. No le falta talento: le sobra desorden. No le falta riqueza: le falta dirección.

El salto que debemos dar es dejar de esperar milagros y empezar a construir resultados. La prosperidad no se hereda ni se compra: se trabaja. Y los pueblos que lo entendieron —Japón, Corea, Finlandia, Chile— no tuvieron más suerte que nosotros: tuvieron más decisión. Si ellos transformaron carencia en poder, ¿qué no podría lograr el Perú con todo lo que posee?

El desarrollo no es una meta económica, sino una transformación moral. Es el momento en que una nación decide dejar de ser víctima para convertirse en protagonista de su historia. Cuando la educación se alinea con la producción, cuando el Estado deja de ser botín y se vuelve herramienta, cuando el trabajo se

convierte en orgullo, entonces el salto se da. Y el país ya no camina: avanza.

El Perú debe dar ese salto. De una economía que extrae a una que transforma. De una burocracia que paraliza a una administración que impulsa. De un pueblo dividido por la desconfianza a un pueblo unido por un propósito: producir bienestar, justicia y futuro.

Porque cuando un país logra alimentar, vestir y cuidar la salud de su gente con lo que produce, ya no depende del mundo: el mundo depende de él. Y el día que el Perú logre eso —que su pan, su abrigo, su medicina y su energía nazcan de su propio suelo— ese día no será solo una nación desarrollada: será una nación libre.

El salto que debemos dar está frente a nosotros. No lo dará un presidente ni un partido: lo dará el pueblo cuando despierte, cuando entienda que su poder no está en las urnas, sino en su trabajo, en su creatividad y en su unión.

El día que demos ese salto, el mundo sabrá que un pueblo que produce su propio destino jamás vuelve a ser esclavo del pasado. Y ese día, el Perú dejará de ser la tierra de los incautos para convertirse, por fin, en la tierra de los que despertaron.

“El verdadero poder no está en el cargo, sino en la decisión de cambiar la historia.”

REINGENIERÍA DEL ESTADO

DE UNA NACIÓN ADORMECIDA A UN ESTADO CONSTRUCTOR

CAPÍTULO 7



GASTAR NO ES SUFICIENTE: UN PAÍS PROGRESA
CUANDO FORMA A SU GENTE Y TRANSFORMA SU
RIQUEZA EN BIENESTAR.

CAPITULO VII

Reingeniería del Estado:

De una nación adormecida a un Estado constructor

El Perú ha vivido demasiado tiempo anestesiado por la costumbre de esperar lo que nunca llega. Dos siglos de promesas, licitaciones amañadas y proyectos que nacen muertos. Nos resignamos a sobrevivir entre sobrecostos, arbitrajes y obras eternas que se pudren antes de inaugurararse. Cada carretera cuesta el triple, cada hospital vale el doble y cada escuela se cae al poco tiempo. Pagamos fortunas por infraestructura que nunca termina, mientras millones de peruanos siguen sin agua potable, colegios dignos ni hospitales equipados.

El problema no es la falta de dinero, sino de dignidad institucional. Hemos delegado nuestra soberanía a contratistas privados, consorcios extranjeros y monopolios locales que se enriquecen con nuestra parálisis. El Estado se volvió un espectador de su propio colapso.

Ha llegado el momento de despertar. Pasar de la inercia a la acción, de la dependencia a la soberanía. De ser una nación adormecida a un Estado constructor.

Un Estado constructor no es una quimera ni una nostalgia estatalista: es una decisión de supervivencia. Así se desarrollaron Corea del Sur, Alemania, Brasil, China y Estados Unidos. Entendieron que la infraestructura era la base de su soberanía y la construyeron con disciplina, planificación y manos propias. No dependieron de contratistas que inflaban presupuestos ni de licitaciones con adendas eternas. Comprendieron que, si no construían ellos mismos, nadie lo haría por ellos.

Ese es el salto que el Perú debe dar. Crear empresas nacionales de construcción y de materiales estratégicos, capaces de ejecutar directamente carreteras, hospitales, represas, ferrocarriles y plantas de energía. No más obras que cuestan diez veces su valor ni hospitales que quedan en esqueletos oxidados. Cada sol invertido debe convertirse en infraestructura terminada, no en arbitraje internacional. Cada recurso natural debe transformarse en cemento, acero y energía que sostenga el futuro.

El despertar del Perú comienza cuando recuperemos la capacidad de construir con nuestras propias manos lo que durante dos siglos dejamos en manos de otros. Ningún país se desarrolló alquilando su futuro; todos lo hicieron edificando su destino.

Sin infraestructura no hay desarrollo

Ninguna nación se levantó sobre discursos ni promesas. Los pueblos que avanzaron no lo hicieron por retórica ni consignas, sino porque construyeron cimientos de cemento, acero y energía. La historia no deja lugar a dudas: detrás de cada potencia hubo un Estado que entendió que la infraestructura era la columna vertebral del desarrollo, el esqueleto invisible que sostiene a todo lo demás.

Alemania, tras la Segunda Guerra Mundial, reconstruyó su dignidad con concreto y rieles. Corea del Sur, que en los años cincuenta figuraba entre los países más pobres del planeta, apostó

por autopistas, puertos y plantas energéticas. Cada kilómetro construido era una arteria que irrigaba productividad, y en una generación saltaron de la miseria al liderazgo tecnológico. Estados Unidos jamás habría alcanzado su poder global sin la gigantesca inversión pública en ferrocarriles, presas y autopistas interestatales. Aquellas obras no solo integraron su territorio: crearon un mercado único que multiplicó la riqueza y cimentó su hegemonía.

El Perú, en cambio, parece empeñado en caminar con muletas. Somos un país con recursos de sobra, pero atrapado en la paradoja de tener infraestructura de país pobre. Carreteras que se desmoronan con la primera lluvia, ferrocarriles ausentes, hospitales eternamente inconclusos, colegios que se desploman al primer temblor y barrios sin agua ni desagüe. Lo que otros resolvieron hace medio siglo, aquí se discute como si fuera opcional. La falta de infraestructura no es un problema técnico: es la condena estructural que nos mantiene atados al atraso.

Invertir en infraestructura no es un gasto, es un multiplicador. Una carretera que une regiones es más comercio, menos pobreza y más oportunidades. Un ferrocarril reduce costos logísticos y conecta al agricultor con el mundo. Una planta de agua potable salva vidas y genera productividad. Detrás de cada obra bien hecha hay más tiempo para estudiar, más seguridad para viajar, más salud para vivir.

La infraestructura no es un sector más: es la maquinaria que hace posible que todo lo demás funcione. La agroindustria necesita carreteras y puertos; la minería con valor agregado requiere energía y ferrocarriles; el textil depende de logística moderna y conectividad digital; la acuicultura, de cadenas de frío y transporte eficiente. Cuando la infraestructura se despliega, cada uno de estos sectores crece, y al crecer, arrastran consigo a todo el país.

Por eso, el Perú debe recuperar su capacidad de construir. Una Empresa Nacional de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura Pública garantizará continuidad y calidad, liberando al país del chantaje de los contratistas y de las licitaciones amañadas. Junto a ella, una industria nacional de materiales estratégicos —

cemento, acero, prefabricados— romperá los monopolios que encarecen las obras y asegurará insumos a precios justos. Así se hizo en Alemania, Japón, Estados Unidos y Brasil, que levantó una capital entera en solo 41 meses gracias a la decisión estatal.

Los países que hoy admiramos entendieron una verdad simple: sin infraestructura no hay desarrollo.

Ministerios del pasado y del futuro

El Perú vive atrapado en un sistema estatal viejo y desactualizado. Mantiene ministerios que fueron creados hace casi un siglo para resolver los problemas de otra época, pero no tiene los que hoy son esenciales para el desarrollo. Algunos ya no sirven a su propósito: son estructuras vacías que se sostienen solo por costumbre política. Mientras tanto, el país sigue sin las instituciones capaces de transformar su riqueza en bienestar y su potencial en verdadero progreso.

Tenemos un Ministerio de Vivienda que administra programas mínimos, pero no un Ministerio de Infraestructura y Desarrollo Territorial que trace un plan maestro de carreteras, ferrocarriles, puertos y energía. Mantenemos un Ministerio de Energía y Minas diseñado para exportar materias primas, pero no un Ministerio de Recursos Naturales Estratégicos que mire al litio, al cobre, al gas, al agua y a la biodiversidad como pilares de soberanía. Sostenemos un Ministerio de Cultura reducido muchas veces a botín político, pero no un Ministerio de Ciencia, Tecnología e Inteligencia Artificial que prepare al país para la revolución digital.

El contraste es demoledor: sobran instituciones para los problemas del pasado y faltan para las oportunidades del presente. Así, el aparato estatal se convierte en freno, incapaz de conducir al país hacia el futuro. La reingeniería del Estado no es un capricho administrativo: es una urgencia histórica. Un Estado diseñado para 1925 no puede gobernar los desafíos de 2025. Mientras no demos ese salto, seguiremos siendo un país atrapado en su propio desorden.

DE MINISTERIOS DEL PASADO A LOS DEL FUTURO



EL ESTADO PERUANO SIGUE DISEÑADO PARA LOS PROBLEMAS DE 1925, NO PARA LOS DESAFÍOS DE 2025. SIN UNA REINGENIERÍA INSTITUCIONAL QUE LO MODERNICE, EL PAÍS SEGUIRÁ ATRAPADO EN SU PROPIO PASADO.

Menos ministerios, mejor funcionamiento

Un Estado moderno no se mide por la cantidad de ministerios que tiene, sino por su capacidad de trabajar en conjunto.

Los países que dieron el salto al desarrollo entendieron que multiplicar carteras no significa más eficiencia, sino más burocracia. La clave fue simplificar, fusionar y alinear funciones en torno a un mismo proyecto nacional.

Nueva Zelanda lo demostró al unir en un solo organismo las políticas de negocios, innovación, empleo y vivienda. Japón integró educación, ciencia y tecnología en el MEXT, y transporte, infraestructura y turismo en el MLIT, asegurando que cada obra respondiera a un plan coherente. Turquía fusionó cultura con turismo, medio ambiente con urbanismo, agricultura con bosques. En todos los casos, la fusión trajo orden, eficiencia y visión de conjunto.

La lección es simple: menos ministerios no significa menos Estado, sino un Estado más fuerte y estratégico. Un ministerio integrado tiene más poder, más claridad y más capacidad de ejecución. El Perú debe seguir ese camino: menos carteras, pero más modernas, coordinadas y diseñadas para los desafíos reales de este siglo.

Cómo decidir qué ministerios fusionar, eliminar o crear

Reorganizar el Estado no puede hacerse a ciegas ni por conveniencia política. Requiere criterios sólidos.

Primero, la utilidad concreta: una entidad solo debe existir si cumple funciones que no pueden ser asumidas por otra. Si se duplica, debe integrarse o desaparecer.

Segundo, la vigencia histórica: hay instituciones que nacieron para un país que ya no existe. Mantenerlas es como seguir usando un telégrafo en la era digital.

Tercero, la proyección futura: no basta con recortar; hay que crear lo que falta. El país necesita ministerios para ciencia, inteligencia artificial, infraestructura y recursos estratégicos.

Cuarto, la integración funcional: un ministerio no debe ser un feudo aislado, sino un engranaje que potencie a los demás. Y, finalmente, el candado ético: ningún ministerio nuevo sin justificación técnica ni control ciudadano. Ninguna cartera debe volver a ser botín político.

La Presidencia del Consejo de Ministros: el cerebro del Estado

El Estado peruano no ha fallado por falta de recursos, sino por desorden. Tenemos instituciones duplicadas, personal mal distribuido y equipos que se pierden porque nadie controla ni evalúa. La maquinaria pública se volvió lenta e ineficaz.

La Presidencia del Consejo de Ministros asumirá un nuevo rol: ser el cerebro del Estado. Su mandato será ejecutar la Reingeniería del Estado y garantizar que el aparato público funcione como un sistema único. Coordinará la sistematización de funciones, el control de resultados, la gestión del personal y la administración del equipamiento público. Cada ministerio sabrá qué hace, por qué lo hace y cómo se mide su aporte al desarrollo.

El Estado dejará de ser una caja negra para convertirse en una maquinaria visible, evaluable y transparente. No habrá más áreas saturadas y otras vacías: el personal será redistribuido con criterios de mérito y necesidad. El equipamiento público será digitalizado, evitando compras repetidas y almacenes fantasma.

La PCM, además, revisará periódicamente la estructura del Estado: qué debe fusionarse, qué debe transformarse y qué debe desaparecer. Porque gobernar no es acumular instituciones, sino hacer que las que existen funcionen.

Un país no se levanta con discursos, sino con un Estado que sirve. Sin orden no hay desarrollo, y sin desarrollo no hay República.

Ministerio de Economía, Trabajo y Producción

La economía del Perú no puede seguir viéndose como una caja registradora que recauda impuestos y paga planillas. Una economía que no produce ni genera trabajo digno es un espejismo, una estadística vacía que no cambia la vida de la gente. Por eso, este ministerio nace con un mandato claro: dirigir la economía nacional hacia la creación de empleo formal, la producción con valor agregado y el bienestar de todos los peruanos.

El primer eje será la estabilidad macroeconómica con simplicidad tributaria. El Perú no crecerá mientras su sistema fiscal sea un laberinto diseñado para los grandes estudios contables. La recaudación debe ser simple, digital y predecible, para que pagar impuestos sea un acto cívico, no un suplicio.

El segundo eje será la producción nacional. El país dejará de exportar recursos en bruto: cada materia prima deberá transformarse en industria, tecnología y empleo. Los sectores agropecuario, pesquero, minero, textil, forestal y farmacéutico trabajarán bajo cadenas de valor que integren innovación, financiamiento y capacitación. Lo que se produce en el Perú se transformará en el Perú.

El tercer eje será el trabajo digno y la inclusión productiva. La política laboral dejará de ser periférica para convertirse en el núcleo de la economía. Se impulsará la formalización, la capacitación técnica y la negociación justa. Cada empleo será medido no solo en cantidad, sino en calidad y estabilidad.

Estructura ministerial:

- Viceministerio de Economía y Finanzas Públicas: estabilidad fiscal, política tributaria y gasto eficiente.
- Viceministerio de Producción y Valor Agregado: industrialización, innovación y cadenas productivas.

- Viceministerio de Trabajo y Empleo Digno: formalización, condiciones laborales y capacitación.

Este ministerio será el corazón económico y productivo de la nación. No se limitará a publicar cifras: su éxito se medirá en hogares con ingresos dignos, en empresas competitivas y en jóvenes con futuro. Una economía que no crea trabajo no es economía: es farsa.

Ministerio de Infraestructura, Desarrollo y Ordenamiento Territorial

Ningún país se desarrolla sin infraestructura. Sin carreteras no hay agroindustria; sin ferrocarriles no hay minería con valor agregado; sin puertos modernos no hay comercio; sin energía barata no hay industria; sin agua y vivienda digna no hay ciudadanía plena.

Este ministerio será la columna vertebral del desarrollo nacional. Su tarea no será inaugurar maquetas, sino planificar, ejecutar y mantener infraestructura estratégica con visión productiva y sostenible. Integrará las funciones hoy dispersas entre Transportes, Comunicaciones, Vivienda y Agua, para que el Estado actúe como un solo cuerpo.

Cada obra deberá servir a un propósito económico y social. Las carreteras conectarán zonas agrícolas con mercados; los ferrocarriles unirán polos minero-industriales; los puertos y aeropuertos formarán parte de redes logísticas; las plantas energéticas garantizarán precios competitivos; y el agua potable será prioridad de salud pública y productividad laboral.

El ministerio también asumirá la misión de ordenar el territorio. El crecimiento caótico debe terminar. Se definirá dónde construir, cómo expandir, qué proteger y qué priorizar. Ninguna urbanización improvisada bloqueará una obra estratégica. La infraestructura nacional será tratada como interés superior de la República.

Para ello impulsará una Empresa Estatal de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura y una Empresa Estatal de Materiales Estratégicos (cemento, acero, prefabricados). Ambas garantizarán insumos justos, transparencia y soberanía constructiva.

La infraestructura será concebida como un ecosistema planificado: corredores logísticos, nodos interconectados, ciudades integradas. Todo bajo un **Plan Nacional de Infraestructura, Desarrollo y Ordenamiento Territorial** que pondrá orden donde antes hubo improvisación.

Porque un país sin caminos es un país desconectado, y un país sin orden es un país sin futuro. Quien construye su camino, construye también su destino.

El Perú no puede seguir exportando su riqueza en bruto mientras importa lo que podría fabricar. Esa es la condena del extractivismo: proveer recursos para el desarrollo ajeno y condenarse a la dependencia.

Este ministerio nacerá para romper ese ciclo. Su misión será administrar los recursos naturales con soberanía, asegurando que cada contrato beneficie al país y que el valor agregado se genere dentro del territorio nacional. Cuando sea técnica y económicamente viable, la transformación se hará aquí. Y cuando no lo sea, los acuerdos deberán garantizar condiciones justas.

Si los inversionistas no aceptan reglas equitativas, el Estado podrá asumir los proyectos con financiamiento soberano supervisado por el Banco Central de Reserva. Así, el país invertirá en su propio futuro en lugar de regalarlo.

La minería se orientará a la refinación y la metalurgia; la pesca, a la producción de alimentos, suplementos y biotecnología marina; los bosques, a cadenas de madera certificada y reforestación; el gas y el petróleo, a la generación de energía y derivados químicos de alto valor.

Estructura ministerial:

- Viceministerio de Energía y Minas: valor agregado e industrialización nacional de recursos estratégicos.
- Viceministerio Agroforestal: manejo sostenible de bosques y seguridad alimentaria.
- Viceministerio de Economía Azul: desarrollo pesquero y acuícola, biotecnología marina y sostenibilidad.

Ningún recurso saldrá del Perú sin antes preguntarnos cuánto empleo, cuánta tecnología y cuánta riqueza puede generar en nuestra tierra. La abundancia natural dejará de ser una maldición para convertirse en la base de una nueva independencia: la independencia industrial.

Ministerio de Ciencia, Tecnología, Innovación e Inteligencia Artificial

Un país que no invierte en conocimiento está condenado a depender siempre de los demás. El Perú ha pasado siglos exportando materias primas y comprando tecnología porque nunca hizo del conocimiento un eje estratégico. La ciencia y la tecnología fueron tratadas como ornamentos académicos, no como motores del desarrollo. Esa omisión nos dejó fuera de las grandes revoluciones industriales y digitales del mundo.

Este ministerio será el corazón del futuro productivo y tecnológico del país. Su misión será llevar la ciencia y la innovación a cada sector estratégico, desde la agroindustria hasta la minería, desde la salud hasta la seguridad. No se limitará a financiar investigaciones dispersas, sino que planificará el avance tecnológico como política de Estado, vinculando laboratorios, universidades, institutos y empresas en un solo ecosistema nacional de innovación.

Su acción se desarrollará en cuatro grandes ejes. El primero será la **digitalización del Estado**, con sistemas integrados y servicios inteligentes que eliminen la burocracia y conviertan la gestión pública en una plataforma de eficiencia. El segundo, la **innovación productiva**, enfocada en la investigación aplicada que

impulse el agro, la minería con valor agregado, la biotecnología y la industria azul. El tercero, la **soberanía tecnológica**, orientada a desarrollar software, hardware y sistemas propios que protejan la información nacional y reduzcan la dependencia digital. Y el cuarto, la **formación de talento**, con becas, centros de excelencia y redes internacionales que conviertan a los jóvenes peruanos en científicos, ingenieros y especialistas capaces de liderar el siglo XXI.

El ministerio integrará los esfuerzos hoy dispersos en organismos como Concytec, Indecopi (patentes), la Secretaría de Gobierno Digital y las universidades públicas asociadas, para conformar un sistema coherente de ciencia y tecnología. Cada proyecto responderá a un **Plan Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación**, con objetivos medibles y visión de largo plazo.

Porque un país que no apuesta por el conocimiento vive arrodillado ante quienes sí lo hacen. El Perú tiene que elegir entre seguir comprando el futuro o empezar a fabricarlo. Y este ministerio será el taller donde el país aprenda, por fin, a construir su propio destino digital y científico.

Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio, Turismo y Captación Estratégica

La política exterior del Perú no puede seguir siendo un ejercicio protocolar. En el siglo XXI, la diplomacia debe ser una herramienta de desarrollo, no un ritual. Por eso este ministerio unificará relaciones exteriores, comercio, turismo y captación estratégica bajo un solo objetivo: abrir al Perú al mundo, no solo para mostrarse, sino para traer conocimiento, tecnología e inversión productiva.

Cada embajada y oficina comercial dejará de ser un espacio de representación para convertirse en una antena estratégica, un radar que busque oportunidades en energías limpias, biotecnología, inteligencia artificial, agroindustria avanzada y soluciones industriales. Las sedes diplomáticas serán nodos de inteligencia económica y tecnológica al servicio del país.

El nuevo ministerio también fortalecerá la conexión con la diáspora peruana. Los millones de compatriotas que viven fuera del país no son solo migrantes: son ingenieros, científicos, empresarios y artistas que pueden convertirse en aliados del desarrollo nacional. Este ministerio tejerá redes para que ese conocimiento regrese, circule y se multiplique.

El canciller dejará de ser un diplomático de protocolo para convertirse en un gestor de oportunidades. Cada acuerdo internacional deberá traducirse en transferencia tecnológica, cada feria turística en ingresos sostenibles, cada alianza en innovación concreta.

El Perú será un país que mira al mundo con dignidad y propósito. No para pedir, sino para asociarse. No para exhibir sus paisajes, sino para ofrecer su talento. No para esperar el futuro, sino para atraerlo.

Ministerio del Interior y Defensa

Un país sin seguridad no tiene futuro. Durante décadas, el Perú trató la seguridad interna y la defensa nacional como mundos separados, debilitando su capacidad de respuesta y dejando que el crimen organizado, la extorsión y la corrupción avanzaran sin freno. Esa división llegó a su fin. Este ministerio unificará la conducción de la Policía y las Fuerzas Armadas en tiempos de paz, para que el país actúe con una sola estrategia frente a todas sus amenazas.

La misión será clara: proteger al ciudadano, asegurar las fronteras, defender la soberanía y garantizar que la ley se cumpla en cada rincón del territorio. Y para lograrlo no bastan patrullajes improvisados ni discursos de emergencia; se necesitan planes medibles, tecnología avanzada y un uso eficiente de todos los recursos humanos y materiales que ya posee el Estado.

Se implementará una plataforma de denuncia virtual cifrada que permita reportar extorsiones y delitos sin exponer la identidad del denunciante. Cada alerta activará de inmediato un protocolo nacional: rastreo de llamadas, seguimiento de pagos digitales y

análisis de redes financieras ilícitas. Así, no solo se atrapará al delincuente visible, sino a toda la estructura que lo sostiene. El dinero extorsionado ya no se perderá en la oscuridad: será rastreado, intervenido y devuelto a la justicia.

Las Fuerzas Armadas dejarán de estar relegadas en tiempos de paz. Hoy solo utilizan una parte mínima de su capacidad operativa; esa fuerza será integrada, bajo comando y preparación adecuada, a la lucha contra la criminalidad organizada y la protección de infraestructuras estratégicas. Policía y Ejército actuarán coordinados, con un mismo lenguaje táctico y una sola línea de mando.

El servicio a la patria será reconocido. Los agentes y soldados que participen en operaciones exitosas obtendrán mérito, ascenso y reconocimiento público. La carrera institucional se medirá por resultados, no por antigüedad. Servir y proteger volverá a ser motivo de orgullo nacional.

La tecnología será un arma decisiva. El país contará con drones de patrullaje, cámaras con reconocimiento facial, sistemas de inteligencia artificial para identificar patrones criminales, control biométrico en fronteras y centros de comando que integren en tiempo real información de la Policía, las Fuerzas Armadas, Migraciones, SUNAT y la Fiscalía. Un **Comando Unificado de Seguridad y Defensa** garantizará la coordinación inmediata y la respuesta rápida ante cualquier amenaza.

Pero este ministerio no actuará solo después del delito. Trabajará de forma preventiva, anticipando riesgos, fortaleciendo la educación cívica, y reconstruyendo la confianza entre la ciudadanía y sus instituciones. La seguridad no es solo patrullaje: es orden, justicia y esperanza cotidiana.

Porque la verdad es simple y definitiva: sin seguridad no hay libertad, sin defensa no hay nación y sin estrategia no hay futuro. Un Estado que protege a su gente es un Estado que finalmente aprendió a defender su destino.

Ministerio de Salud y Medio Ambiente

Un país con hospitales de maquetas, niños con anemia y ríos contaminados jamás podrá hablar de desarrollo. La salud de un pueblo y la salud de su entorno son inseparables: no hay ciudadanos productivos en ciudades enfermas ni progreso posible en un ambiente envenenado. Por eso, el Perú necesita un ministerio que una lo que nunca debió estar separado: la salud de la gente y la salud de la tierra.

Este ministerio no nacerá para administrar programas, sino para garantizar vida y dignidad. Su primera misión será cerrar la brecha de salud que condena a millones de peruanos. No más hospitales que se inauguran sin camas ni médicos. No más postas que se derrumban al primer sismo. Un **Plan Nacional de Infraestructura Sanitaria** levantará hospitales modernos y digitales, con telemedicina que llegue hasta la última comunidad de la Amazonía y la sierra.

Pero la infraestructura no basta. El gran enemigo tiene nombre: la anemia infantil, ese veneno silencioso que apaga el futuro. Cada niño con anemia es un adulto con menos aprendizaje, menos productividad y menos esperanza. Esta batalla será el corazón del ministerio: suplementación garantizada, alimentación escolar de calidad, agua potable en cada casa, seguimiento digital de cada niño y educación familiar que rompa la cadena de pobreza biológica. Un país con anemia es un país que sangra por dentro.

La salud también está en el aire que respiramos y en el agua que bebemos. Las ciudades respiran smog, los ríos arrastran residuos tóxicos y los bosques desaparecen bajo la tala ilegal. Este ministerio asumirá que cuidar el ambiente es cuidar la vida. No se trata solo de curar enfermos, sino de evitar que el país enferme: aire limpio, agua segura y suelos sanos. Cada mina, cada industria y cada proyecto serán evaluados también por su impacto en la salud de las personas.

El agua y el saneamiento dejarán de ser lujos. Ninguna familia más crecerá entre baldes y cilindros. El acceso universal al agua

potable será una prioridad nacional, con plantas de tratamiento modernas y soluciones sostenibles para cada ciudad y comunidad. Un país que lleva agua limpia a cada hogar lleva también dignidad a su pueblo.

La estrategia será preventiva y moderna: historia clínica digital única para cada ciudadano, inteligencia artificial para diagnosticar y anticipar epidemias, drones que lleven medicinas a zonas aisladas y sistemas de vigilancia ambiental que alerten en tiempo real sobre contaminación. La salud pública dejará de esperar emergencias: actuará antes, con ciencia y planificación.

Estructura ministerial:

- **Viceministerio de Salud Pública y Prevención:** responsable de anemia, nutrición, vacunación y atención primaria.
- **Viceministerio de Gestión Hospitalaria y Digitalización Sanitaria:** encargado de infraestructura, hospitales inteligentes y telemedicina.
- **Viceministerio de Medio Ambiente y Sostenibilidad:** responsable de la calidad del aire, el agua y el suelo, así como de la lucha contra el cambio climático.

Sin salud no hay economía. Sin ambiente sano no hay nación. Y sin planificación no hay futuro. Este ministerio será el escudo que proteja a los peruanos y a la tierra que los alimenta, porque cuidar la vida humana y cuidar la naturaleza es, en esencia, la misma batalla.

Ministerio de Educación y Cultura

Ninguna nación alcanzó el desarrollo sin educación. La escuela es la verdadera fábrica de futuro, y la cultura es la memoria viva que sostiene la identidad de un pueblo. El Perú, con toda su riqueza y diversidad, no puede seguir teniendo un sistema educativo que produce frustración y desigualdad, ni una cultura relegada a presupuestos simbólicos.

Este ministerio nacerá con una misión clara: formar ciudadanos capaces de construir un país moderno sin renunciar a sus raíces. La educación y la cultura no serán compartimentos estancos, sino fuerzas que se alimentan mutuamente. Educar será enseñar a pensar, a producir y, sobre todo, a amar al Perú. Porque un país que no enseña a sus niños a querer lo suyo está condenado a perderlo todo.

La educación dejará de ser una línea recta sin destino. Será una educación con propósito, diseñada según los recursos y potencialidades del territorio. En la costa, se formarán técnicos y profesionales para la pesca, la acuicultura, el turismo y la logística. En la sierra, para la agroindustria, la minería con valor agregado, la energía y el textil. En la selva, para la biodiversidad, la farmacéutica natural y la economía forestal. La escuela será el puente entre la riqueza de la tierra y las capacidades de su gente.

Pero el conocimiento sin valores no construye naciones. Este ministerio pondrá en el centro una cultura de amor por el país: respeto, honestidad, solidaridad, justicia y disciplina. Desde la infancia se cultivará no solo la mente, sino también el carácter. Educar será formar conciencia cívica, ética de trabajo y sentido de pertenencia. Servir al Perú no será un sacrificio: será un honor.

El futuro también se juega en la tecnología. La creación de software, la programación y la inteligencia artificial serán parte de la malla educativa desde la escuela. Cada niño aprenderá a programar, no para consumir tecnología extranjera, sino para crear soluciones propias a nuestras realidades. Las universidades y los institutos deberán producir conocimiento aplicado, innovación y sistemas digitales que sirvan al agro, la salud, la industria y la gestión pública. El Perú dejará de comprar su futuro: lo diseñará y lo exportará.

No más niños caminando horas hacia una escuela sin techo ni jóvenes endeudados en universidades sin calidad. Cada escuela tendrá infraestructura digna, conectividad y programas técnicos desde la secundaria. La universidad dejará de ser negocio y recuperará su vocación de excelencia: acreditación real,

investigación vinculada al desarrollo nacional y ética profesional como requisito de permanencia.

La cultura será el otro pilar. El Perú no puede llamarse país si no protege sus lenguas, sus tradiciones, sus artes y su patrimonio. La cultura no será un espectáculo para turistas, sino un derecho ciudadano y una herramienta de cohesión social. Cada región contará con espacios donde converjan educación, arte, ciencia e innovación, para que la identidad deje de ser pasado y se convierta en fuerza de futuro.

El deporte también será parte esencial. No como adorno, sino como política de salud, disciplina y ciudadanía. Cada escuela incorporará formación deportiva, y el Estado impulsará infraestructura comunitaria que enseñe a competir con nobleza y a ganar con humildad.

Estructura ministerial:

- **Viceministerio de Educación Básica y Superior:** responsable de garantizar calidad educativa desde inicial hasta universidad.
- **Viceministerio de Formación Técnica, Productiva y Tecnológica:** encargado de vincular la educación con los sectores estratégicos y promover la creación tecnológica y digital.
- **Viceministerio de Cultura y Deporte:** protector del patrimonio, promotor de las artes, defensor de las lenguas originarias y motor del deporte nacional.

La educación será el mapa del desarrollo, la cultura la brújula de nuestra identidad, los valores el cemento invisible de la nación y la tecnología el motor que nos proyectará al futuro. Porque ningún país se construye solo con recursos: se construye con conciencia, con cultura y con amor por lo propio.

Ministerio de Justicia y de la Mujer

La justicia en el Perú no puede seguir siendo un laberinto que protege a los poderosos y abandona al ciudadano común. Tampoco puede la mujer seguir enfrentando sola un Estado que llega tarde cuando sufre violencia o discriminación. Por eso, este ministerio unirá dos misiones inseparables: garantizar un sistema judicial accesible y transparente, y proteger de manera efectiva a las mujeres y poblaciones vulnerables.

En su eje de justicia, el ministerio liderará la gran reforma del sistema legal. Digitalizará los procesos judiciales, abrirá la información al escrutinio público y devolverá al ciudadano el control sobre la justicia. Cada persona podrá seguir en línea el avance de su proceso, conocer los plazos, los jueces y las resoluciones. Se fortalecerá la defensoría pública para que ningún peruano necesite dinero para encontrar justicia. Y se reformará el sistema penitenciario con enfoque de reinserción, para que la cárcel no siga siendo una fábrica de delincuencia, sino un espacio de corrección y oportunidad.

En su eje de protección de la mujer, este ministerio asumirá la lucha contra la violencia de género como una prioridad nacional. Se crearán casas de refugio seguras en cada región, líneas de atención permanente y unidades móviles de respuesta inmediata. Las fiscalías especializadas trabajarán en coordinación directa con las fuerzas del orden, de modo que una denuncia no termine archivada, sino resuelta con rapidez y firmeza. Cada caso atendido será un mensaje: el Estado no llega tarde, llega a tiempo.

Pero proteger también significa empoderar. La igualdad de oportunidades será política de Estado: acceso equitativo a educación, empleo, liderazgo y crédito. La mujer peruana dejará de ser vista como víctima: será reconocida como pilar del desarrollo nacional, eje del hogar y columna moral de la República.

Estructura ministerial:

Viceministerio de Justicia y Derechos Humanos: responsable del acceso ciudadano a la justicia, la digitalización judicial, la reforma penitenciaria y la defensa de los derechos humanos.

- **Viceministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables:** encargado de políticas de igualdad, protección frente a la violencia, inclusión social y liderazgo femenino.

Porque sin justicia no hay democracia, y sin protección a la mujer no hay futuro. Este ministerio será la voz del ciudadano frente al abuso y el escudo de las mujeres frente al silencio. Hará realidad lo que durante siglos se prometió: que en el Perú la ley valga igual para todos y la dignidad no tenga género.

Los nuevos motores del desarrollo

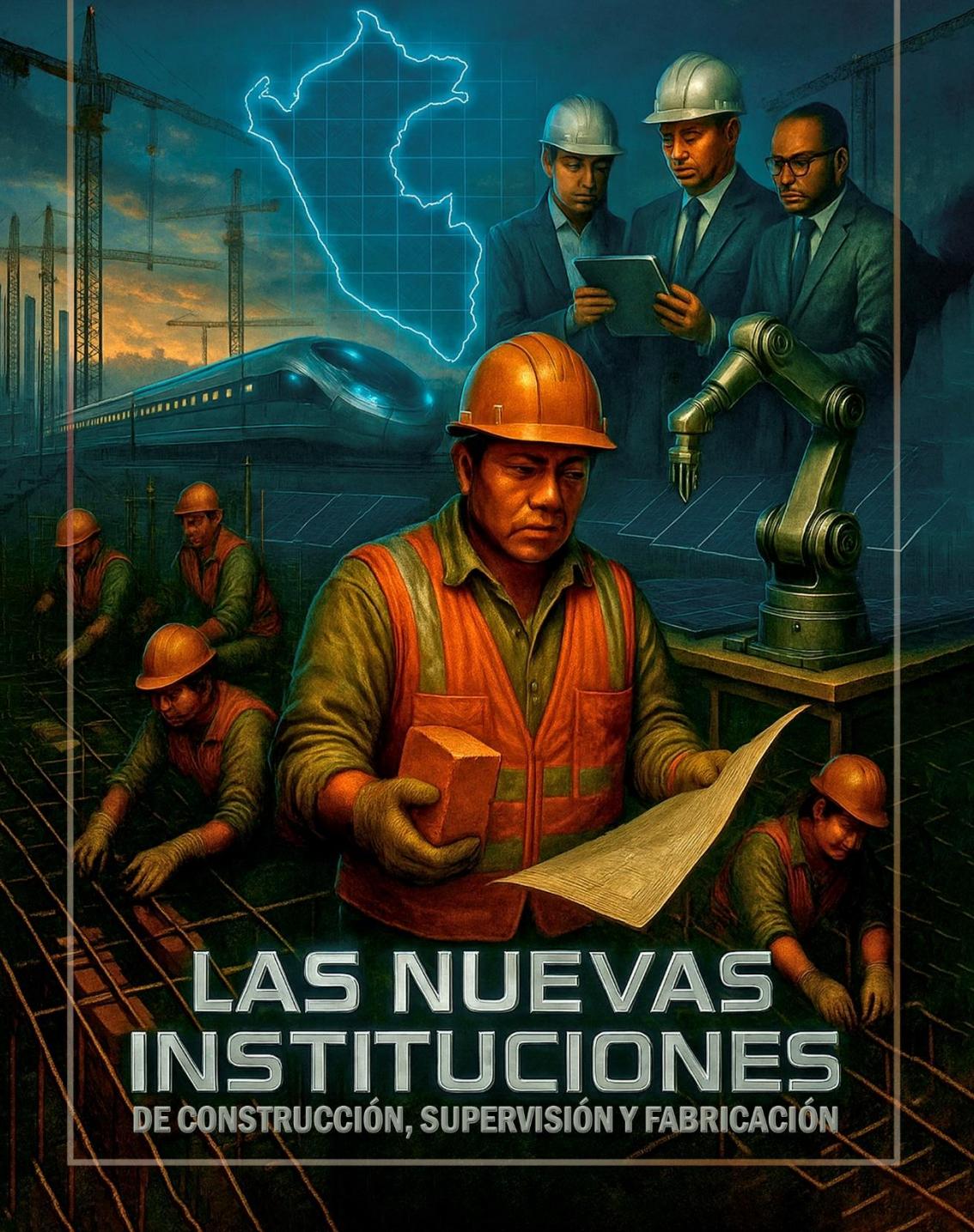
El Perú no puede seguir construyendo su futuro con las mismas herramientas que lo condenaron al atraso. Las grandes

obras públicas —esas que debieron ser la columna vertebral del progreso— se convirtieron en monumentos al despilfarro y la corrupción. La Interoceánica Sur, anunciada en unos 800 millones de dólares, terminó costando más de 2 000 millones, y con sus contratos de mantenimiento se acercó a 5 000 millones. La Refinería de Talara, presupuestada en 1 300 millones, ya supera los 6 500. El Gasoducto del Sur, estimado en poco más de 1 300 millones, se adjudicó en más de 7 000 y habría superado los 10 000 con los pagos garantizados por transporte.

Tres obras, una sola lección: ni siquiera triplicando nuestras reservas internacionales alcanzaríamos a cubrir la infraestructura que necesitamos, porque el sistema actual convierte cada sol en un botín privado.

Frente a esa realidad, el país necesita **nuevos motores del desarrollo**, instituciones creadas no para inflar la burocracia, sino para devolverle al Estado la capacidad de planificar, ejecutar y controlar con independencia. El primero es la **Agencia Nacional de Proyectos y Expedientes Técnicos**, que asegurará que las

LOS NUEVOS MOTORES DEL DESARROLLO



**LAS NUEVAS
INSTITUCIONES
DE CONSTRUCCIÓN, SUPERVISIÓN Y FABRICACIÓN**

obras nazcan bien diseñadas, con costos reales y sin adendas infladas.

El segundo, la **Fábrica Nacional de Materiales de Construcción e Infraestructura**, romperá el monopolio del cemento, el acero y los prefabricados, garantizando insumos estratégicos a precios justos. El tercero, la **Empresa Estatal de Construcción y Mantenimiento de Obra Pública**, permitirá al Estado ejecutar directamente sus proyectos y mantenerlos, evitando el sobrecosto de los contratistas. Y el cuarto, la **Unidad Nacional de Supervisión de Obra Pública**, controlará en tiempo real la calidad y avance de cada obra, para que la corrupción no se esconda tras informes complacientes.

Estas instituciones no se crearán para engordar planillas, sino para dar propósito a miles de técnicos e ingenieros que ya cobran sueldos sin tareas trascendentes. Solo se incorporará personal faltante de manera focalizada y meritocrática. Así, los nuevos motores del desarrollo no serán un gasto, sino un uso inteligente del talento y los recursos del propio Estado.

El Perú necesita dejar atrás el modelo que nos condena a pagar cinco veces por cada carretera o refinería. Con estos motores, el país podrá construir lo que falta —aeropuertos, represas, puertos, autopistas, hospitales y colegios— al costo justo, en el tiempo debido y con la calidad que el pueblo merece.

Agencia Nacional de Proyectos y Expedientes Técnicos

Uno de los mayores cánceres de la obra pública en el Perú no está en el cemento ni en la varilla, sino en el papel: expedientes técnicos mal elaborados, inflados o diseñados para fracasar. Detrás de cada hospital inconcluso, de cada carretera que se quiebra al primer invierno o de cada colegio que nunca se termina, hay un expediente hecho al apuro o al servicio de intereses oscuros.

Por eso, el país necesita una **Agencia Nacional de Proyectos y Expedientes Técnicos**, un órgano especializado y

autónomo que funcione como el cerebro técnico del desarrollo nacional. Su misión será simple y trascendental: que toda obra pública comience bien, con cálculos reales, costos honestos y diseño de primer nivel.

Funciones principales:

Formulación estandarizada: todos los expedientes de hospitales, carreteras, plantas de agua, colegios y viviendas sociales seguirán normas unificadas y transparentes.

Banco nacional de diseños tipo: se crearán modelos de hospitales, escuelas y carreteras adaptables a cada región, reduciendo tiempo y costos.

Tecnología aplicada: software BIM, georreferenciación, drones e inteligencia artificial garantizarán precisión en trazos, presupuestos y control.

Integración universitaria: ingenieros y arquitectos egresados participarán mediante un SECIGRA Ingeniería nacional, aportando talento y obteniendo experiencia real.

Blindaje anticorrupción: la agencia tendrá autonomía técnica, con directivos designados mediante concurso público avalado por el Banco Central de Reserva, para impedir la captura política o empresarial.

Esta agencia trabajará de la mano con la Empresa Estatal de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura, como su brazo de planificación y diseño. Así, el Estado recuperará lo que perdió: la capacidad de construir con inteligencia, sin intermediarios y sin excusas.

Con esta institución, el Perú dejará atrás la era de los proyectos inconclusos. Cada expediente será una promesa cumplida, cada plano un compromiso con la Nación. Y, como ocurrió en Corea del Sur, Alemania o China, será la planificación estatal —y no la improvisación privada— la que siente las bases del desarrollo.

Unidad Nacional de Supervisión de Obra Pública

En el Perú, demasiadas obras nacen con un expediente mal hecho y mueren con una supervisión cómplice. Lo que debía ser un sistema de control técnico se convirtió en un negocio paralelo: supervisores privados que inflan presupuestos, validan retrasos y aprueban obras de pésima calidad. Esa cadena de impunidad ha costado miles de millones y ha dejado hospitales inconclusos, carreteras que se derrumban y colegios inhabitables.

Para romper ese ciclo se crea la **Unidad Nacional de Supervisión de Obra Pública**, un organismo autónomo y altamente técnico que será el vigilante permanente del Estado en cada proyecto estratégico. Su misión es simple y contundente: asegurar que cada obra pública se ejecute con calidad, en los plazos establecidos y con el costo real que corresponde. Sin excusas, sin sobrecostos, sin corrupción.

El nuevo sistema de supervisión tendrá seis pilares:

Supervisión digitalizada: cada obra será monitoreada en tiempo real mediante drones, sensores y plataformas en línea. Los informes dejarán de ser papeles manipulables y pasarán a ser evidencia verificable.

Ahorro garantizado: al sustituir la tercerización privada, se reducirá hasta en un 70% el costo actual de supervisión, liberando recursos para más obras.

Transparencia ciudadana: toda la información estará abierta al público en portales digitales, con reportes claros, fotos, plazos y presupuestos accesibles.

Programa SECIGRA Ingeniería: los jóvenes ingenieros civiles, eléctricos, industriales, sanitarios y arquitectos cumplirán aquí un servicio civil remunerado y rotativo. Supervisarán obras en todo el país, aprendiendo y vigilando a la vez. Cada proyecto será una escuela viva de ciudadanía técnica.

Dirección independiente: sus autoridades serán designadas por concurso público y ratificadas por el Banco Central de Reserva,

garantizando autonomía, mérito y blindaje frente a intereses políticos o empresariales.

Coordinación inmediata: toda observación detectada se comunicará de inmediato a la Agencia Nacional de Proyectos y a la Empresa Estatal de Construcción y Mantenimiento, para que el diseño y la ejecución se corrijan sin paralizaciones.

Esta Unidad no será un simple auditor: será la **columna de confianza** de la obra pública peruana. Cada carretera, puente, hospital y escuela dejará de ser una promesa en los titulares y se convertirá en un hecho comprobable. Cada joven ingeniero que recorra los andamios del país saldrá no solo con experiencia profesional, sino con la convicción de que vigilar también es construir.

Con esta institución, el Perú pasará de la era de la improvisación y el engaño a la era del control riguroso y la transparencia total. Supervisar dejará de ser un trámite para convertirse en un acto de patriotismo: la certeza de que cada sol invertido vuelve al pueblo en forma de obra, de orgullo y de futuro.

Empresa Nacional de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura Pública

El Perú no puede seguir dependiendo de contratistas privados que inflan los costos, paralizan obras y convierten cada hospital, carretera o colegio en un negocio interminable.

No fracasamos por falta de dinero, sino por haber entregado la ejecución de nuestros sueños a un sistema diseñado para enriquecer a unos pocos. La Interoceánica Sur, la Refinería de Talara y el Gasoducto del Sur no son simples errores: son monumentos a la ingenuidad nacional.

Por eso se propone la creación de la **Empresa Nacional de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura Pública**, un motor estratégico que devolverá al Estado la capacidad de construir con sus propias manos lo que durante dos siglos dejó en manos

ajenas. No será una burocracia más, sino una maquinaria técnica y disciplinada, integrada por ingenieros y profesionales que hoy ya cobran sueldos del Estado sin una labor trascendente. Con su reorientación se aprovechará mejor ese talento, y solo se contratará personal adicional cuando sea estrictamente necesario.

Su misión será doble. **Primero**, ejecutar directamente las obras estratégicas del país: carreteras, ferrocarriles, hospitales, colegios, represas, puertos y aeropuertos, usando equipos propios y materiales producidos por la Fábrica Nacional de Construcción e Infraestructura.

Segundo, garantizar el mantenimiento permanente de esas obras. Porque una carretera que no se conserva se convierte en ruina, y una escuela sin mantenimiento se transforma en abandono. La infraestructura no termina con el corte de cinta: empieza con el compromiso de mantenerla viva.

Esta empresa también integrará la capacidad logística de las Fuerzas Armadas, que hoy emplean apenas una fracción de su potencial, y formará a los jóvenes ingenieros del **SECIGRA Ingeniería**, que prestarán servicio civil remunerado mientras ganan experiencia en campo. Así, construir el país será una escuela de patriotismo y una fábrica de talento.

Con la **Empresa Nacional de Construcción y Mantenimiento de Infraestructura Pública** el Perú romperá la dependencia que lo mantiene de rodillas ante contratistas y concesionarios. Se eliminarán los sobrecostos, se acortarán los plazos y se cerrarán las puertas a la corrupción. Lo que antes costaba cinco veces más podrá realizarse al costo real, con transparencia, planificación y orgullo nacional.

Esta será la herramienta que permitirá levantar, por fin, la columna vertebral del desarrollo peruano. Porque ningún país se hizo grande comprando su futuro: todos los que avanzaron lo construyeron con sus propias manos. Y ha llegado la hora de que el Perú también lo haga.

Empresa Nacional de Fabricación de Materiales de Construcción e Infraestructura

El Perú no puede seguir pagando sobreprecios por los insumos que produce con su propia riqueza. El cemento, el acero, los ladrillos e incluso la arena se han convertido en mercancías infladas por monopolios privados que encarecen cada carretera, cada hospital, cada vivienda popular. El Estado invierte miles de millones en infraestructura, pero depende de empresas que no construyen país, solo balances. Es la vieja paradoja peruana: somos dueños de la cantera, del río y del hierro, pero terminamos pagando caro por un saco de cemento.

La respuesta es tan simple como revolucionaria: crear una **Empresa Nacional de Fabricación de Materiales de Construcción e Infraestructura**, cuya misión no será competir en el mercado ni vender al mejor postor, sino **garantizar el abastecimiento soberano y a costo real** de los insumos esenciales para la obra pública.

No se trata de nostalgia ni de inventar lo imposible: Brasil levantó su capital, Brasilia, en apenas 41 meses gracias a empresas estatales que producían desde el acero hasta los bloques. La Unión Soviética industrializó un continente fabricando sus propios materiales. Corea del Sur, con POSCO —nacida como siderúrgica estatal—, fundó la columna vertebral de su milagro económico. La lección es universal: **quien fabrica sus cimientos, fabrica su futuro.**

El impacto sería inmediato. Hoy un saco de cemento cuesta en promedio 32 soles; producido con recursos nacionales y bajo un esquema estatal de integración vertical, podría costar.

Lo mismo con el fierro de construcción, los prefabricados de concreto o los agregados. El Estado podría ahorrar hasta un 70 % del gasto actual en materiales eliminando intermediarios y aprovechando infraestructura ya existente en SIMA, Cementos Pacasmayo (con participación estatal) o nuevas plantas regionales.

Esto no es una quimera. Con los mismos sueldos que hoy se diluyen en burocracia improductiva, puede movilizarse personal técnico hacia una empresa verdaderamente productiva. La extracción de piedra chancada, arena o agregados dejará de ser negocio de mafias locales: pasará a ser parte de una cadena pública orientada al desarrollo nacional. El Estado recuperará soberanía en los cimientos mismos de su progreso.

La diferencia es moral y estructural. El privado construye pensando en su margen de ganancia; el Estado construye pensando en el bienestar de la gente. Con esta empresa, el Perú podrá levantar escuelas, hospitales, carreteras y viviendas sociales más rápido, más barato y con mejores materiales. No más contratos leoninos, no más monopolios cementeros dictando precios al país.

Porque un país que fabrica sus propios materiales no solo construye obras: **construye soberanía, construye dignidad, construye futuro.**

ANDE: Agencia Nacional de Desarrollo Estratégico

El Perú nunca ha carecido de riquezas; lo que siempre le ha faltado es un proyecto de nación. Nuestra historia lo prueba con crueldad: cada ciclo de bonanza —guano, salitre, caucho, algodón, azúcar, cobre, gas o litio— terminó en otro capítulo de saqueo. La razón es simple: nunca existió una institución capaz de pensar el país a largo plazo, de alinear los recursos del Estado, el conocimiento de las universidades, la fuerza del Ejército y la creatividad del pueblo en un mismo plan.

La Agencia Nacional de Desarrollo Estratégico (ANDE) nace para llenar ese vacío. No será un ministerio más ni una oficina de siglas pasajeras, sino la caja de control maestro del desarrollo nacional. Su tarea será diseñar y articular un proyecto que no mire cinco años, sino medio siglo: identificar los sectores estratégicos —turismo, agroforestería, minería con valor agregado, textil, tecnología, salud, infraestructura y seguridad—,

jerarquizarlos con sentido de soberanía y establecer metas a 30, 50 y hasta 100 años.

En este rediseño, el **CEPLAN** dejará de producir planes de papel y pasará a integrarse dentro de la ANDE. Sus cuadros técnicos serán reorientados no para redactar diagnósticos olvidados, sino para operar dentro de un sistema vinculante y ejecutor. Así no se multiplica la burocracia: se concentra, se racionaliza y se transforma la inercia en eficacia.

La ANDE no podrá ser otro botín político. Para evitarlo, estará respaldada por el **Banco Central de Reserva del Perú (BCR)**, la única entidad que ha demostrado solvencia, independencia y estabilidad frente a los vaivenes del poder. Sus equipos técnicos auditarán estándares, garantizarán meritocracia y seleccionarán a las autoridades de la agencia mediante comités especializados. Ningún político decidirá quién dirige el futuro del país.

El impacto será inmediato. Hoy el Estado pierde hasta un 30 % de su presupuesto anual en proyectos inconclusos, repetidos o inflados. La ANDE absorberá esa dispersión y convertirá la improvisación en planificación.

Cada sol invertido deberá tener retorno en infraestructura, industria o bienestar social. No hablamos de más papeles, sino de un sistema de dirección estratégica nacional donde converjan ingenieros del Ejército, especialistas de SIMA, técnicos de universidades públicas y profesionales hoy desperdiciados en oficinas sin propósito.

Así nacerá un Perú que negocia contratos de gas y litio con expertos y no con operadores; que planifica hospitales como parte de redes nacionales y no como maquetas electorales; que diseña corredores logísticos interconectados y no carreteras que mueren en la nada.

La ANDE será el cerebro del nuevo Estado: protegida del manoseo político por el candado técnico del BCR y alimentada por la capacidad reorganizada de CEPLAN.

Porque mientras sigamos dependiendo de ministerios fragmentados y capturados por intereses, seguiremos siendo un país rico que actúa como pobre. La ANDE es el antídoto contra ese destino: la brújula nacional que marque el rumbo y, por primera vez, haga que el futuro del Perú dependa de la estrategia y no de la suerte.

El Perú no puede esperar más. La ANDE, respaldada por el BCR y nutrida por el talento público reorganizado, será la arquitectura institucional que garantice que **nunca más el futuro del país se reparta como botín, sino que se construya como destino.**

El BCR y los Proyectos Estratégicos de Desarrollo

El Banco Central de Reserva del Perú ha sido, hasta hoy, la institución que mejor resistió los embates del poder político sin perder su prestigio técnico. Mientras ministerios, empresas públicas y congresos se hundían en la corrupción o la improvisación, el BCR se mantuvo como una isla de seriedad, una entidad que, con discreción y rigor, sostuvo la estabilidad monetaria incluso en medio del caos. Esa credibilidad lo convierte en el pilar ideal para asumir una misión mayor: vincular la estabilidad financiera con la construcción del desarrollo nacional.

En adelante, el BCR no debe limitarse a cuidar la moneda; debe convertirse en el garante técnico y financiero de los proyectos estratégicos que puedan transformar la estructura productiva del país. No se trata de convertirlo en un ministerio ni en una caja política, sino de darle un rol institucional más amplio: **ser el candado contra la improvisación y el motor que convierta las reservas en infraestructura y soberanía.**

Esta ampliación de funciones tendría dos dimensiones esenciales.

Primero, la supervisión técnica de la **Agencia Nacional de Desarrollo Estratégico (ANDE)**: el BCR validará la calidad de los planes, fijará estándares de evaluación y seleccionará, por mérito y trayectoria, a las autoridades de la Agencia, blindándola del

reparto político.

Segundo, el financiamiento directo de proyectos estratégicos viables: el BCR canalizará recursos hacia obras de alto impacto —ferrocarriles, plantas de energía limpia, polos industriales, puertos, corredores logísticos— siempre que sean rentables, sostenibles y aseguren la recuperación o multiplicación de la inversión en el mediano plazo.

El mundo ya recorrió este camino. El **Banco de Corea** participa activamente en la planificación macroeconómica; el **Banco Popular de China** impulsa y financia su industrialización; el **KfW alemán** canaliza recursos a proyectos sostenibles con retornos garantizados. El Perú no necesita inventar el modelo: solo tiene que aplicarlo con disciplina y sentido nacional.

El impacto sería inmediato. Las reservas del país dejarían de ser cifras inmóviles en un balance y se convertirían en trenes que conectan regiones, energía que mueve fábricas, fertilizantes que alimentan al campo y hospitales que salvan vidas. Por primera vez, el dinero del Perú trabajaría directamente para los peruanos.

Porque el dinero sin rumbo es arena entre los dedos. Con esta nueva función, el BCR dejará de ser solo el guardián pasivo de la moneda para convertirse en **el arquitecto financiero del desarrollo nacional**, asegurando que cada sol invertido construya soberanía, dignidad y futuro para el Perú.

Procesos de Expropiación: Rápidos y Justos, Clave del Desarrollo

En el Perú, levantar una carretera o construir un hospital muchas veces no depende de ingenieros ni de obreros, sino de un expediente atrapado en un juzgado. Una expropiación que debería resolverse en semanas se convierte en un calvario de años, deteniendo máquinas, encareciendo costos y condenando a comunidades enteras a seguir esperando.

El principio es simple: los procesos de expropiación para obras públicas deben ser rápidos y justos. Rápidos, porque el

desarrollo no puede quedar paralizado en trámites interminables. Justos, porque ningún propietario debe ser despojado sin la compensación que le corresponde.

Hoy, una expropiación puede tardar entre dos y cinco años. Esa demora multiplica los costos en más de un 30 %, frena el empleo y abre la puerta a la corrupción: cada día de retraso se convierte en negocio para quienes viven del caos.

La solución está en crear **procedimientos especiales de celeridad para infraestructura estratégica**: juzgados especializados, plazos cortos, compensaciones inmediatas y peritajes técnicos objetivos. Así, un terreno puede ser liberado en semanas, garantizando que el propietario reciba lo justo sin que la obra se detenga.

No se trata de atropellar derechos, sino de equilibrarlos. El derecho de un propietario a recibir pago no puede estar por encima del derecho de millones de peruanos a tener agua, salud o transporte. Una represa inconclusa no es un litigio pendiente: **es un pueblo sin agua**. Una carretera paralizada no es un expediente sin resolver: **es un productor que no puede sacar su cosecha**.

Acelerar las expropiaciones con justicia y transparencia es blindar el desarrollo mismo. Significa que el país podrá construir lo que necesita en el tiempo correcto, con el costo correcto y con la legitimidad de un proceso limpio. Porque la infraestructura es más que concreto: **es la garantía de que el Perú deje de estar detenido en papeles y empiece a caminar sobre obras reales**.

Ninguna Obra Pública se Detiene por Orden Judicial

El atraso del Perú no siempre se mide en falta de dinero, sino en las obras que nunca se terminan. Más de dos mil proyectos públicos están paralizados, acumulando pérdidas que superan los veinte mil millones de soles. Carreteras convertidas en trochas eternas, hospitales sin pacientes, colegios que se quedaron en maquetas. Y detrás de esa parálisis no siempre hay falta de recursos,

sino un sistema judicial que detiene el progreso con un sello y un expediente.

Una medida cautelar basta para frenar la construcción de una obra pública. Mientras los papeles duermen en un juzgado, los pueblos esperan. Cada día de retraso aumenta los costos, desanima la inversión y perpetúa la pobreza.

El principio debe ser contundente: **ninguna obra pública de infraestructura puede detenerse por orden judicial mientras esté en ejecución.** Los jueces deben investigar y sancionar la corrupción donde exista, pero jamás paralizar el concreto, el acero y la maquinaria que están construyendo futuro. Lo que se detiene en un tribunal no es solo una obra: es la vida de millones.

El mensaje es claro: primero se construye, después se litiga. El juicio puede esperar, el progreso no. Un agricultor no puede dejar de sacar su cosecha porque alguien interpuso una demanda; un niño no puede quedarse sin escuela porque un expediente sigue en trámite; un enfermo no puede morir esperando porque un juez congeló un hospital.

Así lo entendieron los países que avanzaron. Brasil levantó su capital en apenas 41 meses porque ninguna medida judicial pudo detenerla. Estados Unidos, en plena Gran Depresión, construyó represas y ferrocarriles bajo la premisa de que la prioridad nacional estaba por encima de cualquier litigio.

El Perú no puede seguir siendo rehén de expedientes. Cada obra pública debe tener la garantía de llegar a la meta, sin que una medida cautelar la convierta en ruina anticipada. **Blindar nuestras obras de la parálisis judicial es blindar nuestro futuro.** El progreso no se discute en tribunales: **se construye en el territorio.**

Empresas Estatales: Herramientas Estratégicas del Desarrollo Nacional

Durante años nos repitieron una frase como dogma: “*el Estado no sabe administrar.*” Fue el argumento perfecto de los gobiernos que, en vez de corregir lo que estaba mal, prefirieron vender lo que era de todos. Con ese pretexto se remataron empresas estratégicas —energía, telecomunicaciones, transporte, minería— que eran la columna vertebral de nuestra soberanía. Lo que costó generaciones construir se entregó como si fuera un estorbo, no una herramienta para el desarrollo.

El resultado está a la vista: los monopolios privados controlan hoy servicios básicos, fijan precios a su antojo y deciden cuánto pagamos por electricidad, combustible, telefonía o pasajes. Las utilidades multimillonarias de esas empresas terminan en cuentas privadas en el extranjero, cuando pudieron transformarse en hospitales, escuelas o innovación tecnológica en el Perú. Lo que debía modernizarse se liquidó; lo que debía reformarse se regaló.

Aquí se revela la gran hipocresía. Si la “ineficiencia” fuese causa suficiente para privatizar, la primera institución en subasta debería ser el Congreso de la República: ciento treinta parlamentarios, miles de asesores, presupuestos descomunales y productividad casi nula.

Nadie propone venderlo; se pide reformarlo. Lo mismo podría decirse de ministerios que no ejecutan ni la mitad de su presupuesto. Pero cuando se trató de empresas estratégicas, la receta fue siempre la misma: *privatizarlas*, con contratos oscuros, favores políticos y bolsillos que se llenaron a costa del país.

El problema nunca fue la empresa estatal, sino los gobernantes sin visión. En lugar de limpiar la corrupción, imponer meritocracia y modernizar la gestión, eligieron el aplauso fácil del remate antes que el esfuerzo de la reforma. En vez de sembrar soberanía, hipotecaron el futuro.

Hoy el desafío es recuperar la confianza en lo público. No para volver al pasado, sino para demostrar que las empresas

estatales pueden ser distintas: austeras arriba, dignas abajo, eficientes y transparentes ante el pueblo. No existirán para inflar planillas ni repartir favores, sino para ser herramientas estratégicas del desarrollo nacional.

El nuevo modelo deberá tener reglas claras: sueldos proporcionales, personal estrictamente necesario, incentivos ligados a resultados y austeridad en tiempos de crisis. Y, sobre todo, la certeza de que el Estado no sostendrá lo que no produce ni sirve al país. Quien ingrese a una empresa estatal sabrá de antemano la consigna: **aquí no se viene a buscar privilegios, se viene a construir futuro.**

El Caso Repsol y El Regalo de Nuestras Empresas Estratégicas

Si alguien duda de lo que significa manejar una empresa estratégica, basta mirar el caso de **Repsol**. En 2021 obtuvo 2,499 millones de euros en utilidades netas; en 2022 rompió récords con 4,251 millones; en 2023 mantuvo 3,168 millones; y en 2024, aun con una caída del 45 %, registró 1,756 millones. Una sola de esas utilidades supera el presupuesto anual de sectores completos como Salud o Educación en el Perú.

Lo que hoy son dividendos privados pudo haberse convertido en hospitales, carreteras y ciencia nacional. El caso Repsol es el espejo de lo que perdimos: riqueza nacional transformada en riqueza ajena.

No fue el único. **Aero Perú**, símbolo de conectividad y orgullo nacional, fue liquidada en lugar de reformarse. Desde entonces, el Perú quedó sin bandera en los cielos y dependemos de aerolíneas extranjeras que fijan rutas y tarifas según su conveniencia.

Durante los noventa también se vendieron **Electrolima**, **Electro Sur**, **Electro Norte**, **Electro Oriente** y otras distribuidoras. Se argumentó que eran ineficientes, pero la electricidad no requiere magia: solo planificación e inversión. Lo

que se entregó fue el control de un servicio esencial que hoy genera utilidades millonarias a empresas privadas, mientras el Estado perdió la capacidad de orientar un sector clave para su desarrollo.

En minería, los proyectos que debieron ser palancas de industrialización también terminaron privatizados con contratos poco transparentes. No porque el Estado no pudiera gestionarlos, sino porque los líderes de entonces prefirieron el atajo del negocio rápido a la tarea de modernizar.

Y la pregunta inevitable es: ¿cuánto recibieron quienes firmaron esas privatizaciones a precio de saldo? No fueron simples errores técnicos; fue una operación política plagada de negociados. Mientras unos pocos se enriquecían, el pueblo peruano perdía soberanía y terminaba pagando más por lo que antes era suyo.

El verdadero error no fue tener empresas estatales, sino haber tenido gobernantes sin propósito nacional. En lugar de reformar, vendieron.

En lugar de modernizar, renunciaron. Y el resultado está aquí: **dependemos de monopolios que marcan nuestras tarifas, se llevan las utilidades al extranjero y dejan al país con las manos vacías.**

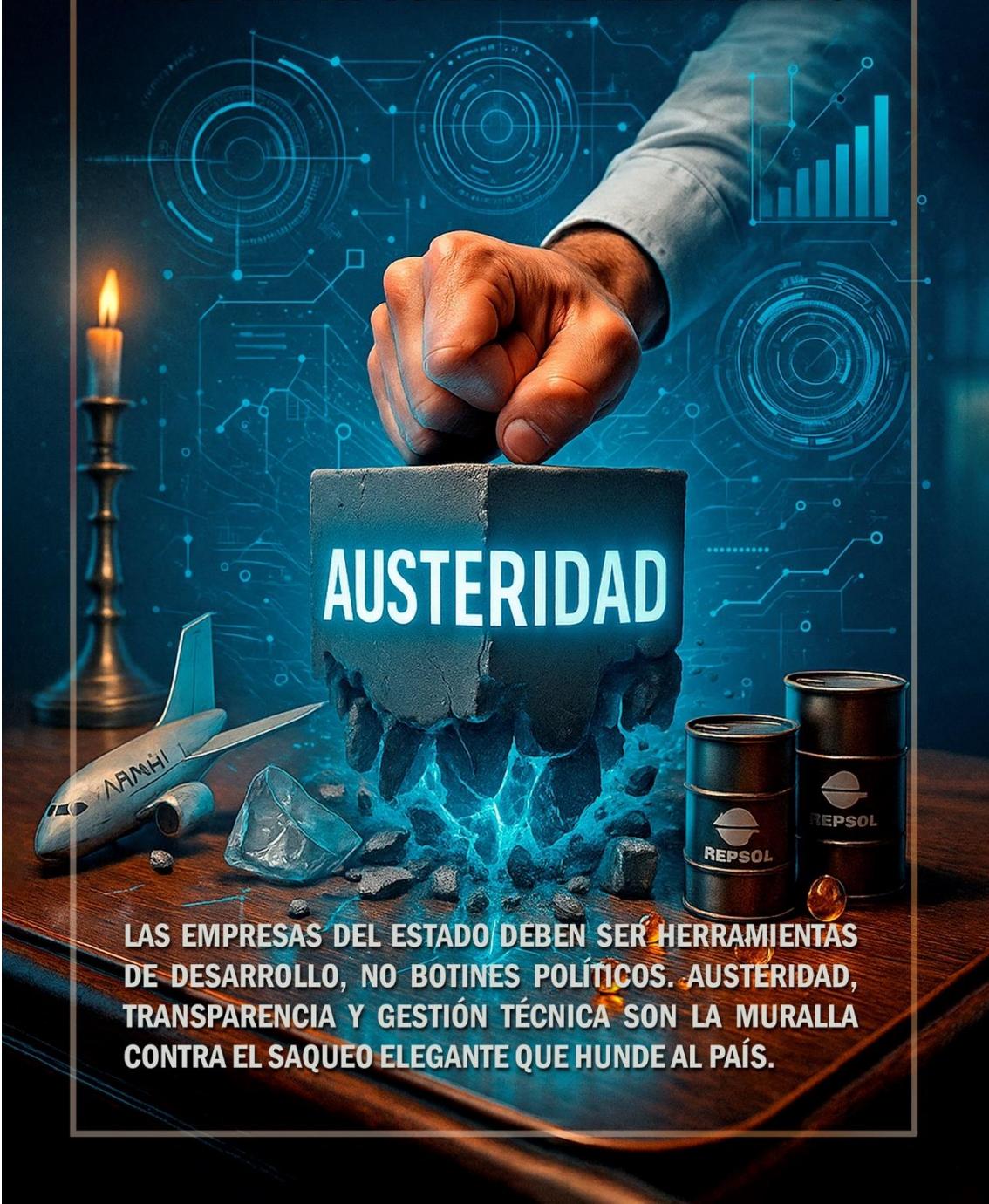
La lección es simple y definitiva: cuando un país entrega sus empresas energéticas, eléctricas, mineras o de transporte, no está resolviendo un problema; está renunciando a su futuro. La soberanía no se privatiza: se defiende, se gestiona y se hace producir.

Austeridad Responsable y Reglas para Empresas Estatales: Ni Botín Ni Cueva de Ineficiencia

Una empresa estatal no nació para alimentar políticos hambrientos ni para engordar consultores con facturas generosas.

Nació para servir al país. Sin embargo, en el Perú demasiadas terminaron convertidas en botines bien servidos en mesas chicas, mientras la nación miraba desde la ventana. Durante

AUSTERIDAD RESPONSABLE Y REGLAS PARA EMPRESAS ESTATALES: NI BOTÍN NI CUEVA DE INEFICIENCIA



LAS EMPRESAS DEL ESTADO DEBEN SER HERRAMIENTAS
DE DESARROLLO, NO BOTINES POLÍTICOS. AUSTERIDAD,
TRANSPARENCIA Y GESTIÓN TÉCNICA SON LA MURALLA
CONTRA EL SAQUEO ELEGANTE QUE HUNDE AL PAÍS.

décadas, el patrimonio público fue tratado como herencia privada; las empresas del Estado, como premios de campaña repartidos entre amigos, socios y operadores con corbata.

La grandeza de una empresa no se mide cuando todo va bien, sino cuando la tormenta llega y no se arrodilla. Cuando el mundo tambalee, cuando caigan los precios y las malas gestiones pasen factura, no habrá espacio para discursos lacrimógenos ni remates disfrazados de “reestructuración”.

Habrá decisiones firmes. Los trabajadores podrán ceder hasta un 30 % de su salario o jornada, y los directivos hasta un 50 %. Porque cuando la comida escasea, quien se servía tres platos no puede fingir hambre junto al que apenas tenía uno. Y aun así, ningún ingreso caerá por debajo de la canasta básica familiar. Austeridad sí, pero sin sacrificar dignidad.

Ni en los peores momentos se recortará el alma de la empresa: la capacitación, el mantenimiento crítico y la innovación tecnológica. Las organizaciones que sobreviven sin renunciar a mejorar son las que emergen de la tormenta convertidas en acero templado. Cuando el vendaval pase, los sueldos volverán a su cauce. No habrá sacrificios eternos ni castigos disfrazados de medidas técnicas.

La hemorragia real de las empresas estatales nunca estuvo en los sueldos del obrero, sino en los bolsillos bien planchados de quienes convirtieron viáticos y proveedores inflados en un festín silencioso. Pasajes ejecutivos, hoteles de lujo, almuerzos disfrazados de “reuniones técnicas”, consultorías clonadas que costaban fortunas... todo mientras el ciudadano financiaba sin saberlo la bacanal de unos pocos. Esa sangría elegante fue la que parió el mito de que *“el Estado no sirve.”* Pero no fue el Estado: fueron quienes lo devoraron.

El nuevo modelo no busca discursos ni aplausos. Busca cortar las raíces podridas:

- Los viáticos serán solo los estrictamente necesarios, con topes públicos y registro abierto a cualquier ciudadano.

- Cada contrato tendrá precios de referencia nacionales e internacionales, para que ningún vivo disfraze un saqueo de “urgencia”.
- La calidad valdrá tanto como el precio, cerrando el paso a las mafias que hicieron de la ineficiencia un modo de vida.

La austeridad responsable no es tijera salvaje ni miseria institucional. Es respeto. Es inteligencia. Es poner cada sol donde debe estar: en la producción, la innovación y la defensa del patrimonio nacional, no en los manteles de un restaurante caro.

Y como este país ya ha visto demasiadas veces cómo una buena idea muere en manos de un mal gerente, las empresas estatales deberán cimentarse sobre un principio inquebrantable:

“Empresas estatales con disciplina austera, transparencia radical y gestión técnica al servicio exclusivo del país, no de intereses personales ni políticos.”

Este principio no es poesía: es muralla. Muralla contra la captura partidaria, contra el saqueo elegante, contra el “así se ha hecho siempre”. Si no se aplica, la historia seguirá repitiéndose con los mismos apellidos y las mismas excusas. Pero si se vuelve regla escrita en piedra, el Estado dejará de ser botín para volver a ser herramienta de desarrollo.

Un país no fracasa porque le falten recursos; fracasa cuando permite que lo que es de todos termine en manos de unos pocos.

Personal Eficiente y Estrictamente Necesario

Una de las enfermedades más letales del Estado peruano no fue la corrupción visible, sino la invisible: la planilla inflada. Décadas enteras de nóminas convertidas en cementerios de productividad. El Estado, que debía ser motor del desarrollo, terminó siendo guardería de mediocres. Oficinas repletas de empleados sin función, contratos firmados por compadrazgo y sindicatos que defendían derechos laborales de quienes jamás cumplieron un deber.

Así se vació el sentido de servir al país. Trabajar para el Estado dejó de ser un honor y se volvió un premio. Un empleo público ya no se ganaba: se heredaba, se negociaba, se traficaba. Y mientras el país exigía resultados, el aparato estatal se hinchaba de burócratas que producían menos que el silencio.

Ese modelo no puede repetirse. La empresa estatal del futuro debe ser el espejo invertido de ese pasado vergonzoso: precisión técnica, austeridad moral y disciplina férrea. Cada puesto deberá justificarse con cifras y resultados, no con influencias ni padrinos. Todo será medido, comparado y auditado. Si una refinería chilena o una hidroeléctrica canadiense produce con 200 trabajadores, el Perú no necesitará 400 para fingir eficiencia.

La nueva norma será simple: se contrata lo estrictamente necesario, se paga por mérito y se conserva por resultados. Los puestos dejarán de ser refugio de lealtades políticas para convertirse en trincheras de eficiencia. No más eternos “asesores” ni cargos decorativos. La empresa estatal deberá funcionar como un reloj suizo, no como una feria de nombramientos.

El redimensionamiento no será un castigo, sino una depuración. Quien quiera seguir trabajando para el Estado deberá capacitarse, adaptarse o retirarse con dignidad. Se ofrecerá formación y traslado a las áreas donde el país realmente necesite manos. Pero quien no quiera actualizarse, quien prefiera vivir del sueldo antes que del esfuerzo, deberá ser indemnizado y dado de baja. El Estado ya no puede cargar con su propio lastre.

Y este principio no será exclusivo de las empresas estatales. Se aplicará a todo el aparato público, desde ministerios hasta gobiernos locales. Cada entidad será evaluada, cada cargo auditado, cada puesto justificado. Porque gobernar no es mantener empleos, es mantener al país de pie.

El mensaje es claro: el Estado no es una bolsa de trabajo, es la columna vertebral de la República. Y una columna vertebral no

puede sostenerse con grasa. Solo deben ingresar quienes tengan la actitud, la ética y la vocación para servir. Servir al Estado debe volver a significar servir al Perú, no servirse de él.

El país no necesita más empleados públicos; necesita trabajadores públicos. No más oficinas llenas y resultados vacíos. No más sueldos inmerecidos ni estabilidad sin mérito. Si el Estado no se limpia por dentro, ninguna reforma desde fuera podrá salvarlo.

Porque el Perú no se arruina por falta de dinero, sino por exceso de parásitos. Y si esta nación quiere ponerse en pie, primero tendrá que aprender a caminar ligera, sin la carga de quienes solo aprendieron a cobrar.

La Prosperidad No Tiene Excusas

Si ellos pudieron sin nada, ¿qué no puede el Perú con todo?

Los grandes visionarios del mundo no nacieron con fortunas. Steve Jobs empezó en un garaje olvidado. Jeff Bezos en un sótano oscuro. Elon Musk dormía en el suelo de su oficina porque no podía pagar un departamento. Jack Ma, rechazado más de treinta veces, sobrevivía como profesor de inglés mal pagado antes de fundar Alibaba. Carlos Slim, en México, comenzó comprando pequeñas empresas en crisis y las convirtió, con disciplina, en un imperio. Ninguno heredó riqueza. Ninguno tuvo un Estado que los sostuviera. Su capital fue la visión; su riqueza, la disciplina; su poder, la determinación de no rendirse jamás.

Si hombres aislados, con nada, fueron capaces de levantar imperios que cambiaron la historia, ¿cómo aceptar que un país como el Perú —dueño de cordilleras de minerales, mares infinitos, bosques interminables, agua abundante, biodiversidad única y una cultura milenaria— siga viviendo como mendigo? La verdad es incómoda: no nos falta riqueza, nos falta grandeza.

El Perú no tiene derecho a excusarse. Con lo que posee podría ser una de las naciones más prósperas y justas del planeta.

Lo que falta no son recursos, sino voluntad. Voluntad de transformarlos en desarrollo, de convertir el talento en industria y la riqueza en bienestar. Porque no partimos de la nada: heredamos la obra de gigantes. Nuestros ancestros levantaron ciudades que desafiaron montañas, trazaron caminos que unieron pueblos, domesticaron la tierra con sabiduría y sembraron culturas que aún hoy asombran al mundo. No fueron incautos: fueron arquitectos de eternidad.

Hoy nos toca a nosotros. Somos la generación llamada a tomar esa antorcha sagrada y convertirla en destino cumplido. El futuro no espera: nos desafía. Y cuando el Perú decida, unido, asumir su papel en la historia, dejará de ser tierra de incautos para convertirse en lo que siempre debió ser: una nación próspera, justa con su gente, invencible en su propósito y eterna en su grandeza.

El Estado Que Despierta

El Perú no está condenado a la miseria ni al olvido: está destinado a la grandeza.

Esta vez, la historia no la escribirán los que vendieron la patria, sino los que la aman. La escribiremos nosotros: los hijos del trabajo, los que no se rinden, los que aún creen que un país digno puede levantarse desde sus ruinas.

La escribiremos con manos limpias que sembrarán justicia, con mentes claras que construirán futuro y con corazones encendidos que laten al compás del Himno y de la esperanza. Porque esta vez, la patria no será un recuerdo: será una obra viva.

Y cuando el Perú despierte, el mundo comprenderá que su silencio solo fue el respiro de un gigante.

Porque un pueblo que ama su tierra no muere jamás: vive en cada trabajador que convierte su sudor en cimientos, en cada madre que educa con amor y coraje, y en cada joven que se atreve a creer que el futuro puede escribirse con dignidad.

Vive en la memoria de quienes lucharon, en la voz de quienes enseñan y en la mirada de quienes aún sueñan.

Y ese día —cuando la patria despierte del engaño y del miedo— no habrá fuerza capaz de detenerla, porque **un Perú consciente de su poder es un Perú invencible.**

“Si el pasado fue de los que saquearon, el futuro será de los que crean.”

REFLEXIONES FINALES

EL PERÚ QUE POR LOS NIÑOS AÚN PODEMOS CONSTRUIR



EL PERÚ NO ES POBRE, ESTÁ MAL DIRIGIDO. CUANDO SE GOBIERNE CON HONESTIDAD Y ESTRATEGIA, ALIMENTE PRIMERO A SUS NIÑOS Y PONGA AL PAÍS POR ENCIMA DEL INTERÉS PERSONAL, DEJARÁ DE SER PROMESA PARA CONVERTIRSE EN REALIDAD.

REFLEXIONES FINALES

*El Perú que aún podemos
construir*

Llegar al final de este libro no es cerrar una historia, sino abrir los ojos ante una verdad que por siglos evitamos mirar: el Perú no es pobre, está mal administrado. No es incapaz, está desordenado. No es débil, solo ha olvidado lo que puede lograr cuando actúa unido.

Estas páginas no concluyen: advierten. Hablan de un país que envejece sin prosperar, que repite sus errores con paciencia y posterga su desarrollo con excusas. Aquí se reúnen las claves de un nuevo comienzo: entendernos, asumir responsabilidades y construir un Estado que funcione.

El desarrollo no vendrá por decreto, sino por decisión. Y el día en que el Perú decida gobernarse con orden, ética y propósito, ese día dejaremos de ser tierra de incautos para convertirnos en tierra de constructores.

A esa tarea está llamada la nueva generación. No podrán levantar un país sobre la indiferencia, sino sobre la memoria; no sobre la resignación, sino sobre la conciencia. De su carácter dependerá si seguimos mirando cómo otros aprovechan nuestra riqueza o si, por fin, la convertimos en prosperidad propia.

El Perú renacerá cuando sus hijos comprendan que amar al país no es aplaudir su bandera, sino levantar sus cimientos. Ese día el sueño dejará de ser palabra, y la patria, por fin, será destino.

Demografía y capital humano: hacernos ricos antes de envejecer

El tiempo demográfico no perdona. Es un reloj de arena que corre en silencio: cada grano que cae es una oportunidad que no vuelve. Hoy el Perú vive su mejor momento. Más de la mitad de su población tiene menos de 35 años: una generación capaz de cambiar el rumbo si se le brinda educación, salud y oportunidades reales. Pero esa ventana se cerrará pronto. Según el INEI y la CEPAL, hacia 2035 el bono demográfico empezará a agotarse. A partir de entonces habrá menos trabajadores para sostener a más adultos mayores. Y un país que envejece antes de ser rico se condena a financiar la vejez con pobreza.

Corea del Sur, Irlanda o Singapur entendieron el mensaje a tiempo. Invirtieron en ciencia, educación y tecnología cuando aún eran jóvenes. Cuando sus poblaciones envejecieron, ya eran potencias capaces de sostenerse. Otras naciones, en cambio, dejaron pasar la oportunidad: hoy envejecen sin riqueza, atrapadas entre pensiones impagables y desesperanza.

El Perú todavía puede evitar ese destino. Pero el reloj ya corre. Lima y la costa concentran a los trabajadores jóvenes, mientras muchas provincias se vacían y envejecen en silencio. Más

de medio millón de jóvenes ingresan cada año al mercado laboral, pero el sistema educativo sigue produciendo títulos sin destino. La juventud más grande de nuestra historia podría ser también la más desperdiciada.

La infraestructura invisible que define el futuro no está hecha de cemento, sino de nutrición, salud y conocimiento. Niños sin anemia, educación técnica alineada a la economía productiva, empleo joven y emprendimiento formal. Cada sol invertido en capital humano rinde décadas de prosperidad; cada año perdido nos acerca al envejecimiento sin riqueza.

Ser ricos antes de envejecer no es un eslogan: es una política de supervivencia. Como lo hicieron Corea o Irlanda, el Perú necesita un pacto nacional que blinde la inversión en educación, salud y empleo juvenil, más allá de los gobiernos.

El talento se cultiva en las aulas, pero florece en las fábricas, los laboratorios y las startups. Estado, empresa y universidad deben trabajar como un solo cuerpo. Y la ciudadanía debe vigilar que no se repita la historia de los planes olvidados.

El mensaje es urgente: el reloj demográfico avanza. Si el Perú convierte su juventud en capital productivo antes de 2035, entrará a la madurez con fuerza y orgullo. Si no lo hace, envejecerá sin riqueza, mirando cómo se apaga su mejor oportunidad en cien años.

La historia no perdoná a los países que llegan tarde. Aún tenemos juventud, talento y tiempo. Pero el reloj no se detiene.

El retrato brutal del populismo peruano

Un país no se quiebra por accidente. Se quiebra poco a poco, cuando cambia la visión por la dádiva y el mérito por el aplauso. Se vacía de futuro mientras se llena de leyes clientelistas, exoneraciones a medida y bonos de ocasión. Y hoy el Perú avanza por ese camino, disfrazando de “justicia social” lo que no es más que populismo contable.

En el Congreso, los números se aprueban con aplausos, no con análisis. Cada mes surge una ley que regala sin calcular, que promete sin medir. El resultado es siempre el mismo: gasto sin respaldo, deuda disfrazada de solidaridad, y un Estado que se endeuda para financiar su propia irresponsabilidad.

El caso docente es apenas una muestra: casi una quinta parte del Parlamento pertenece a ese gremio, y desde su curul legisla para sí mismo. Aumentos y beneficios sin financiamiento real mientras la anemia infantil crece, los hospitales colapsan y los sectores productivos se oxidan. Es la política convertida en espejo: cada grupo mira solo su propio reflejo.

A esto se suma la otra cara del populismo: las exoneraciones y beneficios fiscales entregados a grupos de poder que saben presionar. Entre lo que se gasta mal y lo que se deja de cobrar, el país pierde su capacidad de construir. Los recursos que deberían financiar hospitales, tecnología o infraestructura se disuelven en una red de privilegios.

El próximo gobierno no podrá curar esta enfermedad con aspirinas. Tendrá que desmontar privilegios, revisar exoneraciones, eliminar aumentos sin sustento y restablecer la lógica más básica: primero se produce, después se reparte. Porque el dinero público no es infinito ni se imprime por decreto.

Solo así podremos financiar justicia social verdadera: aquella que nace del trabajo, no del populismo; de la producción, no de la dádiva. Un país que confunde gastar con gobernar termina hipotecando su futuro. Y el Perú ya ha firmado demasiadas veces esa hipoteca.

Cuando se reparte sin producir, la inflación hace el trabajo sucio

El populismo económico siempre entra con discursos emotivos y sale dejando cenizas. Primero vienen los aplausos: aumentos, bonos, leyes “históricas”. Todo parece justicia. Pero cuando el Estado reparte sin producir, la inflación aparece para cobrar la factura.

El país gasta más de lo que genera, la recaudación no alcanza y el déficit se disfraza de generosidad. Entonces los precios empiezan a subir. Los sueldos aumentan en el papel, pero en la vida real compran menos. Lo que ayer alcanzaba para llenar la olla, mañana solo alcanza para mirarla.

La inflación es el castigo silencioso del populismo: no hace discursos ni convoca marchas, pero arrasa con el bolsillo de los pobres. Es el impuesto invisible que pagan los que no recibieron ningún bono, los que no tienen sindicato ni lobby, los que siempre terminan pagando la fiesta ajena.

Corregir este rumbo no es un lujo técnico, es una cuestión de supervivencia nacional. No hay política social sin disciplina fiscal. No hay justicia sin productividad. No hay desarrollo si el Estado sigue repartiendo lo que no genera.

La verdadera justicia social no se mide por el ruido de los aplausos, sino por la solidez de los cimientos. Un país que produce puede repartir sin miedo. Uno que solo reparte, se queda sin nada. Porque cuando el Estado reparte humo, el pueblo termina respirando ceniza.

El Peligro del Comunismo en el Perú: la corrupción como su mejor aliada

El comunismo no llega a un país sano. Llega cuando la corrupción ha podrido tanto el alma nacional que la gente ya no distingue entre justicia y venganza. Llega cuando la democracia se convierte en circo, cuando los jueces venden sentencias y los políticos roban con

EL PELIGRO DEL COMUNISMO EN EL PERÚ: la corrupción como su mejor aliada



EL COMUNISMO SE ALIMENTA DE LA CORRUPCIÓN QUE PUDRE NUESTRA DEMOCRACIA DESDE DENTRO Y, CON EL HARTAZGO, ABRE SU PUERTA DE ENTRADA. LA ÚNICA REVOLUCIÓN POSIBLE NO ES IDEOLOGICA, SINO MORAL: DESPERTAR LA CONCIENCIA ANTES DE QUE NOS ROBEN EL PAÍS.

la serenidad de quien sabe que nada le pasará. Entonces aparece el “salvador del pueblo”, ese que promete purificarlo todo, arrasando con todo. Y el pueblo, hastiado, aplaude su propia condena.

En el Perú, la corrupción no solo roba dinero: roba la idea misma de futuro. Hemos normalizado el robo con la frase más cobarde de todas: “todos roban”. Esa resignación es el oxígeno de los tiranos. Cada escándalo sin castigo, cada ministerio convertido en botín, cada congreso que legisla para sí mismo, abre la puerta al autoritario de turno. Los corruptos son los mejores aliados del comunismo: ellos preparan el terreno, él lo conquista.

La historia no se cansa de advertirnos. Venezuela fue el país más rico de Sudamérica. Hoy exporta pobreza y miedo. El socialismo fue su disfraz; el comunismo, su rostro verdadero. Prometieron igualdad, y cumplieron: todos igual de arruinados. Cuba sigue repitiendo su mismo error hace seis décadas, con la heroicidad de quien fracasa sin aprender. Nicaragua convirtió la represión en rutina y llama democracia a un funeral cívico.

Y China, el ejemplo más desconcertante, entendió que el comunismo no alimenta a nadie. Tras la muerte de Mao Zedong en 1976, el país estaba destruido. Fue Deng Xiaoping quien tuvo el coraje —y la frialdad— de romper el dogma. En 1978 lanzó su política de Reforma y Apertura y convirtió al país en un laboratorio de pragmatismo: mantuvo el control político del Partido Comunista, pero liberó la economía. Nacieron las Zonas Económicas Especiales, se atrajo inversión extranjera y los campesinos recuperaron el derecho a producir y vender. Era comunismo en los discursos, pero capitalismo en los hechos.

Deng lo resumió con una frase brutal: “No importa si el gato es blanco o negro, mientras cace ratones.” Así nació el capitalismo de Estado: el Partido manda, las empresas producen, el pueblo trabaja y la libertad se administra. Un sistema donde el dinero circula, pero la opinión no. Sin embargo, su fuerza real no viene del modelo, sino del carácter: patriotismo, disciplina y castigo. En China, quien roba al Estado no da entrevistas: enfrenta la pena de muerte. Allá el miedo es disuasivo; aquí, el corrupto da

conferencias sobre ética pública.

Y mientras tanto, en el Perú, los imitadores locales del autoritarismo ensayan su discurso de redención. Uno de sus líderes ha dicho sin vergüenza que, si llega al poder, “nunca lo dejará”. No es una frase política; es una amenaza. Es el grito del que no pretende gobernar, sino apropiarse del país. Hoy se dice sin pudor, como si la democracia fuera una broma y el poder un botín. Quien anuncia que nunca lo soltará no promete un gobierno: ofrece una prisión.

Así nacen las dictaduras: de democracias que se pudrieron por dentro. Un Estado que se reparte como trofeo y una clase política que se alimenta del presupuesto son los mejores arquitectos del desastre. El pueblo, harto de tanta farsa, busca un salvador que grita más fuerte, sin notar que ese grito es la antesala del miedo. Y el miedo, una vez instalado, no se vota: se sufre.

La corrupción es la madre del totalitarismo. Ninguna ideología destruye tanto como la desidia moral que la permite. La verdadera división no está entre izquierdas y derechas, sino entre los que tienen vergüenza y los que ya la perdieron.

La única revolución que vale la pena no usa fusiles ni banderas: usa conciencia. Porque ningún gobierno podrá esclavizar a un pueblo que haya decidido dejar de ser cómplice de su propia podredumbre. Y para lograrlo, debemos leer, informarnos y entender cómo salieron adelante los países que decidieron despertar. El cambio no empieza en el Estado: empieza en la conciencia, o no empieza nunca.

Un Gobierno Eficiente para un Futuro que No Espera

Un gobierno no existe para administrar pobreza ni para repartir favores. Su razón de ser es transformar la riqueza en bienestar colectivo. Esa es la prueba final de toda república:

convertir la abundancia de su tierra y el esfuerzo de su gente en derechos reales, no en discursos.

Las naciones que alcanzaron el desarrollo no lo hicieron por suerte ni por carisma. Lo lograron porque construyeron cimientos sólidos de riqueza, instituciones firmes y un Estado capaz de sostener a su pueblo incluso en medio de la tormenta.

Pero el mundo cambió, y rápido. La robótica, la automatización y la inteligencia artificial están reescribiendo las reglas del trabajo. Lo que ayer demandaba mil obreros hoy lo hacen decenas de máquinas. Mientras China fabrica con robots y Corea del Sur diseña con algoritmos, el Perú sigue discutiendo en el Congreso si las fotocopiadoras deben tener sello. El futuro no espera: arrasa con quien se queda mirando.

La pandemia fue solo el ensayo general de nuestra fragilidad: un Estado que improvisa, hospitales que colapsan, una economía informal que se desangra y millones de ciudadanos abandonados. Las próximas crisis —económicas, tecnológicas, climáticas— no darán segundas oportunidades.

Por eso, exigir un gobierno eficiente no es un lujo: es una cuestión de supervivencia. Nuestra Constitución no promete favores, promete derechos. Pero los derechos solo se cumplen cuando hay un Estado que produce riqueza, la administra con transparencia y la reparte con justicia. Porque un país que abandona a su gente no es república: es una estafa.

El camino no está en temer a las máquinas, sino en aprender a dirigirlas. Industrializar lo nuestro, invertir en ciencia, educación y bioeconomía, usar la tecnología para multiplicar el valor de cada esfuerzo. El bienestar no se decreta: se construye con orden, con disciplina y con visión.

Un gobierno eficiente es el seguro de vida de una nación. Su fortaleza no se mide por los discursos que pronuncia, sino por su capacidad de resistir y renacer después de cada crisis.

El Perú tiene todo lo que necesita para hacerlo. Solo falta decisión. Y el tiempo se agota. Si actuamos hoy, podremos mirar al futuro de frente. Si no, volveremos a ser el país que espera mientras el mundo avanza.

Ha llegado la hora de dejar atrás la condición de tierra de incautos y convertirnos, al fin, en arquitectos de nuestro propio destino. No porque el futuro nos lo deba, sino porque ya no podemos permitirnos seguir perdiéndolo.

Reforma política y fortalecimiento democrático: el cimiento que sostiene todo

Podemos planificar parques solares, fábricas de baterías o políticas para aprovechar el bono demográfico, pero si la política peruana sigue tratándose como un botín de temporada, cada reforma será un castillo de arena a merced de la próxima ola. La primera gran obra no es una carretera ni una planta industrial: es reconstruir el sistema político para que el país piense en décadas, no en quinquenios.

Desde 1980, el Perú ha tenido más de una decena de presidentes y gabinetes que duran, en promedio, un año. Esa rotación no es un dato curioso: es un cáncer. Destruye confianza, encarece el crédito y vuelve frágil cualquier política pública. Los partidos se disuelven en caudillos, las alianzas duran lo que un cálculo electoral y las políticas de Estado se esfuman con cada cambio de gabinete.

La mayoría de los partidos son cascarones con membrete y sello. Se activan en campaña, se financian con sobres anónimos y mueren al día siguiente de la elección. En ese lodazal, el dinero del narcotráfico, la minería ilegal y los lobbies encuentran su camino. La fiscalización en tiempo real sigue siendo una quimera.

El Congreso, llamado a ser contrapeso, terminó convertido en mercado de favores. La vacancia presidencial se usa como chantaje, las censuras como moneda de cambio. La Contraloría y el sistema judicial —con técnicos valiosos pero sin blindaje—

sobreviven entre presiones políticas y presupuestos raquílicos. Sin reglas estables ni justicia independiente, la planificación se convierte en papel mojado.

Reformar la política no es un tema académico, es una cuestión de supervivencia nacional. Se necesitan partidos verdaderos: con democracia interna, primarias obligatorias y rendición de cuentas permanente. Partidos que formen líderes, no candidatos de alquiler. El financiamiento debe ser transparente, bancarizado y público. Quien reciba dinero sucio, queda fuera. Sin apelación.

El Congreso debe recuperar su función sin convertirse en verdugo. Vacancia solo por causales objetivas, límites al transfuguismo y comisiones de investigación que sirvan a la verdad, no a la venganza. El Poder Judicial, por su parte, necesita autonomía presupuestal y selección meritocrática de jueces y fiscales. Sin independencia judicial, no hay república: hay teatro.

Ninguna reforma sobrevivirá sin ciudadanos que vigilen. La democracia no se agota en el voto; empieza allí. Plataformas de transparencia, acceso libre a la información y veedurías digitales deben ser norma. Una ciudadanía que mide, compara y exige puede obligar a sus gobernantes a pensar más allá de la próxima elección.

El Perú no será desarrollado solo con sol, viento o litio. Necesita un Estado que no se venda y una política que no se arrodille. Sin instituciones sólidas, toda riqueza se evapora. La verdadera obra maestra pendiente no es una planta ni un ferrocarril: es la refundación moral y técnica del Estado.

Porque sin política limpia, no hay futuro posible. Y sin futuro, ningún país merece llamarse nación.

Conciencia Nacional, la Identidad y el Orgullo por lo Nuestro

El Perú no despertará mientras siga dividido entre el “yo” y el “ellos”. Somos una nación que aprendió a convivir con su propio

desencuentro: costa, sierra y selva compiten cuando deberían complementarse; el Estado y el pueblo se miran con sospecha; el ciudadano critica al país como si no fuera parte de él. Pero ningún país avanza si no aprende primero a reconocerse como comunidad.

La conciencia nacional nace cuando entendemos que el Perú no es una idea lejana ni un símbolo en una moneda: es una responsabilidad compartida. No es solo un territorio, es una herencia viva que exige cuidado y propósito. Ser patriota no consiste en cantar más fuerte el himno, sino en hacer bien lo que a cada uno le toca. Pagar impuestos, respetar la ley, no ensuciar la ciudad, ayudar al prójimo: eso también es amar la patria.

Pero esa conciencia no florece en el vacío. Se marchita cuando el ciudadano siente que el sistema lo castiga por cumplir. Hemos construido un país donde ser formal cuesta más que ser informal, donde las reglas ahogan y la burocracia desespera. Multas desproporcionadas, impuestos que asfixian y trámites que desesperan empujan a millones a la sombra, no por rebeldía, sino por cansancio. El Estado, en lugar de acompañar al que trabaja, lo mira como sospechoso.

Cumplir la ley debería abrir puertas, no cerrarlas. El Estado no puede seguir actuando como un juez distante, sino como un socio que impulsa. Un país empieza a prosperar cuando hacer las cosas bien deja de ser heroísmo y se convierte en sentido común.

La conciencia nacional también se edifica sobre justicia económica: un sistema que respete al pequeño emprendedor, al agricultor, al obrero, al que madruga sin respaldo pero con esperanza. Cuando trabajar deje de ser una batalla contra el propio Estado y se convierta en camino de progreso, ese día comenzará la verdadera reconstrucción moral del Perú.

El orgullo por lo nuestro no es soberbia: es dignidad. Es reconocer que lo que producimos, hablamos y comemos tiene valor propio. Que el ceviche, la papa o la quinua no son solo platos ni cultivos, sino ciencia viva, sabiduría ancestral y arte cotidiano. La diversidad no nos divide: nos completa. Cada acento, cada rostro y cada costumbre son piezas del mismo mosaico llamado Perú.

Cuando la conciencia nacional despierte, dejaremos de esperar salvadores. Cuando el peruano vea en su trabajo una forma de amor por la patria, no copiará modelos ajenos: los inventará. Ese día, el país dejará de ser una suma de frustraciones para convertirse en una voluntad colectiva.

Porque una nación solo se vuelve grande cuando se respeta a sí misma. Y el Perú —si logra amarse con la misma pasión con que ha aprendido a sobrevivir— será invencible.

El Relevo Generacional: los Herederos del Futuro

Cada generación hereda una deuda: el Perú que aún no fue. Las anteriores soñaron con justicia y progreso, pero quedaron atrapadas en sistemas que las vencieron. Hoy, el tiempo señala a una nueva generación llamada a corregir el rumbo y demostrar que la patria no envejeció: solo estaba esperando a quienes se atrevan a hacerla nueva.

El relevo generacional no se mide en años, sino en conciencia. Ser joven no es cuestión de edad, sino de actitud. Hay jóvenes de veinte cansados antes de empezar y viejos de setenta que aún se levantan con esperanza. Pero esta nueva generación —la de la era digital, la que creció viendo un país fragmentado y desconfiado— tiene algo que las anteriores no tuvieron: la posibilidad de conectarse, aprender y actuar sin pedir permiso.

A ellos les tocará reconstruir la confianza, reinventar el Estado, unir la tecnología con la ética y devolverle al trabajo su dignidad. No heredarán un paraíso, sino un país con cicatrices profundas, instituciones gastadas y valores que piden renacer. Pero también heredarán una tierra inmensamente rica, un pueblo que resiste y una historia que aún late en sus venas.

El futuro no será una herencia: será una tarea. Y la Generación Z, los jóvenes del Perú profundo y digital, deberán asumirla con mente despierta y alma encendida. Aprenderán de sus mayores, no para imitarlos, sino para superarlos. Su mayor legado no será repetir la historia, sino escribirla de nuevo.

El Perú del mañana no dependerá de los discursos ni de los caudillos, sino de ellos: de los que programan, siembran, crean, enseñan, investigan, curan o emprenden; de los que entienden que la patria no se defiende con consignas, sino con resultados.

Y cuando el relevo se cumpla, cuando la juventud peruana deje de pedir permiso y empiece a construir su destino, el país comprenderá que no hay revolución más poderosa que la de una generación que decide hacer las cosas bien. Ese será el verdadero inicio de la República soñada: cuando los herederos del futuro la edifiquen con las manos limpias, la mente despierta y el corazón encendido.

El Día que el Perú Despierte

El día que el Perú despierte no lo hará con un grito, sino con un silencio distinto: el de millones de peruanos que, al amanecer, decidan hacer las cosas bien. No habrá fuegos artificiales ni discursos, solo el sonido de las fábricas encendidas, de las escuelas vivas, de los campos sembrados y de las manos produciendo con orgullo. Ese día no necesitaremos promesas, porque la patria hablará con hechos.

Entenderemos entonces que el enemigo no era el político, ni el empresario, ni el vecino, sino la indiferencia que nos mantuvo dormidos. Comprenderemos que el desarrollo no se firma, se construye; que la riqueza no se reparte, se genera; y que la justicia no se mendiga, se ejerce.

Ese día, el Estado dejará de ser botín y se volverá herramienta. Los impuestos dejarán de ser castigo para convertirse en compromiso. Los jóvenes dejarán de emigrar y los viejos volverán a creer. El obrero, el maestro, el campesino y el emprendedor caminarán juntos, sabiendo que el destino no se espera: se crea.

También habremos aprendido que amar al Perú no es emoción pasajera, sino una forma de vida. Que el verdadero patriotismo no se mide en aplausos ni en banderas, sino en

coherencia y trabajo. Que la riqueza natural no vale nada sin riqueza moral, y que la corrupción es el negocio más caro de nuestra historia: porque cada sol robado no se pierde en una cuenta, sino en una escuela que no se construyó, en un hospital que no se equipó, en un niño que dejó de soñar.

Ese amanecer llegará cuando cada peruano entienda que su deber no termina en votar, sino en participar; no en quejarse, sino en construir; no en señalar, sino en corregir. Y cuando eso ocurra, el país entero se levantará como un solo cuerpo, fuerte, justo y consciente.

Porque el día que el Perú despierte, no habrá fuerza capaz de detenerlo. Y el mundo sabrá que esta tierra, que muchos dieron por perdida, solo estaba dormida, esperando el momento de abrir los ojos y caminar, al fin, hacia su destino.

Y ese destino tiene un nombre: futuro.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA GENERAL DE LA OBRA

Fuentes estadísticas y oficiales (Perú)

Banco Central de Reserva del Perú (BCRP). Memoria Anual 2023–2024; Reportes Económicos Regionales; Comercio Exterior del Perú. Lima.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI). Compendio Estadístico del Perú; Censos Nacionales de Población y Vivienda 2017; Proyecciones de Población 2023; Estadísticas de Migración Internacional. Lima.

Ministerio del Ambiente (MINAM). Perfil Ambiental del Perú; Atlas de Climas; Inventario Nacional de Glaciares y Lagunas de Origen Glaciar. Lima, 2019–2023.

Autoridad Nacional del Agua (ANA). Balance Hídrico Nacional. Lima, 2022.

Ministerio de Energía y Minas (MINEM). Boletín Estadístico Minero; Plan Maestro Geotérmico; Atlas Eólico del Perú; Boletín Energético Nacional. Lima, 2020–2024.

Ministerio de la Producción (PRODUCE). Reporte Pesca y Acuicultura; Estadísticas de la Industria Nacional. Lima, 2022–2024.

Ministerio de Agricultura y Riego (MIDAGRI). Estadísticas Agrarias; Balance de Producción Alimentaria; Informe sobre Agricultura Sostenible. Lima, 2022–2024.

Ministerio de Salud (MINSA). Indicadores Nacionales de Salud; Reporte de Anemia Infantil y Nutrición; Brechas de Infraestructura Sanitaria. Lima, 2023–2024.

Ministerio de Educación (MINEDU). Censo Educativo Nacional; Estadísticas de Calidad Educativa. Lima, 2023.

Ministerio del Interior (MININTER). Boletín de Seguridad Ciudadana; Reporte de Criminalidad Organizada. Lima, 2024–2025.

Ministerio de Defensa (MINDEF) / SIMA Perú. Capacidades Industriales y Navales; Producción Militar y Civil. Callao, 2023.

Petroperú. Memoria Anual y Estados Financieros. Lima, 2020–2024.

OSINERGMIN. Informe del Sector Energía y Minería; Gas Natural y Renovables. Lima, 2023.

SUNAT. Recaudación Tributaria Nacional 2023. Lima.

Contraloría General de la República. Informes de Control y Corrupción en Obras Públicas; Diagnóstico del Gasto Público. Lima, 2023–2024.

PCM. Informe de Simplificación Administrativa y Gestión Estatal. Lima, 2024.

Fuentes internacionales

FAO. The State of World Fisheries and Aquaculture; Water Footprint of Crops. Roma, 2021–2022.

CEPAL. Panorama Social de América Latina; Recursos Naturales y Desarrollo Productivo. Santiago, 2022–2024.

UNESCO. Patrimonio Mundial en América Latina y el Caribe. París, 2022.

Banco Mundial. World Development Indicators; Worldwide Governance Indicators; Doing Business Reports. Washington D.C., 2022–2024.

FMI. World Economic Outlook. Washington D.C., 2023.

International Energy Agency (IEA). World Energy Outlook. París, 2022.

Organización Internacional del Trabajo (OIT). Perspectivas del Empleo Mundial. Ginebra, 2023.

Organización Mundial de la Salud (OMS). World Health Statistics; Informe de Salud Mundial. Ginebra, 2023–2024.

OCDE. Government at a Glance: Latin America; Public Sector Modernization. París, 2023.

BID. Gestión de Infraestructura y Energías Renovables en América Latina. Washington D.C., 2023.

UNODC. World Crime Report 2024. Viena.

Transparency International. Índice de Percepción de

Corrupción 2024. Berlín.

PNUD. Informe de Desarrollo Humano 2024. Nueva York.

Autores y obras peruanas

El otro sendero: la respuesta económica al terrorismo (1986)
— coautor con Ghersi y Mario Ghibellini.

El misterio del capital: ¿Por qué el capitalismo triunfa en Occidente y fracasa en el resto del mundo? (2000) — su obra más conocida internacionalmente.

Mariátegui, José Carlos. Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Amauta, 1928.

Basadre, Jorge. Perú: Problema y posibilidad. Fondo Editorial del Congreso, 2005 (ed. orig. 1931).

Cotler, Julio. Clases, Estado y Nación en el Perú. IEP, 1978.

Flores Galindo, Alberto. Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes. Horizonte, 1986.

Iguíñiz Echeverría, Javier. Desarrollo humano y ética social. PUCP, 2011.

Jiménez, Félix. Política económica para el desarrollo con estabilidad. PUCP, 2014.

Sagasti, Francisco. Imaginemos un Perú mejor. Planeta, 2019.

Vargas Llosa, Mario. Conversación en La Catedral. Seix Barral, 1969.

Fischman, David. El espejo del líder. Aguilar, 2005.

Neira, Hugo. El sueño y la traición: ensayos sobre la historia política del Perú. Fondo del Congreso, 2009.

Mendoza, Waldo. Macroeconomía intermedia para América Latina. PUCP, 2021 .

Ugarteche, Óscar. La arquitectura financiera internacional y América Latina. Siglo XXI, 2017.

Alarco Tosoni, Germán. Industria, Estado y desarrollo en el Perú. Universidad del Pacífico, 2022.

Francke, Pedro. Economía para un pueblo que quiere vivir bien. Tarea, 2015.

Cuenca, Ricardo. Educación y desigualdad en el Perú. GRADE, 2020.

Manrique, Nelson. La república imaginada. IEP, 2014.

Autores internacionales y latinoamericanos

Acemoglu, Daron & Robinson, James. Por qué fracasan los países. Deusto, 2012.

Stiglitz, Joseph E. El precio de la desigualdad. Taurus, 2012.

Daron Acemoglu y James A. Robinson. Porque fracasan los países,

Sachs, Jeffrey D. El fin de la pobreza. Penguin, 2005.

Rodrik, Dani. La paradoja de la globalización. Antoni Bosch, 2011.

Chang, Ha-Joon. Retirar la escalera. Fondo de Cultura Económica, 2002.

Sen, Amartya. Desarrollo y libertad. Planeta, 2000.

Polanyi, Karl. La gran transformación. Fondo de Cultura Económica, 1944.

Keynes, John M. Teoría general del empleo, el interés y el dinero. Fondo de Cultura Económica, 1936.

Mazzucato, Mariana. El Estado emprendedor. RBA, 2014.

Fajnzylber, Fernando. La industrialización trunca de América Latina. CEPAL, 1983.

Ferrer, Aldo. Vivir con lo nuestro. Fondo de Cultura Económica, 2009.

Gudynas, Eduardo. Derechos de la naturaleza. Tinta Limón, 2011.

Ostrom, Elinor. El gobierno de los bienes comunes. FCE, 2000.

Brown, Lester R. Plan B: Rescuing a Planet Under Stress. W.W. Norton, 2009.

Schwab, Klaus. La cuarta revolución industrial. Debate, 2016.

Harari, Yuval Noah. 21 lecciones para el siglo XXI. Debate, 2018.

Freire, Paulo. Pedagogía del oprimido. Siglo XXI, 1968.

Nussbaum, Martha. Sin fines de lucro. Katz, 2010.

Galeano, Eduardo. Las venas abiertas de América Latina.

